

Juan Diez

**(Re)construyendo el proyecto político
del movimiento zapatista
Desafíos y dilemas a partir de la Sexta Declaración
de la Selva Lacandona**

Tesis para optar por el título de Magíster en Estudios Latinoamericanos

Centro de Estudios Latinoamericanos
Escuela de Humanidades
Universidad Nacional de General San Martín

Director de Tesis
Dr. Horacio Crespo

Ciudad de Buenos Aires
Septiembre de 2008

Resumen

Desde su aparición pública el primer día de 1994, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) ha desatado un amplio entusiasmo en varios sectores de México y del mundo y una no menor cantidad de debates. La Sexta Declaración de la Selva Lacandona, emitida en junio de 2005, no ha sido una excepción en tal sentido, generando tanto interrogantes como críticas sobre las propuestas y análisis que se desprenden de la misma.

La idea que atraviesa el trabajo es que el desenlace de la Marcha por la Dignidad Indígena de principios de 2001 puso en evidencia los límites de la estrategia discursiva y simbólica del zapatismo desarrollada hasta entonces. Como consecuencia, las y los zapatistas decidieron emprender una nueva etapa, al buscar plasmar en los hechos su proyecto político. Tal decisión, junto a otros cambios igualmente significativos tendientes a superar algunas tensiones y limitaciones que se fueron encontrando durante el proceso de construcción y reconfiguración del proyecto político a lo largo de los años anteriores, se encuentran en el centro de esta nueva declaración y representan el gran desafío del zapatismo de construir –y constituirse en– una alternativa no sólo en la palabra sino también en la práctica.

En tal sentido, la Sexta Declaración supone una redefinición de algunos elementos centrales de su proyecto político. A grandes rasgos, se pueden plantear cuatro cambios sumamente relevantes. Primero, hay un cambio en el lenguaje que, a su vez, se corresponde con un desplazamiento en la identificación del antagonista y, en consecuencia, representa una transformación en la identidad del movimiento. Segundo, el texto refleja el profundo proceso de reorganización de las comunidades zapatistas en Chiapas. Tercero, se reafirma la ruptura con el sistema político en su conjunto. Y cuarto, se convoca a una nueva iniciativa con el objetivo de articular distintas luchas, que no sólo implica el involucramiento directo del EZLN en su organización, sino la búsqueda de una ampliación del movimiento zapatista –ya no únicamente en el discurso– más allá de lo indígena, pero también más allá de Chiapas, para alcanzar una presencia a nivel nacional.

De ahí que resulte sumamente interesante analizar la propuesta de la Sexta Declaración, tratando de establecer líneas de continuidad y de ruptura en el proyecto político del zapatismo, así como prestando atención a las potencialidades y limitaciones que esta nueva iniciativa enfrenta en la actual coyuntura política mexicana.

Índice

Agradecimientos	5
Introducción	7
El proyecto político del movimiento zapatista como problema de investigación	10
Algunas cuestiones metodológicas	14
Capítulo I: El contexto político	
El particular contexto político mexicano	20
Los movimientos en el sudeste	24
Capítulo II: El proyecto político zapatista	
Un proyecto político en construcción y redefinición constantes	29
Discursos, simbolismos e identidades en el zapatismo	35
El punto de inflexión: la Marcha por la Dignidad Indígena	39
Capítulo IV: La Sexta Declaración de la Selva Lacandona	
La propuesta de la Sexta	47
Pintando una raya roja y negra: los cambios en el lenguaje	50
El proceso de construcción de autonomía como referente político-práctico	54
Hacia la desmilitarización del zapatismo en un contexto de creciente militarización	58
Capítulo V: La ruptura con el sistema político	
Relaciones y tensiones con el PRD	64
“Con la clase política no hay nada que hacer definitivamente, ya ni reírse, pues”	68
Cuestion(amiento) del Estado	75
Capítulo VI: La otra campaña	
Dando los primeros pasos	83
El contexto político de la <i>otra campaña</i>	89
La emergencia de múltiples referentes políticos y su difícil articulación	93
Dilemas y desafíos	98
Algunas reflexiones finales	105
Bibliografía	113

“No sólo si el planeta tiene heridas abiertas y sangrantes en su redonda geografía, nombrándolas no las sanamos, es cierto, pero hacemos un gesto de humanidad que a ratos parece perdido. [...] Nombremos y miremos el mundo que no existe ahora, pero que empezará a existir en nuestras palabras y en nuestras miradas. Nombremos pues los dolores de la humanidad. No sólo porque son también dolores nuestros. También porque nombrándolos nos hacemos un poco más humanos. Porque frente a esas heridas, el silencio es renuncia, rendición, claudicación, muerte. Si hay quien ha hecho de la pluma una espada, que centellee el aire con su brillo, que señalando nuestras heridas se ennoblezca, que nombrándonos nos haga parte de un rompecabezas que mañana será un mundo no falto de memoria ni de vergüenza. Porque ambas, la memoria y la vergüenza, son las que nos hacen seres humanos. No seamos los chivatos de nuestra historia, de nuestra conciencia, los traidores a la palabra que levantamos ayer y que hoy nos convoca para ser afilada y unida en la memoria y la vergüenza. Vale. Salud y que la pluma sea también una espada, y que su filo corte el oscuro muro por el que habrá de colarse el mañana...”

SUBCOMANDANTE INSURGENTE MARCOS
Encuentro Internacional de Intelectuales en Defensa de la Humanidad,
Ciudad de México, 27 de octubre de 2003

Agradecimientos

Por más solitario que pueda parecer –y sentirse por momentos– el escribir una tesis, lo cierto es que está lejos de ser una tarea individual. En los diferentes momentos de su elaboración, este escrito se entrelazó con lo dicho por otras autoras y autores de los varios libros y artículos que cito, así como con las ideas y reflexiones que mantuve durante el proceso de investigación y escritura. Por más que sea el responsable de este texto, se trata de un trabajo, en buena medida, colectivo. Por lo tanto, no puedo ni quiero dejar de agradecer a todas y todos los que contribuyeron con el mismo.

En el ámbito académico, quiero expresar mi agradecimiento al Centro de Estudios Latinoamericanos (CEL) de la Universidad Nacional de San Martín por el apoyo dado para la realización de la tesis y, en particular, por la beca del Programa de Promoción de la Universidad Argentina del Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación para realizar una estancia de investigación en México que enriqueció no sólo mi trabajo de investigación, sino mi experiencia personal. Aprovecho para felicitar al director, a las profesoras y profesores, a las y los estudiantes y demás miembros del CEL por el esfuerzo en la construcción de estos espacios de debate y conocimiento tan necesarios, pero a la vez tan lamentablemente escasos, sobre nuestra realidad latinoamericana. A mis compañeras y compañeros de cursada que han hecho sus comentarios cuando este proyecto estaba recién en sus inicios, así como a aquellas y aquellos que se tomaron el esfuerzo de leer este trabajo y darme sus pareceres, opiniones y críticas, muchas gracias. No puedo dejar de agradecer especialmente a Gabriela Merlinsky y María Maneiro la atenta lectura de este texto y los valiosísimos aportes y sugerencias que me hicieron y que me sirvieron para mejorarlo; pero, además, porque tuvieron que sufrir mis preocupaciones y ansiedades en algunos momentos del proceso final de escritura. A Horacio Crespo por ser el director de este trabajo, por el acompañamiento a la distancia, por las conversaciones y comentarios y, fundamentalmente, por la libertad que me dio para hacer mi investigación y para escribir la tesis.

A todas y todos con quienes tuve oportunidad de ponerme en contacto y conocer en México, que me recibieron con los brazos abiertos y me transmitieron sus visiones, experiencias y compromisos. Buena parte de la información, comentarios y sugerencias que me hicieron, supusieron una contribución invaluable y aportaron muchísimo a la elaboración de esta investigación; aunque otra parte de esas vivencias y experiencias, sin duda, van mucho

más allá de este texto. No tengo más que palabras de profundo agradecimiento para ellas y ellos.

A mi familia, amigas, amigos, compañeros de cátedra, que hicieron contribuciones más o menos directas a este texto, pero en todos los casos sumamente importantes. No quiero dejar de agradecerles por el apoyo, por la paciencia al esfuerzo que me llevó esta investigación, por el aliento para que la termine y por el tiempo que les quitó para verlos y compartir más tiempo con ustedes. A mi viejo por el apoyo incondicional a todo lo que emprendo, incluso por caminos que no siempre han sido fáciles. A mi vieja por los comentarios y charlas, pero fundamentalmente por enseñarme a no conformarme con las cosas como son y a tener la cabeza siempre bien abierta. A mis hermanas, Elo y Guadi, a mi hermano, Fran, a mi madrina, a Pupi y demás familia tanto en Argentina como en México por todo el cariño y comprensión. A Marce, muy especialmente, por las discusiones sobre algunas de las ideas, por sus sugerencias, pero sobre todo por su inmenso apoyo en los momentos en que más lo necesitaba y porque es quien más tuvo que soportar mis nervios, mis humores, mis sueños o la falta de ellos en algunas noches de insomnio así como los desafíos, alegrías y angustias que supuso la elaboración y escritura de este texto.

Introducción

EL PRIMERO DE ENERO DE 1994, un ejército mayoritariamente indígena tomó San Cristóbal de las Casas y otros municipios del estado mexicano de Chiapas. En ese amanecer del nuevo año, México y el mundo se despertaron con el grito de guerra del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). Sin embargo, tras algunos días de enfrentamientos con el ejército y ante la cobertura mediática y las repercusiones en distintos sectores de la sociedad, las y los zapatistas modificaron su estrategia. La opción armada inicial fue dejando lugar a un accionar más político, haciendo de la palabra y la acción política sus principales armas.

Desde entonces, el zapatismo ha recorrido un largo proceso de (re)configuración de su proyecto político a través de un diálogo incesante con distintos actores políticos y sociales así como de una diversidad de iniciativas, desde las mesas de negociación con el gobierno en San Cristóbal de Las Casas y San Andrés Sacamch'en de los Pobres, la Convención Nacional Democrática, foros especiales para los pueblos indígenas y para la reforma del Estado, consultas, encuentros nacionales e internacionales, la Marcha por la Dignidad Indígena para la sanción de la reforma constitucional sobre derechos y cultura indígenas, hasta la conformación de los Caracoles y las Juntas de Buen Gobierno. En esa misma línea, en junio de 2005, las y los zapatistas dieron a conocer la Sexta Declaración de la Selva Lacandona, en la que proponen –entre otras acciones– la realización de una serie de encuentros con distintos sectores de la sociedad mexicana en el marco de la campaña nacional con otra política, por un programa nacional de lucha de izquierda y por una nueva Constitución: más conocida como la *otra campaña*.

La elección de centrar el análisis en esta declaración no sólo se basa en que se trata de la última que se publicó. A su vez, y mucho más importante, tal como se tratará de argumentar a lo largo de este trabajo, su relevancia radica en que contiene problemas, debates y transformaciones sumamente significativas para pensar el proyecto político zapatista, pero también puede servir como ejercicio para reflexionar sobre otras luchas y realidades.

La Sexta Declaración ha desatado un encendido debate sobre las propuestas que se desprenden de la misma. Muchas han sido las lecturas suscitadas por este nuevo paso del movimiento zapatista. Para algunas y algunos observadores y analistas, esta nueva declaración implica un viraje con cambios relevantes en el proyecto zapatista o redefiniciones del mismo

(Gilly, 2005; Rodríguez Araujo, 2005; Lara, 2005), para otros marca el comienzo de una nueva etapa de la lucha (Wallerstein, 2005; López y Rivas, 2005; Rodríguez Lascano, 2005; Montemayor, 2005), aunque tampoco faltan los que afirman que son las contradicciones y las continuidades sobre las rupturas las que prevalecen (Bartra, 2005a; Avilés, 2005; Zermeño, 2005). De ahí que el presente trabajo se proponga analizar el proyecto político del zapatismo a la luz de la Sexta Declaración de la Selva Lacandona. Las declaraciones generalmente implican reformulaciones o el privilegio de una línea de acción por parte del movimiento zapatista. Por lo tanto, se trata de reconocer las distintas ideas, reelaboraciones y aspectos más significativos que contiene esta nueva declaración, tratando de encontrar tanto las líneas de continuidad como de ruptura con las formulaciones previas de dicho proyecto político.

Teniendo en cuenta estos objetivos, el nuevo texto del EZLN tiene que leerse en relación con las anteriores declaraciones e iniciativas zapatistas. Para ello, resulta imprescindible efectuar un breve recorrido por las anteriores declaraciones, sus propuestas, ideas principales así como considerar el contexto en el cual surgen y se articulan, para poder establecer las continuidades y rupturas que supone la nueva propuesta zapatista.

Sobre todo, se presta especial atención a las lecturas que las y los propios zapatistas parecen haber hecho de la Marcha por la Dignidad Indígena de principios de 2001. Una de las ideas centrales de este trabajo es que el desenlace de dicha Marcha puso en evidencia los límites de la estrategia discursiva y simbólica del zapatismo desarrollada hasta entonces. Como consecuencia, las y los zapatistas decidieron dar un nuevo salto, al buscar plasmar en los hechos su proyecto político. Tal decisión, junto a otros cambios igualmente significativos, se encuentra en el centro de la nueva declaración y representan el gran desafío del zapatismo de construir –y constituirse en– una alternativa no sólo en la palabra, sino también en la práctica.¹

¹ Esta idea se retoma del vocero del EZLN, el Subcomandante Marcos, en relación a la creación de los Caracoles y las Juntas de Buen Gobierno (Cfr. Subcomandante Marcos en Muñoz Ramírez, 2004). Cabe aclarar que de ninguna manera implica una dicotomía entre discurso y prácticas concretas, entre *decir* y *hacer*. Siguiendo a Austin (1982), se puede sostener que, en muchos casos, el uso de las palabras no son meramente *decir algo*, sino *realizar una acción*. Los discursos políticos –como los de las y los zapatistas– se caracterizan justamente por poner en juego su función *performativa*, al no limitarse a transmitir un enunciado, sino que también producen acciones. Asimismo, no se trata de plantear que, previamente a la Sexta Declaración, el proyecto político zapatista se construyó únicamente en término discursivos. Más bien, como se argumenta en otras partes del texto, se busca resaltar la idea de que a partir de la Sexta hay un mayor énfasis en las prácticas, o mejor, un intento por superar ciertas tensiones y limitaciones, especialmente en relación a llevar a la práctica el discurso zapatista. Puesto que, como agrega Austin, “expresar las palabras es, sin duda, por lo común, un episodio principal, si no el episodio principal, en la realización del acto [...] cuya realización es también la finalidad que persigue la expresión. Pero dista de ser comúnmente, si lo es alguna vez, la *única cosa necesaria para considerar que el acto se ha llevado a cabo*. Hablando en términos generales, siempre es necesario que las

Previamente a la Sexta Declaración, y más allá de los doce días de enfrentamientos armados con el ejército,² ha sido en el ámbito de la palabra donde el movimiento zapatista ha librado la mayor parte de sus batallas y donde se ha mostrado sumamente dinámico con cambios en sus estrategias discursivas. Estos cambios son uno de los rasgos más significativos del proyecto político del movimiento zapatista. Tales transformaciones deben entenderse como producto de la lucha misma y del proceso de aprendizaje de los distintos actores que componen el movimiento, con el fin de otorgar mayor precisión a los elementos esenciales del proyecto, de ampliarlo a aspectos no previstos y de ajustarlo a las distintas coyunturas en función de los cambios en las relaciones de fuerzas.

En tal sentido, la Sexta Declaración supone una nueva transformación. Es, al mismo tiempo, una redefinición de algunos elementos centrales así como un intento de superar ciertas limitaciones que se fueron encontrando durante el proceso de construcción y reconfiguración del proyecto político a lo largo de los años anteriores. A grandes rasgos, a partir de la Sexta pueden plantearse cuatro cambios sumamente significativos en relación al proyecto político del movimiento zapatista. Por un lado, el texto muestra un cambio en el lenguaje que, a su vez, se corresponde con un desplazamiento en la identificación del antagonista y, en consecuencia, supone una transformación en la identidad del movimiento. Asimismo, la Sexta Declaración refleja otros tres cambios relevantes, en relación al proceso de reorganización de las comunidades zapatistas, la ruptura con el sistema político y la convocatoria a una nueva iniciativa con el objetivo de articular las distintas luchas y organizaciones, que no sólo implica el involucramiento directo del EZLN en su organización, sino una ampliación del movimiento zapatista –ya no únicamente en el discurso– más allá de lo indígena, pero también más allá de Chiapas, para alcanzar una presencia a nivel nacional.

circunstancias en que las palabras se expresan sean apropiadas, de alguna manera o maneras. Además, de ordinario, es menester que el que habla, o bien otras personas, deban *también llevar a cabo otras acciones determinadas “físicas” o “mentales”*, o aun actos que consisten en expresar otras palabras” (Austin, 1982:7-8) [las cursivas son mías].

² Como destaca Gloria Muñoz Ramírez: “no se pueden olvidar esos primeros combates que se celebraron en San Cristóbal de las Casas, Las Margaritas, Altamirano, Oxchuc, Huixtán, Chanal y Ocosingo. No se puede, ni se debe, olvidar el inicio de una guerra presente hasta nuestros días [...] Tampoco se puede olvidar que el camino político de las y los zapatistas ha sido trazado en medio de ofensivas militares, paramilitares y policíacas que, al día de hoy, continúan enfrentando cientos de poblados de la Selva, Altos, Norte y Costa de Chiapas” (Muñoz Ramírez, 2004:99). Este contexto no sólo resulta relevante puesto que en buena medida la lógica armada reduce, o al menos condiciona, el espacio para las instancias y opciones más políticas. Sino, además, porque las palabras de Muñoz Ramírez siguen teniendo gran vigencia, especialmente por el recrudecimiento de los conflictos y hostigamiento mediante la política de contrainsurgencia que viven actualmente las comunidades zapatistas en Chiapas, en un contexto de militarización y criminalización de la protesta social en todo México, como se desarrolla más adelante.

De todos modos, la iniciativa actual también supone nuevos desafíos y dilemas para el movimiento zapatista, tanto hacia fuera en relación al contexto en el cual se inscribe, como hacia dentro en la articulación de las distintas luchas y grupos en un movimiento nacional. De ahí que interesará indagar sobre las potencialidades y limitaciones de la misma en la actual coyuntura política mexicana, así como las que se presentan al interior del propio movimiento zapatista.

El proyecto político del movimiento zapatista como problema de investigación

La reconstrucción de fenómenos y procesos tan recientes, como los abordados en esta investigación, presenta varios retos.

Un primer desafío es que los procesos actuales plantean dificultades para poder interpretarlos. Muchos de los acontecimientos y fenómenos recientes se presentan como novedades, a veces desconcertantes o contradictorias, que nuestro marco de pensamiento no logra dar cuenta. De ahí que conocer y enriquecer la visión del presente muchas veces suponga trascender ciertos encuadres teóricos, puesto que resultan más bien un obstáculo para comprenderla. Como plantea Raquel Gutiérrez: “Seguimos pensando dentro de un esquema conceptual que no logra brindarnos respuestas, sino que las obstaculiza” (Gutiérrez, 2006:143). Y en algunos casos no sólo dificulta la posibilidad de dar respuestas sino que también afecta la capacidad de formular las preguntas adecuadas.³

Estas advertencias resultan sumamente apropiadas para tratar de dar cuenta de la complejidad del presente, dado su carácter dinámico, emergente e incompleto (Zemelman, 2007). Estas características ponen de manifiesto que la realidad no es algo ya hecho, un dato dado, sino un permanente estar haciéndose. En consecuencia, se vuelve fundamental abordar el presente de forma abierta y crítica, tratando de evitar reducir demasiado la realidad a estructuras conceptuales demasiado rígidas. Se busca identificar y señalar ciertos elementos significativos que contribuyan a comprender la realidad para su transformación, intentando desnaturalizar y problematizar la visión de los procesos actuales. En tal sentido, el objetivo es la reconstrucción del proyecto político zapatista y del contexto en el cual se inscribe,

³ Diversos autores coinciden en las dificultades para captar los procesos actuales puesto que muchos marcos teóricos o conceptos han entrado en crisis (Melucci, 1999; Zermeño, 2001; Holloway, 2000; González Casanova, 2007). De cualquier manera, esto no significa desconocer la riqueza de conceptos y experiencias previos. El desafío es justamente asumir las novedades como procesos de actualización y recreación de debates y discusiones, así como su eventual resignificación en el marco de los cambios actuales.

buscando resaltar el movimiento y la mutua interacción que existe entre ambos, al ser una construcción desde condiciones particulares, pero que a su vez transforma a éstas a partir de su propio desenvolvimiento.

No significa que no puedan tomarse ciertos conceptos ordenadores que permitan captar la dinámica de los diversos procesos sociales. De hecho, no existe percepción directa de la experiencia, puesto que ésta se realiza mediante sistemas de información formales e informales que contienen indefectiblemente una carga teórica e ideológica, una visión del mundo determinada. Se trata más bien de reconstruir los procesos que se pretenden comprender sin limitarse a las exigencias internas de un esquema teórico demasiado rígido. De esta manera, se utilizan algunos conceptos que permitan dar cierta articulación a la realidad, tratando de evitar no tomar en cuenta o descartar elementos y relaciones que no cuadren con los esquemas teóricos escogidos.

Estas precauciones resultan sumamente adecuadas para abordar un fenómeno tan original como es el movimiento zapatista. El zapatismo surge como producto, y a la vez como búsqueda, de una forma de leer, pensar y actuar ante los importantes cambios que se dieron en los últimos años.

Así, al desafío que supone comprender los procesos recientes, se suma otro que deviene justamente del hecho mismo de tomar como problema al movimiento zapatista. Resulta claro que no se puede considerar al zapatismo como objeto de investigación, sino más bien hay que entenderlo como sujeto, o mejor, como un fenómeno social complejo que involucra a una multiplicidad de sujetos. “Tratar al zapatismo como objeto de la investigación sería violentar a los zapatistas, negarse a escucharlos, forzarlos dentro de categorías que ellos están desafiando” (Holloway, 2000).

Para Melucci (1999) los movimientos sociales no pueden ser tomados como datos o meros actores empíricos unificados, sino como construcciones sociales. La tarea de investigación debe tener en cuenta su naturaleza diversa y compleja como criterio fundamental. Para este autor, la supuesta unidad es más bien el resultado de una construcción permanente que pone en juego una amplia gama de procesos, actores, sentidos y formas de acción que interaccionan entre sí dentro de un contexto de oportunidades y restricciones.

Para efectos del presente trabajo conviene distinguir analíticamente entre EZLN y movimiento zapatista. La propia dinámica de construcción del EZLN ha llevado a entrelazarse con las comunidades indígenas chiapanecas y con un amplio grupo de organizaciones,

intelectuales y personas que se sintieron interpelados por el EZLN. De la confluencia de estos tres grupos es que se conforma el *movimiento zapatista*.

El EZLN es una organización político-militar con amplia base popular en Chiapas, que tiene una estructura jerárquica subordinada a la dirigencia del Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General (CCRI-CG). El CCRI-CG surgió, ante la gran expansión del zapatismo durante los últimos años de preparación clandestina previos al alzamiento de 1994, como espacio de enlace entre la dirección de la estructura militar del EZLN y las instancias comunitarias de decisión que se dan en las asambleas de las comunidades. De esta manera, la estructura militar se encuentra subordinada al CCRI y, por esa vía, a las asambleas comunitarias.

Así, junto al EZLN están justamente las comunidades zapatistas fuertemente articuladas y complementarias con el primero. Se trata de las comunidades indígenas tzeltales, tzotziles, tojolabales, choles, zoques y mames, ubicadas en la zona de Los Altos, Las Cañadas y el norte de Chiapas, que son la base social del EZLN, pero no forman parte de su estructura militar. Para Leyva Solano (1999) y Rovira (2005), el EZLN incluye ambos ámbitos: la estructura militar y la estructura política compuesta por las comunidades. El subcomandante Marcos parecería confirmar esta idea en el libro de Le Bot, donde plantea que “existe el zapatismo del EZLN, en el que están las comunidades y las fuerzas combatientes” (Le Bot, 1997:209). Sin embargo, tiempo después, en el libro de Muñoz Ramírez, el subcomandante Marcos sostiene que “[e]l problema que se está encontrando ahora es que la gente que viene a hablar con las Juntas de Buen Gobierno piensa que ellas son el EZLN, y les hacen preguntas que corresponden al EZLN y no sobre las formas de gobierno” (Subcomandante Marcos en Muñoz Ramírez, 2004:313). En este último texto parecería que se identifica al EZLN únicamente con la estructura militar. Esto quizás esté relacionado con los esfuerzos actuales por separar ambas instancias, como se analiza más adelante en el presente trabajo.

A partir del levantamiento armado del primero de enero de 1994, surgen diversos actores políticos y sociales, líderes políticos, académicos, organizaciones e individuos de México y de otros países del mundo que apoyan la lucha del EZLN y convergen con sus ideas y metas políticas.

El movimiento zapatista se conforma, entonces, a partir de la intersección e interacción de estos tres elementos, dando lugar a una red política en movimiento donde se produce la convergencia de una amplia diversidad de actores políticos y sociales, con diferentes

compromisos y participaciones, que comparten ciertas referencias simbólicas, metas políticas y el sentido de pertenencia a lo que coloquialmente se llama *zapatismo* (Leyva Solano, 1999).⁴ Sin lugar a dudas, el EZLN ocupa una posición central por ser el núcleo detonador y por la importancia de sus iniciativas y discursos, pero el movimiento en su conjunto lo desborda. La articulación de los distintos actores que componen el movimiento se genera a través de la reinterpretación y recreación de la matriz discursiva y simbólica del zapatismo, para adaptarla a los contextos particulares. De ahí que no se puede ver al movimiento zapatista como un bloque homogéneo y monolítico, sino como una articulación compleja en constante movimiento y reconfiguración, siendo justamente este elemento dinámico uno de los sellos distintivos del zapatismo.

Asimismo, en el marco del presente trabajo, se pone énfasis en la noción de *proyecto político*. Siguiendo a Evelina Dagnino (2004), este concepto designa a un conjunto de creencias, intereses, concepciones del mundo y representaciones que orientan la acción política, desde una visión cercana a la de Antonio Gramsci. La noción de proyecto político no queda reducida simplemente a estrategias de acción política en sentido estricto ni a un conjunto de programas políticos, sino que expresa y produce significados que integran o buscan conformar matrices culturales más amplias a través de un proceso de construcción constante. Así, un proyecto político no parte de un modelo o de programa predeterminado, sino que se articula en un devenir abierto y dinámico a partir de una exigencia concreta.

La ventaja de este tipo de abordaje es que permite establecer un vínculo entre política y cultura, yendo más allá de los reduccionismos políticos en los que caen muchos estudios sobre movimientos sociales y acción colectiva. Una importante cantidad de análisis –especialmente los análisis cuantitativos y los enfoques vinculados a la movilización de recursos– se centran esencialmente en el impacto de los movimientos en la arena política. Esa elección metodológica privilegia los efectos finales de la acción, ignorando en muchos casos la forma en cómo dicha acción se produce y, por lo tanto, tomando a la acción como un hecho y no como un proceso. Como cualquier decisión metodológica, supone un recorte de la realidad. Sin embargo, el problema reside en que ese tipo de recorte deja de lado dimensiones muy significativas de los movimientos sociales, especialmente en lo referente a la creación de matrices culturales y retos simbólicos (Melucci, 1999). En el caso de nuestra investigación,

⁴ Otros trabajos que manejan nociones similares para entender al movimiento zapatista son Le Bot (1999), Leyva Solano y Sonnleitner (2000), Rovira (2005) y de la Rosa (2006).

como veremos, dejar esos aspectos de lado impediría comprender adecuadamente el fenómeno zapatista.

Zemelman (1997) sostiene que, para la reconstrucción de un proyecto, es fundamental indagar sobre el contexto en el que se inserta y se ubican, interactuando con el mismo, los actores sociales. Se trata de encontrar la trama de relaciones sociales que dan forma a ese contexto mediante una articulación de procesos complejos y de diversa índole, cuyas manifestaciones transcurren en distintos planos, momentos y espacios. Sin tratar de ser exhaustivos, tales factores parecerían resultar tanto de las singulares características de la escena política mexicana –considerando el marco institucional así como las acciones, proyectos y redes que han ido conformando los distintos actores– como de la más específica situación de la realidad chiapaneca y los profundos movimientos que se han venido produciendo en las últimas décadas. Estos elementos contextuales permiten comprender el significado que adquieren ciertas acciones. De ahí que resulte relevante inscribir al fenómeno zapatista en un contexto más amplio, en un tiempo y espacio determinado, y, por lo tanto, entenderlo como un proceso histórico contingente y complejo, imposible de comprenderlo fuera de las interacciones con los procesos, los actores sociopolíticos y el Estado que conforman, en su conjunto, la singular escena política mexicana.

Algunas cuestiones metodológicas

El trabajo de investigación que da cuerpo a este texto sigue una estrategia cualitativa que combina distintos aportes metodológicos y diversas fuentes de información, tanto primarias como secundarias, a fin de comprender un fenómeno tan complejo como el zapatismo. Dentro del primer tipo de fuentes, ocupan un lugar central los propios documentos del EZLN.⁵ Otras fuentes primarias que se produjeron y se emplearon en el marco del trabajo de investigación surgen del trabajo de campo –entrevistas y observación participante– realizado en México durante el mes de septiembre de 2007. En cuanto a las fuentes secundarias utilizadas, éstas abarcan el numeroso y variado material escrito por analistas políticos, académicos y militantes sobre el movimiento zapatista y sobre el contexto político mexicano. A continuación se detalla cada una de estas fuentes.

⁵ Todos los textos zapatistas (declaraciones, comunicados, ensayos, etc.) utilizados para la elaboración de la tesis se encuentran disponibles en Internet. La producción discursiva desde 1994 a 2005 está en *Cartas y documentos del EZLN* (<http://palabra.ezln.org.mx>), mientras que en *Enlace zapatista* (<http://enlacezapatista.ezln.org.mx>) se puede consultar los textos desde 2006 hasta la fecha.

La lucha zapatista ha tenido una resonancia casi inmediata tanto a nivel nacional como internacional. Para ello ha desempeñado un papel central la estrategia comunicacional permitida gracias al avance tecnológico de los medios de comunicación, especialmente Internet. Los medios de comunicación de masas son, cada vez más, actores relevantes en los conflictos políticos, puesto que la cobertura mediática es central tanto para la información acerca de las acciones de los movimientos como en lo relativo a la construcción de la propia imagen (Jenkins, 1994). Este es un dato que las y los zapatistas no han descuidado y ha contribuido en gran medida a la constitución de redes sociales entre los diferentes actores del movimiento y a la emergencia de nuevas subjetividades, colocando al mismo tiempo al EZLN en una posición privilegiada al ser la primera organización popular mexicana que cuenta con una amplia cobertura internacional y nacional a nivel de la prensa y las casas editoriales (Montemayor, 1998).⁶

El privilegio de la estrategia discursiva ha servido a algunos opositores o críticos del movimiento para simplificar y minimizar la influencia del zapatismo, definiendo su lucha como una “guerra de tinta e Internet”.⁷ Sin embargo, para las y los zapatistas, es justamente gracias a la palabra escrita y al uso de Internet que han logrado sobrevivir a la ofensiva del gobierno y de los medios de comunicación (Le Bot, 1997). Desde nuestra perspectiva, esos dos elementos, la palabra e Internet, resultan sumamente significativos para la conformación y reconfiguración del proyecto político zapatista y, por lo tanto, suponen un recurso indispensable no sólo para abordar la complejidad del fenómeno sino para la tarea misma de investigación.

De ahí que uno de los elementos clave para dar cuenta del proyecto político de las y los zapatistas que se adopta en este trabajo es el análisis de la producción discursiva zapatista. Se trabajó a partir de algunas herramientas que brinda el análisis de discurso, sobre todo el análisis de contenido, de las seis Declaraciones de la Selva Lacandona que el EZLN ha publicado desde el primero de enero de 1994 hasta la fecha. Para el análisis se tuvo especialmente en cuenta la dimensión ideológica de los mismos, esto es, la relación entre el discurso y las condiciones específicas de producción, que se vincula aunque no

⁶ Algunos analistas han llegado a afirmar exageradamente que el periódico *La Jornada* es el órgano oficial del zapatismo, puesto que ha publicado de forma íntegra todos los comunicados y documentos oficiales del EZLN, así como ha brindado desde el inicio una extensa cobertura de sus múltiples iniciativas. Un papel destacado también lo han desempeñado los periódicos *Tiempo* y *El Financiero*, el semanario *Proceso* y la editorial *Era*.

⁷ Las palabras son del entonces canciller mexicano José Ángel Gurría que, en abril de 1995, en una reunión en Europa declaró que la de Chiapas era sólo una “guerra de tintas, palabra escrita, una guerra en el Internet”.

exclusivamente con las características del sistema político en el cual el discurso es producido (Sigal y Verón, 2004). Cabe señalar que dicha relación no es unívoca, puesto que el discurso incide en la coyuntura y viceversa.

El criterio para la elección de las declaraciones respondió al hecho de que las mismas contienen las líneas fundamentales del proyecto político zapatista. En las mismas se buscó identificar cuáles son las principales propuestas e ideas que plantean las y los zapatistas, así como los cambios y reformulaciones que han ido haciendo a su proyecto político. ¿Cuáles son los elementos centrales de las mismas? ¿A quiénes está dirigida? ¿Cuál es la caracterización del contexto? ¿A qué acciones convoca?

Si bien se presta especial atención a las seis declaraciones de la Selva Lacandona, también se tuvieron en cuenta otros comunicados y ensayos firmados por el principal vocero del EZLN, el subcomandante Marcos, en los cuales se desarrollan más algunos elementos del proyecto político zapatista. Todos estos documentos fueron utilizados principalmente en los capítulos II y III para reconstruir el proyecto político zapatista y considerar algunos de los cambios planteados a partir de la Sexta Declaración.

Una segunda fuente de información que enriqueció enormemente la presente investigación deriva del trabajo de campo que tuve la posibilidad de hacer gracias a una beca para realizar una estancia académica de investigación en la Ciudad de México durante septiembre de 2007.⁸ Dicha estancia de investigación permitió recolectar gran cantidad de material e información, así como intercambiar y discutir varias de las ideas de mi proyecto con investigadores, investigadoras así como con otras personas y militantes vinculados al tema, que representaron un insumo sustancial para la elaboración de este trabajo. Se realizaron siete entrevistas, tanto individuales como colectivas, con militantes de organizaciones adherentes a la Sexta Declaración y participantes de la *otra campaña*, con miembros de organizaciones civiles de apoyo a la resolución de conflictos, y con investigadoras e investigadores sobre el movimiento zapatista o temas afines.

Asimismo, la muy estimulante participación en la tercera sesión de «El Otro Seminario» en Querétaro, organizado por el colectivo Jóvenes en Resistencia Alternativa que es participante de la *otra campaña*, brindó la posibilidad de conocer distintas experiencias, visiones y análisis de las más de cien personas de veintiséis colectivos y organizaciones de nueve entidades

⁸ La beca fue otorgada a través del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional de San Martín, por el Programa de Promoción de la Universidad Argentina del Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación.

federativas de México que concurren al encuentro. En el seminario también se contó con la participación de los académicos y la académica Raquel Gutiérrez, John Holloway, Carlos Aguirre Rojas y Luis Villoro, así como videoconferencias con analistas y movimientos sociales de Argentina, Uruguay y Chile.

La realización del trabajo de campo en México posibilitó ponerme en contacto con el trabajo concreto que realizan algunos grupos y colectivos en el marco de la *otra campaña*, aportándome, asimismo, muy interesantes miradas o elementos a tener en cuenta sobre la situación política mexicana en la cual se inscribe dicho proceso. El análisis de dicha información surgida de las entrevistas, charlas informales y la observación participante durante el seminario es una de las fuentes principales del capítulo V, donde se despliegan algunos elementos sobre el proceso de la *otra campaña*, las oportunidades y los desafíos que enfrenta en la actual coyuntura política mexicana, y algunos debates y dilemas que se han ido presentando desde su lanzamiento en 2005.

Finalmente, la inmensa cantidad de libros, artículos y notas periodísticas sobre el tema a través de Internet significaron un material invaluable para la elaboración del presente escrito. Desde su aparición pública el primero de enero de 1994, mucho se ha escrito y se sigue escribiendo sobre el zapatismo. Como sostiene Gustavo Esteva:

Los libros que contienen comunicados y otros materiales generados directamente por los zapatistas se han publicado en muchas lenguas y llenan ya muchos metros de estante. Los libros publicados *sobre* los zapatistas, en docenas de idiomas, se cuentan ya por miles y podrían llenar una biblioteca de tamaño medio. Los artículos o ensayos en revistas y periódicos se cuentan por cientos de miles, acaso por millones. Se ha vuelto literalmente imposible seguir todas las líneas de debate abiertas en torno al zapatismo (Esteva, 2005:5).

Uno de los desafíos fue justamente procesar la inmensa cantidad de producción escrita, tanto por el zapatismo como sobre el mismo, tratando de tomar aquellos elementos más significativos y sugerentes en términos del proyecto de investigación. De tal manera que la revisión se centró en las cuestiones referidas al proyecto político zapatista y otras temáticas relacionadas que se consideraron relevantes.

Una primera cuestión que surge al realizar la revisión bibliográfica es que muchos trabajos se basan fundamentalmente en la producción del propio EZLN, ya sea a través de sus escritos (declaraciones, comunicados, cartas y ensayos) o en entrevistas a alguno de sus integrantes, especialmente al subcomandante Marcos. Este punto puede resultar, en buena medida, de las singulares características del discurso zapatista que varios de las autoras y autores resaltan y que se desarrolla más adelante.

Por otro lado, las palabras y acciones del movimiento zapatista han suscitado múltiples lecturas, debates y reacciones que, generalmente, han tendido a polarizar las posturas con argumentos encontrados, que van desde la descalificación a la apología. Como suele suceder –más cuando se trata de fenómenos contemporáneos–, resulta difícil encontrar posiciones intermedias. En el presente trabajo se pretende realizar un acercamiento crítico al zapatismo. Para ello es imprescindible hacerlo teniendo en cuenta también al resto de los actores políticos y sociales que, como las y los zapatistas, se encuentran inscriptos en el contexto de una determinada arena política caracterizada por la confrontación de distintos proyectos.

Para la elaboración de los dos últimos capítulos, dado lo reciente de los temas abordados, se recurrió –además de la información relevada con el trabajo de campo ya mencionada– a la revisión de artículos periodísticos y notas de opinión, principalmente publicados en *La Jornada*. La elección de este periódico como fuente de información fue establecida en base a que es uno de los medios masivos de comunicación que mayor cobertura –aunque visiblemente reducida en los últimos tiempos– ha realizado sobre las distintas iniciativas y noticias sobre el movimiento zapatista. Se tuvo en cuenta la profusa difusión de análisis y debates que se generaron entre analistas, académicos y militantes a partir de la publicación de la Sexta Declaración de la Selva Lacandona, particularmente entre julio y diciembre de 2005. A través de estos textos se trató de identificar las principales cuestiones y críticas realizadas a la declaración así como las distintas interpretaciones sobre la nueva iniciativa zapatista.

El presente trabajo es así producto de varias voces y muchas lecturas sin las que habría sido imposible. De ahí que en parte pueda pensarse como un producto colectivo, aunque indefectiblemente tamizado por mi visión y mi escritura. Quizás por ello este texto, a pesar de pretender ser un ejercicio de abordaje crítico en torno al movimiento zapatista, puede que no haya alcanzado a plasmar plenamente todo lo que hubiera querido.

Lo que sigue a continuación no es un relato minucioso y exhaustivo de los múltiples acontecimientos y factores que dan forma al movimiento zapatista, sino simplemente algunos aspectos e interpretaciones que permitan un acercamiento al contexto de emergencia de este llamativo y sugerente movimiento, a algunos factores que contribuyeron a dar forma a las estrategias, representaciones y orientaciones que conforman su proyecto político, a su reformulación y cambios a lo largo de los años, especialmente a partir de la Sexta Declaración de la Selva Lacandona, así como a algunos desafíos y dilemas que se presentan en el proceso de la *otra campaña* en el actual contexto político mexicano.

Probablemente varios y varias de quienes se sumerjan en la lectura de este texto no compartirán tales interpretaciones, o las considerarán insuficientes. En el mejor de los casos, este trabajo cumplirá gran parte de sus objetivos si propicia –como lo ha hecho el propio movimiento zapatista– algunas reflexiones y discusiones que permitan pensar, comprender y transformar nuestras complejas realidades latinoamericanas.

CAPÍTULO I:

EL CONTEXTO POLÍTICO

El particular contexto político mexicano

El surgimiento y conformación del proyecto político del zapatismo no puede verse fuera del singular escenario político desatado por el largo proceso de desarticulación del orden posrevolucionario que se abre a partir de 1968, en el cual se pone en entredicho la legitimidad política del sistema. Por lo tanto, resulta imprescindible remitirse brevemente a la configuración del sistema político mexicano –especialmente por la complejidad y singularidad de este contexto que tiene sus raíces en la revolución mexicana de 1910– y a su prolongada desestructuración a partir de fines de los años sesenta.

México inauguró el siglo XX con una revolución popular de la que surgió un nuevo sistema político revestido con la legitimidad otorgada por presentarse como heredero de esas luchas revolucionarias. A medida que el sistema se fue consolidando hacia fines de los años veinte con la creación del Partido Nacional Revolucionario (PNR)⁹, y mucho más durante la siguiente década bajo el gobierno de Lázaro Cárdenas (1934-1940), la inmensa mayoría de las organizaciones obreras, campesinas y populares pasaron a formar parte de la estructura de control del partido de Estado. Los partidos y organizaciones sociales que intentaban escapar al dominio de las instituciones oficiales eran sistemáticamente reprimidos. Se fue arraigando así una centralidad estatal en la constitución de lo social (Zermeño, 2001). Todo esto se hacía hablando en nombre de la revolución, contando de esta manera con un potente elemento simbólico a su favor.

De todos modos, como señala Armando Bartra (2005b), la larga estabilidad y el predominio priísta no ha sido simple manipulación ideológica o represión. Se sustentó asimismo en los indudables logros de un sistema que repartió tierras, proporcionó beneficios a los distintos sectores y, al menos hasta el setenta, logró un crecimiento económico sostenido, ciertamente

⁹ El partido fue creado en marzo de 1929 como una tentativa de Plutarco Elías Calles para tratar de canalizar institucionalmente los conflictos entre los caudillos y sus ejércitos surgidos durante las luchas revolucionarias. En 1938, durante el gobierno de Lázaro Cárdenas, se reformó sobre la base de una estructura corporativa -sostenida sobre los pilares obrero, campesino, militar y al que luego se le sumó el sector popular- y tomó el nombre de Partido de la Revolución Mexicana (PRM). Finalmente, y sin el pilar militar en su estructura, el partido pasó a denominarse Partido Revolucionario Institucional (PRI), en 1946. Denominación que mantiene hasta el día de hoy.

desigual, pero que permitía que la mayor parte de los mexicanos pudiera advertir que en el orden surgido de la revolución su situación estaba mejorando.

De este modo, se fueron configurando mecanismos que entremezclaban la represión, la cooptación y la inclusión política a través de beneficios sociales, dentro de un juego de equilibrios e integraciones. A través de estas medidas, el partido-Estado buscó aparecer como el gran organizador ideológico mexicano y, por lo tanto, como constructor y articulador de las relaciones hegemónicas que se daban en la sociedad (Dratman y Duhalde, 1994). Recogiendo las interpretaciones y demandas de los grupos sociales más activos y cooptando a sus representantes, se presentaba como la expresión de la nación mexicana misma: era en su interior, y sólo ahí, donde debían decidirse los conflictos sociales.

Sin embargo, hacia mediados de la década del sesenta la hegemonía priísta empezó a resquebrajarse. El fuerte proceso tanto de urbanización como de crecimiento demográfico, junto a algunos signos de agotamiento del modelo de desarrollo basado en la industrialización acelerada, hicieron que el régimen ya no fuese capaz de absorber suficientemente los diversos intereses en su estructura corporativa. La cuestión de la independencia frente al Estado fue tomando fuerza y constituyéndose en el eje central de conflicto, como lo pusieron en evidencia las luchas ferrocarrileras, magisteriales y estudiantiles de fines del cincuenta y sesenta (Hernández Navarro, 2005; Zermeño, 2001). El movimiento estudiantil de 1968 significó un parteaguas en las luchas contra la hegemonía del PRI.¹⁰ Ante las protestas de los estudiantes en la Ciudad de México, la respuesta del gobierno de Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970) fue una brutal masacre en la Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco. Este acontecimiento no sólo puso en evidencia el autoritarismo y el carácter represivo del régimen que justamente el movimiento denunciaba, sino que contribuyó a dar lugar –al principio algo retóricamente– a un lento proceso de apertura política del régimen, en paralelo a un igualmente arduo proceso de organización de distintos sectores de la sociedad.

Los acontecimientos de 1968 se inscribieron en el marco del proceso de radicalización de las protestas y del surgimiento de grupos armados que, en algunos casos, establecieron cambiantes y complejas relaciones con organizaciones populares. Ya desde mediados de la década del sesenta se había iniciado la lucha de diversos movimientos armados a lo largo de

¹⁰ Aunque con características particulares dadas por el marco nacional, el movimiento estudiantil mexicano de 1968 se enmarca dentro de otros movimientos similares que se venían produciendo por esos años en distintas partes del mundo, como Berkeley, París y Praga. Todas estas expresiones pueden inscribirse, a su vez, en un proceso más amplio de cambios culturales y fuertes críticas a las estructuras de poder y a los partidos de izquierda tradicionales (Wallerstein, 2006).

México, que alcanzaron su fase más intensa durante los años que van de 1971 a 1977 (Montemayor, 1998).¹¹

Un primer paso hacia cierta apertura del sistema vino a ponerse en práctica frente a los problemas políticos que supuso la elección de José López Portillo (1976-1982), con una bajísima participación debido a la ausencia de candidatos de oposición. En 1977, se reformó la Constitución, ampliando el número de bancas con el fin de incorporar una mayor representación legislativa de la oposición, y se sancionó una nueva ley electoral, que aportó recursos políticos y financieros a los partidos opositores y significó la legalización del Partido Comunista Mexicano. Sin embargo, estas reformas –como otras que siguieron en el plano electoral en 1986, 1989 y 1994– llevaron la marca de una democracia otorgada (Loeza, 2002). Así, las reformas se circunscribieron al ámbito del sistema político y siempre estuvieron pensadas como una estrategia del PRI para mantenerse en el poder, tan sólo creando una “ficción de pluralidad política” (Bartra, 2005a:142). Asimismo, estas reformas políticas, combinadas con las respuestas represivas contra los estudiantes en 1968 y 1971 y la guerra sucia contra las organizaciones armadas durante los setenta, terminaron privilegiando la vía reformista y electoral (Zermeño, 2001).¹²

Desde principios de los ochentas, las protestas populares se empezaron a multiplicar, sobre todo a partir de los primeros síntomas de la crisis económica que iría a atravesar toda esa década a partir de 1982.¹³ Particularmente en el norte del país, el descontento fue capitalizado por el Partido Acción Nacional (PAN)¹⁴ al desafiar y romper el amplio predominio priísta en

¹¹ Según este autor, todavía se carece de información suficiente para conocer con profundidad la conformación del panorama militar y político de los grupos armados mexicanos de dicho período. Algunas de las organizaciones armadas que se conformaron en distintas regiones del país fueron las siguientes: Movimiento Revolucionario del Pueblo, Partido de los Pobres, Asociación Cívica Nacional Revolucionaria, Comando Urbano Lacandones “Patria Nueva”, Frente Urbano Zapatista, Partido Revolucionario Obrero Clandestino Unión del Pueblo, Unión Campesina Independiente, Movimiento 23 de Septiembre, Liga Comunista 23 de Septiembre, Liga Comunista Espartaco, Frente Revolucionario del Pueblo, Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo y Fuerzas Armadas de Liberación (Montemayor, 1998).

¹² Siguiendo con este autor, la reforma política de López Portillo buscó debilitar los movimientos y organizaciones surgidas a partir de la coyuntura de 1968 fomentando la *forma partido* y creando así una oposición moderada y fragmentada al poner en tensión acción social y acción política, movimiento social y protagonismo parlamentario, base y dirigencia (Zermeño, 2001).

¹³ Ante la suba de las tasas de interés en Estados Unidos y el consecuente aumento de los intereses de la deuda, el gobierno mexicano declaró la moratoria en agosto de 1982, desatando lo que se conoció como la crisis de la deuda. Así, la conjunción de deuda externa, crisis fiscal del sector público, fuga de capitales, alta inflación y recesión económica llevó a la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) a referirse a los años ochenta como la “década perdida”.

¹⁴ El Partido Acción Nacional fue fundado en 1939 por Manuel Gómez Morín, reuniendo a sectores católicos, opositores a las políticas anticlericales del régimen posrevolucionario, y parte del gran empresariado mexicano.

el ámbito municipal. Esta orientación de la protesta por la vía electoral-partidaria mostró el carácter esencialmente conservador que adquirió el proceso mexicano de apertura política, dado que los que participaban sólo buscaban alterar los equilibrios políticos sin modificar los arreglos sociales de largo plazo.

De esta manera, la llamada apertura democrática se fue dando como resultado de un complejo cúmulo de interacciones y presiones, pero que transcurrieron dentro de los márgenes institucionales que fijaron las organizaciones partidarias –principalmente, aunque no exclusivamente el PRI– y los ordenamientos electorales. Pero más importante aún, esto supuso que se mantuviera prácticamente inalterada la cultura política forjada durante años de partido de Estado.

De cualquier manera, a medida que la capacidad redistributiva del Estado se fue deteriorando, los mecanismos de control e integración empezaron a entrar también en crisis. Así, la segunda mitad de los ochenta estuvo marcada por un renovado proceso de movilización y organización de distintos sectores sociales. La lenta reacción por parte de las autoridades ante el terremoto que sacudió a la Ciudad de México en septiembre de 1985, generó un importante movimiento de autoorganización y participación de la sociedad así como severas críticas contra el gobierno. A estas protestas se sumaron las que ya venían produciéndose a partir de 1983 entre trabajadores de distintos sectores en oposición a las medidas económicas del gobierno y las del movimiento estudiantil de 1987.

Estos movimientos en la sociedad se combinaron también con conflictos al interior del partido oficial. Con la llegada de Miguel de la Madrid (1982-1988) a la presidencia, se produjo el monopolio de una elite tecnocrática, reclutada en la burocracia financiera pública, desplazando a los sectores políticos tradicionales del PRI. Esto significó la ruptura de una regla no escrita sobre la distribución de cargos entre las distintas facciones del partido, dando lugar a la conformación, en agosto de 1986, de una corriente interna en torno a las figuras de Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo.¹⁵ Esta situación se agravó cuando de la Madrid eligió como su sucesor a Carlos Salinas de Gortari –quien había sido el responsable de la gestión económica basada en la ortodoxia fiscal y las reformas de mercado– desencadenando finalmente la separación de Cárdenas, Muñoz Ledo y otros priístas, y la

Sin embargo, hasta la década del ochenta mantuvo una presencia más bien marginal en el sistema político hegemonizado por el PRI.

¹⁵ Esta corriente se articuló en torno al doble objetivo de oponerse a la política económica del gobierno delamadrista, que suponían opuesta al proyecto histórico de la revolución mexicana, y lograr establecer la selección del sucesor presidencial por elecciones internas.

proclamación del primero como candidato presidencial por el Frente Democrático Nacional (FDN).¹⁶

Los resultados oficiales de las elecciones de 1988 le dieron el triunfo a Salinas de Gortari (1988-1994). A pesar de eso, y apoyados en las movilizaciones populares desatadas por las críticas contra tales resultados vistos como producto de un fraude masivo, las fuerzas que apoyaron a Cárdenas decidieron, en mayo de 1989, crear el Partido de la Revolución Democrática (PRD). Este nuevo partido surgió así de la convicción de que el predominio del PRI podía ser derrotado por la vía electoral, siempre y cuando se contara con una estructura partidaria que permitiera tener un mayor control sobre los comicios. De esta manera, el PRD no hizo más que consolidar la acción electoral y la vía partidaria como medios privilegiados de protesta y como prácticamente la única opción de cambio, no quedando ajeno a la fuerte propensión hacia el vértice característico de la cultura política mexicana (Zermeño, 2001).¹⁷ Terminó, así, llevando la lucha a un terreno donde el régimen priísta tiene una larga experiencia de prácticas clientelares, combinando represión y cooptación, como lo vino a demostrar en gran medida el sexenio de Salinas.

Una de las prioridades de la estrategia de Salinas fue la recuperación de la economía y el reforzamiento de la figura presidencial y ciertas agencias estatales (Cavarozzi, 1997). La pérdida de autoridad con la que había finalizado el gobierno de Miguel de la Madrid y el triunfo de Salinas en las elecciones de 1988 con grandes acusaciones de fraude, era una situación bastante insostenible en el marco del sistema político mexicano, donde el presidente es el epicentro de la estructura de poder. Para revertir esta situación, Salinas impulsó una profundización del presidencialismo –mediante un fuerte proceso de concentración y centralización del poder en el Ejecutivo– que apuntó a recomponer en gran medida el poder del Estado mexicano y a profundizar el proceso de reformas económicas que se venían impulsando desde mediados del ochenta. Esta estrategia pareció dar buenos resultados durante los primeros cinco años de su mandato, especialmente en los objetivos que se había planteado

¹⁶ La candidatura de Cárdenas fue apoyada también por otros partidos de izquierda como el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM), Partido Popular Socialista (PPS), el Partido Socialista de Trabajadores (PST) y, un mes antes de las elecciones, se suma el Partido Mexicano Socialista (PMS). El PMS era el resultado de la fusión reciente del Partido Socialista Unificado de México, integrado por el Partido Comunista Mexicano y el Partido Mexicano de los Trabajadores, y fue el único de los partidos del FDN que terminó confluyendo en la fundación del Partido de la Revolución Democrática.

¹⁷ “Hacia el centro y hacia las alturas, repetimos, es hacia donde parecen desplazarse las manifestaciones sociopolíticas, lo que se acentuará brutalmente con las huelgas obreras del año 83, con el terremoto de 1985 en el Distrito Federal y con el cardenismo en 1988, ese poderoso motor de buropolitización, de ‘vaciamiento hacia arriba’” (Zermeño, 2001:20).

al estabilizar la economía y el sistema político, fuertemente golpeados durante el sexenio anterior y las polémicas elecciones de 1988; pero a costa de agudizar algunos conflictos y tensiones que emergieron violentamente a partir del primer día de 1994.

Los movimientos en el sudeste

En forma paralela a estos cambios en el sistema político mexicano, también se venían produciendo movimientos en la alejada realidad del estado de Chiapas, en el sudeste de México, que confluían y contribuirían al proceso de organización del EZLN.

Uno de los factores que nutrieron a este proceso son los cambios generados en los años sesenta producto de la competencia religiosa (Trejo, 2000). La penetración del protestantismo en las comunidades chiapanecas y la acción eclesiástica a partir del Concilio Vaticano II y la Conferencia Episcopal de Medellín en 1968 jugaron un papel significativo en la configuración de una nueva identidad indígena. El trabajo de los misioneros protestantes que entraron en contacto con las comunidades indígenas a través de un trabajo de alfabetización y de organización de cooperativas campesinas, sirvió para que la Iglesia Católica también respondiera con acciones similares que terminaron confluyendo con el discurso de revalorización de las lenguas y culturas autóctonas que desarrollaron las comunidades eclesiásticas de base, transformando en muchos casos la base de poder de las comunidades y hasta las jerarquías comunitarias tradicionales. En ese marco de fuerte activismo eclesiástico, en 1974, se organizó en San Cristóbal de Las Casas el Primer Congreso Indígena, donde el obispo Samuel Ruiz exigió al Estado que escuchara los reclamos indígenas por tierras, viviendas, carreteras, clínicas rurales. Según González Casanova (1995): “El trabajo de educación y catequesis fue extraordinario. También el de organización. Ningún partido político o instancia cultural ha hecho algo parecido”.

Este proceso se articuló con el surgimiento de una nueva intelectualidad indígena y el movimiento cultural de los años sesenta y setenta, favoreciendo la revalorización de la cultura y de la literatura en lenguas indígenas. De esta manera, se produjo una recuperación de las “tradiciones” por parte de las comunidades como vía de resistencia al proceso de modernización. En rigor, este proceso no era nuevo sino que se remonta al momento mismo de la Conquista, reflejando más bien una particular dinámica de tensiones y resignificaciones fuertes entre distintos elementos culturales, como lo plantea Guillermo Bonfil Batalla:

[El México profundo] resiste apelando a las estrategias más diversas según las circunstancias de dominación a que es sometido. No es un mundo pasivo, estático, sino que vive en tensión permanente. Los pueblos del México profundo crean y recrean continuamente su cultura, la ajustan a las presiones cambiantes, refuerzan sus ámbitos propios y privados, hacen suyos elementos culturales ajenos para ponerlos a su servicio, reiteran cíclicamente los actos colectivos que son una manera de expresar y renovar su identidad propia; callan o se rebelan, según una estrategia afinada por siglos de resistencia (Bonfil Batalla, 1987:86-87).

En tal sentido, la teoría de la modernización que ejercía una fuerte influencia en los años sesenta y setenta, recibió un duro revés. Contrariamente a sus supuestos, el proceso de modernización más que llevar a la disolución de las identidades indígenas, condujo a su recreación y revitalización. Así, la presencia del Estado y la aplicación de políticas indigenistas¹⁸ para atender las demandas de estas poblaciones tuvieron también resultados paradójicos. Las políticas agrarias, educativas y sociales del Estado mexicano involuntariamente dieron lugar, en muchos casos, al surgimiento de organizaciones y líderes indígenas. Sobre esta base y, en forma similar a otras organizaciones políticas y sociales de México, la lucha de los pueblos indígenas también se fue centrando desde los años setenta en la reivindicación de la autonomía y en la oposición al indigenismo (Hernández Navarro, 1998).

A esta situación contribuyó también la creciente erosión del pacto corporativo en el campo debido, en parte, a la crisis de representación por el vaciamiento de las formas políticas tradicionales. La aplicación de la reforma agraria impulsada por el presidente Luis Echeverría no implicó ya la redistribución de tierras, sino más bien el reforzamiento de los caciques, la ampliación de latifundios y la modernización de las zonas rurales (Gordillo, 1985). La transformación en el campo condujo a una reconversión de la tierra para uso ganadero, generando que los campesinos tuvieran que abandonar sus terrenos y, en muchos casos, las fincas cafetaleras, cañeras y maiceras para trasladarse a los sectores emergentes de la electricidad, del petróleo y la construcción de presas y carreteras. Sin embargo, la crisis de principios de los ochenta disminuyó fuertemente las fuentes de trabajo y muchos pobladores intentaron volver a las actividades rurales. Se empezaron a llevar adelante ocupaciones de tierras, así como luchas legales y movilizaciones de protestas, que en muchos casos encontraron una violenta represión por parte de las autoridades y los hacendados.

¹⁸ Tales políticas han tenido una larga tradición en México como acciones diseñadas con el objetivo de asimilar a los pueblos indígenas a la vida nacional, a través de una variedad de instrumentos como la reforma agraria, la educación pública, las políticas de combate a la pobreza y la integración corporativa al partido oficial en la Confederación Nacional Campesina y, a partir de 1975, en los Consejos Supremos Indígenas.

Todos estos procesos deben verse interactuando entre sí de manera tal que conllevaron a una creciente politización de las comunidades indígenas; pero, al mismo tiempo, a la experimentación de las dificultades y las trabas de las luchas electorales en el marco del sistema político mexicano. “La experiencia indígena en materia política es que los representantes inmediatos de los indios pueden ser democráticamente controlados en sus propias comunidades; pero cuando entran a formar parte del gobierno municipal u ocupan puestos más altos ‘no les queda otra’, que corromperse, someterse o morir” (González Casanova, 1995). Se da así un juego político marcado por la violencia y la negociación que ha caracterizado históricamente al sistema de partido de Estado.

Es en este contexto donde el grupo guerrillero de origen urbano, las Fuerzas de Liberación Nacional (FLN), intentaron desarrollar un movimiento armado inspirado en la revolución cubana a principios del ochenta. Como otras organizaciones guerrilleras de esa época –y sobre todo con anterioridad– influenciadas en distinta medida por el proceso cubano y por otras experiencias revolucionarias, consideraban que dadas las características del sistema político mexicano la lucha pacífica y electoral estaba clausurada y, por lo tanto, era necesario recurrir a la vía armada. Siguiendo este modelo, un grupo conformado por cinco hombres y una mujer fundó el 17 de noviembre de 1983 el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (Subcomandante Marcos en Muñoz Ramírez, 2004). A medida que el trabajo del grupo guerrillero entró en contacto con las comunidades, fue entrecruzándose con las redes organizativas y sus liderazgos que se habían venido conformando desde los años sesenta, haciéndose en muchos casos de una base social de apoyo que ya compartía una cierta identidad y experiencias colectivas. De esta manera, el EZLN se fue transformando a través del encuentro de distintas ideologías y propuestas políticas, que iban desde las luchas agrarias, las utopías indígenas, el marxismo-leninismo y las propuestas de liberación de las comunidades eclesíásticas, aunque el resultado es distinto a cada una de ellas (Hernández Navarro, 2000). Con todo, hasta finales de la década del ochenta el trabajo del movimiento se encontraba todavía concentrado en las neblinosas montañas del sudeste mexicano, con contacto todavía esporádico con las comunidades de la zona (Le Bot, 1997:175).

La caída del Muro de Berlín en 1989, el desmoronamiento de la Unión Soviética y de los regímenes socialistas del este europeo entre 1989 y 1992, así como, a nivel regional, la derrota de los sandinistas en las elecciones presidenciales de Nicaragua en 1990 y el acuerdo de paz de 1992 que puso fin a la lucha armada en El Salvador, significaron un fuerte golpe y cuestionamiento para gran parte de las fuerzas de izquierda, y no pocos interpretaron estos

acontecimientos en términos del fin de un ciclo (Hobsbawn, 1998; Castañeda, 1995; Rodríguez Garavito y Barrett, 2005). Contrariamente, para el EZLN fueron años de un crecimiento exponencial. “[D]e 1989 a 1990, pasamos de algunas centenas a millares de combatientes”, recuerda el subcomandante Marcos (Le Bot, 1997:177). Para él, más allá de los largos años de trabajo en las comunidades, contribuyó enormemente el fraude electoral contra Cuauhtémoc Cárdenas, que era visto por cierto sector de los indígenas más politizado como la cancelación de las posibilidades de alcanzar un cambio pacífico por esa vía.¹⁹ Por lo tanto, a pesar del derrumbe de los llamados *socialismos realmente existentes* y de la vía armada en América Latina, el EZLN vio expandir su organización y sus bases de apoyo más allá de la Selva Lacandona, hacia Los Altos y el norte de Chiapas.

Finalmente, las reformas estructurales y la liberalización del campo durante el gobierno de Salinas terminaron de gestar la rebelión zapatista. Dado el peso decreciente de las campesinas y campesinos en la economía y en su consecuente capacidad de incidir en la escena política, el gobierno creyó que no iba a tener grandes consecuencias. Sin embargo, el anuncio del fin de las promesas incumplidas de la revolución mexicana con la reforma al artículo 27 de la Constitución en 1992, con la que se puso fin al reparto de tierras y permitió la compra-venta de las tierras ejidales, fue concebida dentro del discurso del EZLN como una “sentencia de muerte” para las comunidades indígenas. La modificación al artículo 27 se transformó así en la gota que derramó el vaso.

Sólo faltaría esperar muy poco tiempo para que el primero de enero de 1994 el cauce del agua se desatara violentamente y fluyera por todo México y el mundo.

¹⁹ Otros elementos que señala el subcomandante Marcos en el texto de Le Bot (1997) son: la caída de los precios del café, unas epidemias en la Selva que provocaron la muerte de muchos niños y niñas de mononucleosis y otras enfermedades, una incursión del ejército federal en la Selva, mostrando resultados desastrosos y que por lo tanto no eran invencibles, y un crecimiento de asesinatos a manos de las guardias blancas de los finqueros.

CAPÍTULO II: EL PROYECTO POLÍTICO ZAPATISTA

Un proyecto político en construcción y redefinición constantes

En la madrugada del primero de enero de 1994, el EZLN tomó siete cabeceras municipales en el sureño estado de Chiapas, y dio a conocer su Declaración de la Selva Lacandona (1DSL) como una “declaración de guerra” al Ejército Mexicano, pilar básico de “una dictadura de más de 70 años [...] monopolizada por el partido en el poder y encabezada por el ejecutivo federal que hoy detenta su jefe máximo e ilegítimo, Carlos Salinas de Gortari”. A su vez, apelaba a que “los otros Poderes de la Nación se aboquen a restaurar la legalidad y la estabilidad de la Nación deponiendo al dictador”. Junto a estos dos destinatarios, la declaración estaba también dirigida al pueblo mexicano para que se sume al EZLN en su “avance liberador” hacia la capital para luchar por once demandas básicas: trabajo, tierra, techo, alimentación, salud, educación, independencia, libertad, democracia, justicia y paz.²⁰

En este primer documento del EZLN, la estrategia propuesta es claramente la lucha armada. De cualquier manera, ante la cobertura mediática tanto nacional como internacional y las repercusiones en distintos sectores de la sociedad, las y los zapatistas modificaron su estrategia. La opción armada inicial fue quedando de lado frente a un accionar más político, centrado en la palabra como una de sus principales armas.

De hecho, tras doce días de enfrentamiento armado, las y los zapatistas aceptaron el pedido de distintos grupos dentro y fuera de México para iniciar diálogos con el gobierno mexicano a fin de buscar una solución política y pacífica al conflicto. De esta manera, a sólo cincuenta y tres días de iniciado el alzamiento armado, del 22 de febrero al 2 de marzo de 1994, se realizaron los primeros diálogos entre el EZLN y el gobierno federal a través del Comisionado para la Paz, Manuel Camacho Solís, con la mediación del obispo Samuel Ruiz, en la Catedral de San Cristóbal de Las Casas. A pesar de que luego de someter a consulta de

²⁰ Resulta interesante destacar la generalidad de estos puntos que constituyen el programa político del zapatismo. Claramente apuntan a lograr la legitimidad de las demandas, puesto que se trata de elementos tan básicos que no pueden ser rechazados por nadie. Pero “la *ruptura* pasa por hacer exigible lo que en el modelo vigente se enuncia abstractamente, sin voluntad de cumplimiento. Y precisamente esa exigencia de cumplimiento de los contenidos enunciativos del sistema político en vigor, le da un carácter subversivo del orden actual” (Duhalde y Dratman, 1994:209).

las comunidades zapatistas se decidió rechazar la propuesta de acuerdo con el gobierno por considerar que las soluciones eran limitadas, los llamados “diálogos de la Catedral” sirvieron de marco para el encuentro del EZLN con distintas fuerzas políticas y sociales que, a su vez, fue reconfigurando el proyecto político zapatista.

Para varias autoras y autores (Monsiváis y Bellinghausen, 2001; Bellinghausen, 2005; de la Rosa, 2006; Leyva Solano y Sonnleitner, 2000), junto con el cambio en su estrategia hubo un cambio en su discurso. La resonancia social y política del zapatismo se logró mediante un discurso que, en forma paralela al pasaje de la estrategia militar a una más política, fue desplazándose desde un lenguaje revolucionario tradicional presente en los primeros documentos y especialmente en la 1DSL, hacia un mayor énfasis en el diálogo con la sociedad para impulsar un proceso profundo de democratización de la sociedad mexicana. De cualquier manera, como señala Gloria Muñoz Ramírez (2004), este cambio era posible por algunas concepciones desarrolladas desde antes del alzamiento durante el proceso de organización en la selva. Las dificultades iniciales del grupo guerrillero que intentó –sin suerte– desarrollar una estrategia foquista en la Selva Lacandona significaron la primera “derrota” del movimiento y el comienzo de una dinámica que después volverían a utilizar en otras ocasiones.

La virtud de esa organización militar está en reconocer que no tenía respuestas y que tenía que aprender. Esa es la primera derrota del EZLN, la más importante y la que lo marcará de ahí en adelante. Cuando el EZLN se enfrenta a algo nuevo y reconoce que no tiene solución para ese problema, que tiene que esperar y aprender, deja de ser maestro [...] Y ahí se comienza a dar un proceso de transformación del EZLN, de un ejército de vanguardia revolucionaria a un ejército de las comunidades indígenas, un ejército que es parte de un movimiento indígena de resistencia, dentro de otras formas de lucha [...] Pero luego el EZLN, a la hora en que se imbrica con las comunidades, pasa a ser un elemento más dentro de toda esa resistencia, se contamina y es subordinado a las comunidades. Las comunidades se lo apropian y lo hacen suyo, lo colocan bajo su férula.

Yo pienso que lo que permitió al EZLN sobrevivir y crecer fue aceptar esa derrota (Subcomandante Marcos en Le Bot, 1997:148-149).

Fueron asimismo las propias comunidades zapatistas, mientras se estaba discutiendo el alzamiento en 1993, quienes marcaron el horizonte del EZLN al plantear que había que darle un carácter nacional a la lucha para evitar que se rechazara o circunscribiera el movimiento como una cuestión local o étnica. En las consultas que se realizaron entre las comunidades zapatistas durante 1993 se decidió que, siendo que la lucha por la democratización era el crisol donde todos los movimientos de izquierda, partidarios o sociales, condensaban su esperanza y sus prioridades estratégicas, el levantamiento zapatista también se debía inscribir

en estas luchas por la democratización (Pineda, 2005). Todo esto contribuyó a que ya existieran ciertos elementos y una dinámica previos que permitieron al zapatismo afrontar una segunda “derrota” ante el rechazo de diferentes sectores de la sociedad frente a la estrategia armada y acompañar el surgimiento del movimiento zapatista como una amplia red en torno al EZLN a través de la insistencia en la convocatoria a encuentros y articulaciones entre diversas organizaciones e individuos para discutir y buscar soluciones a los grandes problemas nacionales. De esta manera, la configuración del zapatismo como una red política en movimiento refleja en sí una de sus demandas,²¹ al tiempo que le permitió evitar caer en un diálogo exclusivo con el gobierno (Leyva Solano, 1999).

El carácter nacional de la lucha también se buscó a través de otra estrategia. A pesar de la declaración de guerra inicial, las demandas del EZLN fueron formuladas desde un escenario donde los principios jurídicos y simbólicos del Estado mexicano son respetados. En la 1DSL, las y los zapatistas se levantan en armas, pero apelando a la Constitución.²² Esta cuestión que puede resultar algo paradójica se entiende mejor teniendo en cuenta el fuerte papel simbólico que tiene la Constitución de 1917 en la cultura política mexicana. Al lado del alzamiento armado, las y los zapatistas iniciaron una guerra paralela contra el gobierno con el fin de arrebatarle los símbolos que monopolizó durante años (Volpi, 2004). Dado el proyecto político del EZLN, y como condición necesaria para poder llevarlo adelante, los rebeldes chiapanecos necesitaban plantear su lucha, no como la de un grupo de indígenas aislado, sino como una lucha del pueblo mexicano en su conjunto. Los formidables elementos simbólicos dentro del imaginario social y los lazos identitarios construidos a lo largo de la historia mexicana resultaron un recurso fundamental dentro del discurso zapatista, como se analiza más detenidamente en el siguiente apartado.

Esta guerra simbólica se desplegaba, en la visión de muchos y muchas, en un excepcional momento de oportunidad política dada la debilidad del régimen. Para Tarrow (1998), las estructuras de oportunidad política aluden a dimensiones no necesariamente formales o permanentes de la escena política que favorecen las perspectivas de las acciones colectivas o

²¹ Para Melucci (1999), lo que caracteriza a varios de los movimientos sociales contemporáneos no son tanto los objetivos sino lo que son. O, más bien, lo que son, es decir, la forma en que se organizan refleja, a su vez, un objetivo de los mismos. La acción de dichos movimientos está fuertemente centrada en los códigos culturales, de ahí que la forma que busca darse el movimiento es en sí un mensaje, un desafío a los patrones dominantes de organización jerárquica.

²² En dicho documento recurren expresamente al artículo 39 constitucional que establece: “La soberanía nacional reside esencial y originariamente en el pueblo. Todo el poder público dimana del pueblo y se instituye para beneficio de éste. El pueblo tiene, en todo tiempo, el inalienable derecho de alterar o modificar la forma de su gobierno”.

que éstas pueden contribuir a crear, tales como mayor apertura del sistema, cambios en las coaliciones de gobierno, divisiones entre las elites, posibilidad de aliados influyentes o la disminución de la capacidad represiva del Estado. En tal sentido, el momento del alzamiento zapatista no pudo ser mejor. No sólo al hacerlo coincidir con la entrada en vigencia del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN, o NAFTA según sus siglas en inglés) pulverizó el falso discurso oficial de “entrada triunfal al Primer Mundo”, sino también porque se trataba de un momento de fuerte dependencia del ámbito internacional por parte del gobierno mexicano, que limitaba el uso de la fuerza del Estado.²³ Asimismo, como se describió en el capítulo anterior, desde hacía un tiempo se venía dando un lento y controlado proceso de apertura política, al tiempo que se venían acumulando profundas tensiones entre los grupos dirigentes dentro del partido oficial, que el 23 de marzo de ese año se pondría en evidencia con el asesinato del candidato presidencial Luis Donaldo Colosio en Tijuana y que, luego de las elecciones de agosto, también implicaría el asesinato en la Ciudad de México del secretario general del partido, José Ruiz Massieu, el 28 de septiembre. Algunos meses más tarde es detenido el hermano de Salinas de Gortari como autor intelectual de este último asesinato. Todo esto en el marco de una situación de crisis económica marcada por la fuga de capitales y la crisis financiera que desataría una vez asumido presidente Ernesto Zedillo (1994-2000) a partir de la devaluación del peso en diciembre de ese año.

En un marco semejante, el proceso preelectoral de 1994 creó la sensación de que era posible derrotar al PRI por la vía electoral. Planteando desde su alzamiento que las elecciones no eran –en las condiciones actuales– el camino del cambio democrático, de todos modos, el EZLN lanzó, en junio de 1994, la Segunda Declaración de la Selva Lacandona (2DSL) donde llamó a una Convención Nacional Democrática (CND) que diera oportunidad de lucha a las fuerzas políticas legales de oposición y permitiera “a la sociedad civil que se organice en las formas que considere pertinentes para lograr el tránsito a la democracia”. Las y los zapatistas ya no apelaban a las instituciones ni llamaban al pueblo a sumarse al EZLN, sino que el llamado era a “la Sociedad Civil a que retome el papel protagónico que tuvo para detener la fase militar de la guerra y se organice para conducir el esfuerzo pacífico hacia la democracia, la libertad y la justicia”.

²³ En 1993 hubo algunos enfrentamientos entre el ejército mexicano y el hasta entonces clandestino EZLN, pero el gobierno minimizó el asunto en vistas de no afectar la imagen de estabilidad de México en medio del proceso de negociación del TLCAN.

La primera reunión de la CND tuvo lugar en un lugar cerca del poblado chiapaneco de Guadalupe Tepeyac, especialmente preparado para el evento y que tomó el nombre de Aguascalientes.²⁴ Las reuniones, que se desarrollaron durante la campaña electoral de ese año, contaron con una participación sumamente importante y sirvieron de marco para un primer acercamiento del EZLN con Cuauhtémoc Cárdenas y el PRD.²⁵

En esta misma declaración las y los zapatistas empezaron a formular su concepto alternativo del poder, manifestando que “el problema del poder no será quién es el titular, sino quién lo ejerce. Si el poder lo ejerce la mayoría, los partidos políticos serán obligados a confrontarse a esa mayoría y no entre sí”. De tal concepción del poder deriva una de las consignas clave que va a articular todo el proyecto político del movimiento zapatista: “mandar obedeciendo”.²⁶

Al mismo tiempo, otro de los elementos centrales que pasaron a formar parte del proyecto político zapatista y que apareció en la 2DSL fue el fuerte rechazo a la idea de vanguardia, al sostener que “el EZLN tiene una concepción de sistema y de rumbo para el país. La madurez política del EZLN, su mayoría de edad como representante del sentir de una parte de la Nación, está en que no quiere imponerle al país esta concepción.”

Aunque los resultados electorales del 21 de agosto de 1994 volvieron a darle la victoria al candidato del PRI, las y los zapatistas siguieron en la misma línea con la publicación de la Tercera Declaración de la Selva Lacandona (3DSL), en enero de 1995, donde nuevamente llamaron a luchar por “la instauración de un gobierno de transición, un nuevo constituyente, una nueva carta magna y la destrucción del sistema de partido de Estado” a través de la construcción de un frente de oposición bajo el nombre de Movimiento de Liberación Nacional (MLN).

A pesar de los esfuerzos, ni la CND ni el MNL lograron consolidarse, sobre todo por disputas por sus direcciones entre distintos grupos de izquierda (Bartra, 2005b; Rodríguez Araujo, 2005a). De cualquier manera, en un nivel más local y con un objetivo más concreto en el corto plazo, ambas iniciativas tuvieron un impacto positivo: permitieron la organización

²⁴ Los nombres de Convención Nacional Democrática y Aguascalientes tienen un alto contenido histórico y simbólico puesto que hacen clara referencia, respectivamente, a la Convención de 1914 y al lugar donde se realizó dicha convención, donde se dieron lugar las distintas fuerzas revolucionarias con la intención de sentar las bases para el nuevo régimen.

²⁵ El devenir de las relaciones entre el zapatismo y el PRD se analizan con mayor detalle en el capítulo IV: “La ruptura con el sistema político”.

²⁶ En la Segunda Declaración las y los zapatistas plantean que “debemos hacer que quien mande lo haga obedeciendo, que no hay otro camino”.

de una consulta nacional durante los meses de agosto y septiembre de 1995 sobre el camino que debía seguir la lucha y el propio EZLN.

Sobre la base de los resultados de la consulta y a dos años del alzamiento, las y los zapatistas lanzaron la Cuarta Declaración de la Selva Lacandona (4DSL), en enero de 1996, donde reconocían los límites de las anteriores iniciativas de organización de un frente nacional y convocaban a la formación del Frente Zapatista de Liberación Nacional (FZLN). Esta organización nuevamente convocaba a los distintos sectores de la sociedad mexicana a organizarse nacionalmente, pero lo novedoso de esta declaración fue la propuesta de que el frente debía constituirse como una fuerza política que

[...] no aspire a la toma del poder. Una fuerza que no sea un partido político. Una fuerza política que pueda organizar las demandas y propuestas de los ciudadanos para que el que mande, mande obedeciendo. Una fuerza política que pueda organizar la solución de los problemas colectivos aún sin la intervención de los partidos políticos y del gobierno (EZLN, Cuarta Declaración de la Selva Lacandona, primero de enero de 1996).

La 4DSL fue lanzada en el marco de las mesas de diálogo en San Andrés Sacamch'en de los Pobres (San Andrés Larráinzar, según la denominación oficial), que en el mes de febrero llevarían a la firma de un acuerdo entre el EZLN y el gobierno federal. El proceso de negociación no sólo fue importante por su resultado, sino porque, en lugar de discutir su proyecto particular, las y los zapatistas convocaron a participar de las mesas a dirigentes, académicos e intelectuales que representaban una diversidad de planteamientos de enorme riqueza sobre el tema. De este modo, las negociaciones lograron involucrar a distintos sectores de la sociedad y del gobierno, colocando la cuestión de los derechos, la cultura indígena y la autonomía en el centro de la agenda nacional (Hernández Navarro, 1998; Díaz Polanco, 2007). El 16 de febrero de 1996 el gobierno federal y el EZLN firmaron los Acuerdos de San Andrés, por el cual el gobierno se comprometía a impulsar reformas constitucionales que reconocieran los derechos y la autonomía de los pueblos indios. Sin embargo, tras las consultas con las bases de apoyo y la contrapropuesta del presidente Ernesto Zedillo contraria a lo que habían firmado, las y los zapatistas decidieron romper el diálogo con el gobierno y cambiar la palabra por el silencio.

Recién en junio de 1998, las y los zapatistas rompieron el silencio con su Quinta Declaración de la Selva Lacandona (5DSL), donde renovaban el compromiso con la lucha pacífica y el diálogo con la sociedad. A diferencia de las tres declaraciones anteriores, la 5DSL no hizo un llamado a crear un nuevo frente opositor, sino que convocó a una Consulta

Nacional por el Reconocimiento de los Derechos de los Pueblos Indígenas y por el Fin de la Guerra de Exterminio. En este documento, la cuestión indígena se colocó claramente en el centro de la lucha zapatista, tratando de generar un consenso para hacer cumplir los Acuerdos de San Andrés. El discurso se orienta hacia los derechos de los pueblos indios y todas las iniciativas apuntan al cumplimiento de lo firmado en San Andrés. La 5DSL se enmarca en un cambio en el proyecto político. Se pasa de un discurso ofensivo a uno reivindicativo, de la transformación nacional a la defensa de los derechos indígenas, del impulso a la organización de la sociedad civil a un llamado de solidaridad con sus demandas (Pineda, 2005).

Durante esta etapa, más allá de ciertas iniciativas como la marcha de los 1111 hacia el Distrito Federal de 1997 y la consulta nacional de 1999 convocada a través de la Quinta Declaración sobre el reconocimiento de los derechos indígenas y en contra de la militarización de Chiapas, se refugian tras una de sus mejores armas: el discurso, a través de la difusión de diferentes comunicados y ensayos en los que analizan no sólo la situación nacional, sino también y especialmente lo global.

Discursos, simbolismos e identidades en el zapatismo

Ya desde 1994 el zapatismo aparece interpelando a múltiples interlocutores y niveles de localidad. Consciente que las guerras modernas son más bien de propaganda y que sus posibilidades de triunfo no estaban en el enfrentamiento armado con el ejército, el EZLN ha sabido aprovechar desde un inicio los efectos de las imágenes y los símbolos (Duhalde y Dratman, 1994; González Casanova, 1995; Volpi, 2004). La habilidad para armar su estrategia comunicacional se apoyó en los avances de las tecnologías, especialmente Internet, que permitió una repercusión a nivel nacional e internacional que las mismas y los mismos zapatistas no esperaban y que incluso los superó.²⁷

Por medio del lenguaje, las y los zapatistas han buscado distanciarse de los paradigmas tradicionales de la izquierda. A diferencia de la habitual construcción política monológica de los grupos revolucionarios, uno de los puntos fundamentales del discurso zapatista es su

²⁷ Por ejemplo, la primera página electrónica sobre el zapatismo “Ya basta!”, con dominio www.ezln.org, la crearon por su cuenta dos estudiantes de Estados Unidos, los hermanos Paulson, en 1995. Así, fueron surgiendo quienes de manera espontánea iban traduciendo los comunicados y notas que se difundían por el Internet y los correos electrónicos. La creación del sitio de Internet de *La Jornada*, también en 1995, fue otro elemento que contribuyó a la difusión del zapatismo a través de la publicación de todos sus comunicados y de una amplia cobertura al movimiento. Recién en 1999, con motivo de la Consulta Nacional por el Reconocimiento de los Derechos de los Pueblos Indígenas y por el Fin de la Guerra de Exterminio, el EZLN creó su página oficial bajo el dominio ezln.org.mx (Rovira, 2005).

estructura dialógica que busca generar un nuevo sistema colectivo de acción (Duhalde y Dratman, 1994). Asimismo, el uso de narrativas cercanas a lo cotidiano donde aparecen dudas, incertidumbres e ironías, contrasta con las certezas y formalidades del discurso revolucionario tradicional. En tal sentido, sería conveniente hablar de discursos zapatistas –en plural– por el gran número de géneros y tonos en que se produce (De la Rosa, 2006).

El movimiento zapatista se caracteriza por diversos discursos yuxtapuestos que producen una voz colectiva heterogénea y una identidad colectiva multifacética que facilita la convivencia de diferentes grupos, demandas y discursos agraristas, indianistas, de izquierda, feministas, pro democráticos, antineoliberales (Leyva Solano, 1999; Leyva Solano y Sonnleitner, 2000). A través de esta estrategia discursiva, logran tender puentes de cercanía e identidad con una amplia gama de organizaciones e individuos, dando a cada uno elementos comunes de referencia que, sin dejar de dar espacio a su particularidad, les permite identificarse con el zapatismo (González Casanova, 1995; de la Rosa, 2006). De esta manera, han contribuido como un elemento catalizador de los procesos de cambio, principalmente a través de la influencia en conformación de nuevas subjetividades sustentadas sobre prácticas y formas de pensar alternativas.

De esta manera, el zapatismo se construye como un movimiento polisémico, donde los diversos colectivos, grupos y fuerzas políticas se llevan una idea propia de la lucha zapatista a sus ámbitos particulares, desencadenando una multiplicidad de interpretaciones simbólicas. El movimiento zapatista mismo se vuelve un símbolo. Algunos grupos ven esta característica como falta de definiciones o incoherencias ideológicas del zapatismo. Más bien, el EZLN ha buscado justamente evitar una definición demasiado cerrada y estricta de su proyecto político, ya que excluiría a muchos de los grupos y personas implicadas en esta amplia red de movimientos, en la que encontró una efectiva arma imprevista a su favor (Le Bot, 1997; Rovira, 2005).

Esta construcción de un discurso dialógico, abierto y amplio se vincula, a su vez, a la particular conformación de la identidad que propone el zapatismo. Para las y los zapatistas, la primera y más importante prueba de su legitimidad es su identidad. De ahí que la Declaración de la Selva Lacandona, su carta de presentación, empiece recurriendo a la reapropiación de la historia –estableciendo filiaciones con movimientos y personajes presentes en el imaginario social mexicano– como forma de construir su propia identidad:

Somos producto de quinientos años de luchas: primero contra la esclavitud, en la guerra de Independencia contra España encabezada por los insurgentes, después por evitar ser

absorbidos por el expansionismo estadounidense, luego por promulgar nuestra Constitución y expulsar al Imperio Francés de nuestro suelo, después la dictadura porfirista nos negó la aplicación justa de las leyes de Reforma y el pueblo se rebeló formando sus propios líderes, surgieron Villa y Zapata, hombres pobres como nosotros [...].

La referencia a los 500 años no es casual. Si el EZLN hubiera querido ser exacto, tendría que haber dicho 502, o 475 teniendo en cuenta que Cortés llegó al actual territorio de México en 1519. El “error” no se debe a la simplificación o a la facilidad de un número redondo, sino que tiene su explicación en términos de su identidad: con la mención a los 500 años, las y los zapatistas apelaron a una identidad indígena construida y exaltada en torno a los debates que se dieron en México y en todo el continente para la conmemoración del V Centenario de la llegada de los españoles a América. Pero, no es sólo la identidad indígena la que constituye al EZLN. A ese dato, sigue una serie de referencias a la Independencia, la Reforma, el Porfiriato, Villa, Zapata que lo liga al resto de México. Se trata de la evocación a una comunidad de acontecimientos, personajes e intereses nacionales que se funda menos en el enunciado de valores abstractos que en el pasado histórico, inventado, imaginado y reconstruido en la memoria colectiva de las mexicanas y mexicanos. En palabras de Pablo González Casanova:

[...] el discurso zapatista parece buscar un interlocutor múltiple y dirigirse alternativa o simultáneamente, a una gran cantidad de públicos, potencialmente actores. El hecho mismo de llamarse zapatistas y revolucionarios es de por sí un mensaje a todos los campesinos y a todos los mexicanos, pues en el subconsciente colectivo de México y en la educación sentimental, genuina y falsa de los mexicanos, todos nos sentimos “zapatistas” y todos somos “revolucionarios” (González Casanova, 1995).

La producción discursiva zapatista ha mostrado de manera admirable cómo un movimiento popular puede apropiarse y, por lo tanto, resignificar una tradición histórica fuertemente arraigada en la sociedad para legitimar sus luchas. La historia constituye en México un referente obligado del discurso político y un lenguaje conocido por todas y todos. Las confrontaciones de proyectos políticos se dirimen en la arena de la historia, o mejor, a través de interpretaciones de la historia. De ahí que pueda sostenerse que existen tantas interpretaciones del pasado como proyectos políticos en el presente.²⁸ Los acontecimientos evocados por las y los zapatistas son, a su vez, los mismos que el PRI ha hecho uso y abuso para construir su propia legitimidad. De esta manera, con el alzamiento trataron de enfrentarse no sólo militarmente sino también discursivamente al Estado para disputarle la historia y los

²⁸ Edmundo O’Gorman sostiene que la “historia no es otra cosa sino la adecuación del pasado humano (selección) a las exigencias vitales del presente” (citado por Matute, 1974:38).

símbolos que forman parte de la identidad de los mexicanos. Se abogó a un lenguaje común, compartido, apelando a los mismos símbolos de la hegemonía estatal dominante, pero otorgándole un significado diverso. Se trató, en definitiva, de una disputa por el sentido.

Resulta interesante cómo, a partir del levantamiento, la imagen mítica de Zapata es reapropiada por el discurso del EZLN. El jefe revolucionario fue por años utilizado por la propaganda oficial para construir su legitimidad. De hecho, la reforma al artículo 27 de la Constitución que dio término a la reforma agraria y permitió la venta de las tierras ejidales fue anunciada por el entonces presidente Salinas de Gortari con retrato de Zapata detrás de él (Rajchenberg y Héau-Lambert, 1996). Sin embargo, a partir del levantamiento del EZLN, Zapata dejó de ser compartido con los gobernantes para pasar a ser un símbolo de los rebeldes chiapanecos y de los demás grupos rebeldes en todo México. “Si Zapata viviera, con nosotros estuviera”, se podía escuchar entre los rebeldes chiapanecos, sin que importara mucho caer en un error de conjugación, ya que es bien sabido que en la guerra simbólica, todas las armas lingüísticas son válidas. La disputa por Zapata constituyó uno de los primeros triunfos del movimiento zapatista. Después del alzamiento, Salinas de Gortari optó por hablar ante las cámaras de televisión con un retrato diferente, pero sin que dicho cambio quedara librado al azar en cuanto al significado: el nuevo retrato fue el de Venustiano Carranza, quien en 1919 mandó asesinar a Zapata.

La identidad del EZLN tiene así un carácter relacional: la identidad no está dada por sí misma sino en relación a *otro*. Ernesto Laclau (1996) señala que, en el caso de la identidad política, el *otro* toma la forma de pura amenaza, pura negatividad. Ese otro como significante de la absoluta negatividad opera al mismo tiempo como condición de posibilidad e imposibilidad de la identidad. En el caso del zapatismo, puede verse una misma continuidad histórica de aquello que el zapatismo “demoniza” para significarse a sí mismo:

Son los mismos que se opusieron a Hidalgo, a Morelos, los que traicionaron a Vicente Guerrero, son los mismos que vendieron más de la mitad de nuestro suelo al extranjero invasor, son los mismos que trajeron un príncipe europeo a gobernarnos, son los mismos que formaron la dictadura de los científicos porfiristas, son los mismos que se opusieron a la Extracción Petrolera, son los mismos que masacraron a los trabajadores ferrocarrileros en 1958 y a los estudiantes en 1968, son los mismos que hoy nos quitan todo, absolutamente todo (EZLN, Declaración de la Selva Lacandona, primero de enero de 1994).

Siguiendo con Laclau, toda identidad aparece constitutivamente dividida: por un lado, cada diferencia se expresa a sí misma como diferencia respecto de los otros elementos del conjunto; por el otro, cada una de esas diferencias se cancela al entrar en relación de

equivalencia con el resto de elementos. La identidad del EZLN también aparece dividida: como diferencia (indígena) y como equivalencia (mexicana) que en la concepción dominante elimina la identidad diferencial. Pero, es justamente contra este tipo de construcción de la identidad que se rebelan las y los zapatistas al plantear con originalidad que se alzaron para ser reconocidos como mexicanas y mexicanos, pero sin dejar de ser indígenas. Entonces, más que de diferencia, convendría hablar de particularidad. Esta no se define por oposición a un *otro* excluido, sino a partir del ámbito de intereses históricos determinados en diálogo con otras particularidades (Cfr. Levy, 2000). Así, mediante la reapropiación de la historia por parte del discurso, realizan un doble movimiento: por un lado, apelan a esos lugares comunes dentro de la historia mexicana, donde se articulan la historia indígena y la historia nacional; por otro lado, afirman la presencia y la identidad indígena construida y consolidada a lo largo de esa historia. En otras palabras, el desafío que lanzan las y los zapatistas es la construcción de una identidad colectiva que no signifique la pérdida de la identidad particular, a través de un diálogo con el resto de particularidades que conforman México. Así, una de las singularidades del discurso y las prácticas zapatistas es que combinan imágenes modernas y antiguos símbolos, donde no proponen el regreso a ningún pasado de esplendor indígena, sino la construcción de una modernidad compartida que constituya una realidad en donde puedan convivir múltiples identidades (Gilly, 1997). Es decir, el horizonte de “un mundo donde quepan muchos mundos”, como expresa la consigna zapatista.

El punto de inflexión: la Marcha por la Dignidad Indígena

La Marcha fue una gran apuesta política del zapatismo al buscar nuevamente apelar a las instituciones políticas mexicanas para darle una solución a los problemas de los pueblos indígenas, como ya lo había intentado con la fuerza de las armas el primero de enero de 1994 con su primera Declaración. A diferencia de aquel primer momento, el EZLN contaba con un reconocimiento trabajosamente construido y ganado a lo largo de siete años de diálogos, encuentros y otras iniciativas, y que se materializó en las movilizaciones y en los apoyos generados tanto en México como en otras partes del mundo. En esta ocasión no eran las armas sino el poder de la palabra y los símbolos²⁹, junto al apoyo generado en los varios actos

²⁹ El recorrido de las y los 23 comandantes del EZLN y del subcomandante Marcos hacia la Ciudad de México fue claramente asociado en el imaginario colectivo, a través del discurso zapatista y de varios artículos que circularon esos días, al avance del Ejército Libertador del Sur encabezado por Emiliano Zapata durante la ocupación de la capital mexicana en 1914.

durante el recorrido por trece entidades federativas del sur y centro de México y en las miles de personas reunidas en el Zócalo de la Ciudad de México.

El triunfo de Vicente Fox (2000-2006), del PAN, al poner fin al predominio priísta en la presidencia después de 71 años pareció abrir la posibilidad de un cambio. De hecho, aún siendo candidato, la falta de oficio político del panista hizo ofrecer a las y los zapatistas la resolución del conflicto de Chiapas “en quince minutos”. Tan así que una de las medidas anunciadas en su discurso de asunción, el primero de diciembre de 2000, fue el envío de la iniciativa de la Comisión de Concordia y Pacificación (Cocopa)³⁰ al Congreso de la Unión para su aprobación. Las y los zapatistas no desaprovecharon la oportunidad y elevaron la apuesta anunciando una marcha de la comandancia del EZLN hacia la Ciudad de México para exigir al Congreso la sanción de la reforma constitucional sobre derechos y cultura indígenas y, a su vez, demandaron la liberación de las y los zapatistas presos y el retiro de 7 bases de las 249 que tenía en ese entonces el Ejército Mexicano en territorio chiapaneco, como condición para reiniciar el diálogo suspendido en 1996 (Rodríguez, 2001). De esta manera, no sólo lograron poner la cuestión de los derechos, la autonomía y la cultura indígena en el centro de la agenda pública, sino que se apropiaron de la iniciativa política durante los primeros meses del gobierno foxista. Los primeros cien días del nuevo gobierno se vieron marcados por la presencia no sólo mediática y discursiva, sino física de las y los zapatistas en la escena política nacional.

De todas maneras, el zapatismo se encaminó por un terreno por demás difícil y complejo. Para algunos analistas y observadores, no dejó de sorprender que, después de haberse alzado en armas contra el Estado mexicano en 1994 y proclamando que no buscaban tomar el poder, ahora las y los zapatistas centraran todo su esfuerzo en llevar adelante una movilización para reclamar el reconocimiento constitucional de los derechos indígenas. A través de esta y otras iniciativas,³¹ el zapatismo ha venido demostrando que, si bien las leyes de ninguna manera son neutras, establecen los marcos dentro de los cuales es posible negociar, disputar significados o, según las correlaciones de fuerza y las circunstancias, utilizarlas a favor de la lucha. En tal sentido, siempre conviene contar con una legislación que otorgue el margen o los

³⁰ La Cocopa se formó en 1995 con miembros de las distintas fuerzas políticas que tenían representación en el Congreso. Este grupo desempeñó un rol activo en la firma de los Acuerdos de San Andrés y en la elaboración de un anteproyecto de ley que diera rango constitucional a dichos acuerdos.

³¹ Tal como ya se mencionó, en la primera Declaración, por ejemplo, las y los zapatistas apelaron al artículo 39 de la Constitución para buscar legitimar la rebelión.

espacios formales más amplios posibles para los sectores populares.³² Aunque, por otro lado, para algunos políticos mexicanos, esta estrategia zapatista no hacía más que desplazar la lucha a un terreno que ellos conocían y manejaban mejor. Para Sergio Rodríguez “partían del supuesto, no totalmente equivocado, de que cuando los movimientos rebeldes o revolucionarios han salido para transitar un camino pacífico inevitablemente entran en contacto con un entramado político que los hará, al final, convertirse en rehenes de eso mismo contra lo que luchaban” (Rodríguez, 2001:43).

El 24 de febrero de 2001 se inició el recorrido de las y los 23 comandantes zapatistas y del subcomandante Marcos. Con cerca de 20 mil personas reunidas en San Cristóbal de las Casas, el vocero del movimiento convocó a todas y todos a movilizarse en lo que denominó la “Marcha por la Dignidad Indígena”. Desde allí, la caravana atravesó los estados de Chiapas, Oaxaca, Puebla, Veracruz, Tlaxcala, Hidalgo, Querétaro, Guanajuato, Michoacán, Estado de México, Morelos, Guerrero, hasta llegar al Distrito Federal.

A medida que la marcha fue avanzando, los distintos pueblos indígenas por donde pasó fueron entregando sus bastones de mando, mostrando que no se trataba de una iniciativa sólo zapatista, sino del conjunto del movimiento indígena. En ese mismo sentido, el recorrido coincidió con la organización del tercer encuentro del Congreso Nacional Indígena (CNI) en Nurio, estado de Michoacán, donde concurrieron cerca de 6 mil representantes de los diversos pueblos indios de México. En la declaración final, el CNI ratificó su apoyo a la demanda por el reconocimiento constitucional de los derechos y cultura indígena, y decidió acompañar la marcha de la comandancia zapatista hasta la Ciudad de México.

Con esta iniciativa, el zapatismo buscó cerrar el ciclo iniciado con los Acuerdos de San Andrés, en 1996, durante el cual logró trabajosamente colocar la cuestión de los derechos, la cultura y la autonomía indígenas en el centro de los grandes debates nacionales y contar con una fuerte legitimidad en importantes sectores de la sociedad. Durante cuatro años, la iniciativa de ley fue debatida por pueblos indios, intelectuales, legisladores, juristas, antropólogos, analistas, organizaciones sociales y expertos en asuntos indígenas de varios países. Ese apoyo se puso de manifiesto durante la marcha con el apoyo de intelectuales, escritores y artistas mexicanos e internacionales del prestigio de José Saramago, Noam Chomsky, Pablo González Casanova, Gabriel García Márquez, Alain Touraine, Manuel

³² Cabe recordar que en México se le adjudica a Benito Juárez la frase: “A los amigos, justicia y gracia; a los enemigos, la ley a secas” (Citado en Gilly, 1997:35).

Castells, Carlos Monsiváis, Manuel Vázquez Montalbán, y sobre todo a través de las miles de personas que concurrieron a los 77 actos realizados durante el recorrido por 13 entidades federativas, y que concluyó en la Ciudad de México con un Zócalo colmado por más de 200 mil personas (Muñoz Ramírez, 2004).

Al momento de hablar en el Congreso, el zapatismo jugó su última carta y apeló –como ya lo había hecho otras veces desde su alzamiento y a lo largo de la marcha– al poder de los símbolos. Contrariamente a lo que la mayoría esperaba, no fue el subcomandante Marcos, sino una mujer indígena, la comandante Esther, quien dio el discurso central del movimiento zapatista en la Cámara de Diputados:

Algunos habrán pensado que esta tribuna sería ocupada por el Sup Marcos y que sería él quien daría el mensaje central de los zapatistas. Ya ven que no es así. El Subcomandante Insurgente Marcos es eso, un subcomandante. Nosotros somos los comandantes, los que mandamos en común, los que mandamos obedeciendo a nuestros pueblos. Al Sup y a quien comparte con él esperanzas y anhelos les dimos la misión de traernos a esta tribuna. Ellos, nuestros guerreros y guerreras, han cumplido gracias al apoyo de la movilización popular en México y en el mundo. Ahora es nuestra hora. El respeto que ofrecemos al Congreso de la Unión es de fondo pero también de forma. No está en esta tribuna el jefe militar de un ejército rebelde. Está quien representa a la parte civil del EZLN, la dirección política y organizativa de un movimiento legítimo, honesto y consecuente, y, además, legal por gracia de la ley para el diálogo, la conciliación y la paz digna en Chiapas. Así demostramos que no tenemos ningún interés en provocar resentimientos ni resquemores en nadie. Así que aquí estoy yo, una mujer indígena [...] Mi nombre es Esther, pero eso no importa ahora. Soy zapatista, pero eso tampoco importa en este momento. Soy indígena y soy mujer, y eso es lo único que importa ahora.

Esta tribuna es un símbolo. Por eso convocó tanta polémica. Por eso queríamos hablar en ella y por eso algunos no querían que aquí estuviéramos. Y es un símbolo también que sea yo, una mujer pobre, indígena y zapatista, quien tome primero la palabra y sea el mío el mensaje central de nuestra palabra como zapatistas (EZLN, “Discurso ante el Congreso de la Unión”, 28 de marzo de 2001).

A diferencia de lo que había sucedido durante la marcha, donde los grandes medios no habían dado mucha relevancia al asunto, las tres cadenas de televisión privada y cuatro estaciones de radio transmitieron en vivo las intervenciones de las y los comandantes zapatistas ante la Cámara de Diputados. Así, el movimiento zapatista lograba su objetivo de llegar al centro del poder político y hablar “desde la más alta tribuna de la Nación” para reclamar la sanción de la ley sobre derechos y cultura indígena y, a su vez, mostrar el apoyo de buena parte de la sociedad mexicana a dichas demandas.

Sin embargo, el 25 de abril, el Senado aprobó con importantes modificaciones la reforma constitucional en materia indígena por unanimidad, con 109 votos de las bancadas del PRI,

PAN, PRD y el Partido Verde Ecologista de México (PVEM). Tres días después, la Cámara de Diputados ratificó por mayoría la reforma, con la oposición del PRD, el Partido del Trabajo (PT), cuatro diputados priístas por el estado de Oaxaca y otro diputado priísta independiente (Alonso, 2001).

A pesar del gran proceso de movilización que suscitó la marcha, la reforma constitucional aprobada por el Congreso a fines de abril de ese año fue contraria a las exigencias del movimiento zapatista. Mientras que el proyecto de ley de la Cocopa establecía que las comunidades indígenas eran *entidades de derecho público*, la nueva ley dice que son *entidades de interés público*, es decir, no como sujetos de derecho, sino como objetos de atención y protección por parte del Estado. Otra de las diferencias de la reforma es que omite la referencia a *territorio* y habla en cambio de *lugares*, despojando así a los pueblos indios del espacio físico y material para el ejercicio de la autonomía y privando el acceso de manera colectiva a los recursos naturales. Dicho acceso queda limitado por las formas y modalidades de propiedad y tenencia de la tierra ya establecidas en la Constitución y por los derechos ya adquiridos por terceros. Asimismo, en el texto aprobado se impide la posibilidad de asociarse regionalmente, pudiendo abarcar varios pueblos como lo preveía la Ley Cocopa, se omite la posibilidad de remunicipalización de los territorios en los que están asentados los pueblos indios para que puedan reconstituirse como tales, y se limita el establecimiento de circunscripciones electorales indígenas, sólo para cuando sea factible tomar en cuenta a las comunidades. El desenlace legislativo se acercó bastante a la propuesta de reforma que hizo el entonces presidente Zedillo en 1996 y se apartó totalmente de los Acuerdos de San Andrés y de la propuesta de la Cocopa, que contaba con un amplio consenso no sólo entre las y los zapatistas, sino también en las organizaciones y pueblos indígenas así como en otros sectores de la sociedad. Incluso, en varios aspectos significativos en relación con el reconocimiento de derechos y cultura de los pueblos indios, resultó un claro retroceso de lo que existía previamente en la Constitución y en legislaciones locales, permitiendo hablar más bien de una contrarreforma (Ceceña, 2001).

Los motivos e intereses que se pusieron en juego al momento de sancionar la nueva legislación fueron diversos. Desde el momento en que las y los zapatistas anunciaron la marcha, varias figuras del PAN, los grandes empresarios y la jerarquía de la Iglesia Católica comenzaron a llevar adelante una campaña contra el EZLN, no ausente de expresiones claramente racistas. En marzo, algunos grupos empresariales solicitaron al Congreso a través de anuncios pagos en distintos periódicos que no aprobara la iniciativa de la Cocopa. A su

vez, algunas y algunos legisladores sostuvieron que no iban a recibir a las y los zapatistas en el Congreso porque estaban encapuchados, porque eran una organización armada que se había alzado contra el Estado mexicano, e incluso porque no representaban a los indígenas, sino más bien los estaban manipulando. Al mismo tiempo, se mezclaron los conflictos al interior del PAN, especialmente por la poca consideración de los cuadros panistas en la conformación del gabinete por parte de Fox.³³ En tal sentido, las y los legisladores –especialmente del PAN y del PRI, pero también algunos miembros del PRD– estuvieron más interesados en ganar posiciones, en debilitar al presidente Fox y al zapatismo, o en evitar que el EZLN se convirtiera en una fuerza política, que en discutir y aprobar lo mejor para los pueblos indígenas (Pérez Ruiz, 2006). Al momento del debate y la votación de la reforma, volvieron a aparecer muestras de desinformación y prejuicios. Las argumentaciones y razones dadas en contra de la reforma estuvieron sobre todo dirigidas a plantear la fragmentación y pérdida de soberanía que devendría en México si se reconocía la autonomía indígena. Aunque, detrás de estas cuestiones, se escondían más bien intereses políticos, militares y hasta económicos, si se tiene en cuenta que el territorio chiapaneco cuenta con importantes yacimientos de petróleo, gas, minerales y otros recursos naturales estratégicos.

De este modo, la Marcha por la Dignidad Indígena y la movilización de principios de 2001 no tuvieron el éxito esperado frente a la estructura de oportunidad política que parecía abrirse con el triunfo de un candidato no oficial después de más de setenta años de régimen priísta. Este triunfo hizo pensar en un cambio de escenario político más democrático, de desestructuración y mayor apertura del sistema político. Por el contrario, se constituyó un escenario de estabilidad del sistema en su conjunto. A esta situación contribuyeron varios factores. Por primera vez en la historia contemporánea de México se vivía una alternancia en el poder que para varios analistas y observadores nacionales e internacionales venía a cerrar el largo proceso de apertura política, otorgando al gobierno de Fox una considerable fuente de legitimidad. A su vez, a diferencias de las últimas cuatro sucesiones presidenciales, las elecciones federales de 2000 no fueron precedidas ni sucedidas por crisis económicas como las de 1976, 1982, 1987 y 1994-1995. Tampoco sobrevino una crisis política. Pese a la pérdida de la presidencia, el PRI aceptó la derrota electoral, puesto que seguía manteniendo importantes posiciones de poder a través de la mayoría de los gobernadores, gobiernos

³³ En realidad, las tensiones entre Fox y el PAN venían desde el origen mismo de la campaña electoral, que había recaído en una agrupación llamada “los amigos de Fox” más que en el partido y cuya estrategia había sido justamente mostrar cierta distancia de la imagen del panismo que había apoyado gran parte de las iniciativas del PRI durante los años noventa.

municipales y muchas otras instituciones políticas que continuaron estando bajo el control priísta o, en su defecto, permeadas por la cultura política forjada a través de más de siete décadas de partido de Estado. Más allá de la alternancia de partidos en la presidencia, lo que predominó fueron más bien las continuidades sobre las rupturas. Entre los legisladores prevalecieron las disputas y conflictos entre los partidos, e incluso dentro de ellos, para conseguir mejores espacios de poder (Pérez Ruiz, 2006). Era el inicio de una nueva composición del Congreso federal y, por lo tanto, era el momento de distribución de comisiones en ambas Cámaras y de espacios de poder para influir en las decisiones del nuevo gobierno. De esta manera, la correlación de fuerzas se mostró en favor de la elite gobernante y en detrimento de los movimientos sociales y del zapatismo.

Esta nueva “derrota” para el movimiento zapatista, como otras en su historia, supuso un cambio importante en el proyecto político zapatista. El desenlace de la Marcha por la Dignidad Indígena implicó la necesidad de reconfigurar una vez más su proyecto político y dar un nuevo salto –silencioso en un primer momento³⁴– en dos direcciones específicas: la consolidación del proceso de construcción de gobiernos autónomos de las comunidades zapatistas como *referente político-práctico* (Subcomandante Marcos en Muñoz Ramírez, 2004), como saldría a la luz en 2003 con la creación de los Caracoles y las Juntas de Buen Gobierno; y la articulación de un *espacio* político y social a nivel nacional, que supone la salida por primera vez del EZLN a todo el territorio mexicano y el involucramiento directo en su organización. Esta última decisión se dio a conocer en junio de 2005 con la Sexta Declaración y la *otra campaña*. Ambas iniciativas se encuentran en el centro de esta nueva declaración y representan el gran desafío del movimiento zapatista de construir –y constituirse en– una alternativa no sólo en la palabra sino también en la práctica.

El desenlace de la Marcha puso en evidencia, hasta cierto punto, los límites de la estrategia discursiva y simbólica del zapatismo desarrollada hasta entonces. Estas dificultades podrían pensarse a partir de las características propias de todo discurso, puesto que el sentido de los mismos tiene una circulación no lineal, es decir, no produce un efecto sino un campo de efectos posibles que no pueden ser controlados. Esto es así dado que el sentido es una relación compleja entre la producción y la recepción en el marco de intercambios discursivos (Sigal y Verón, 2004).

³⁴ Con la Sexta Declaración y otros textos zapatistas, ahora se sabe que, desde 2001, después de la sanción de la ley indígena y el regreso de las y los zapatistas a sus comunidades en Chiapas, se dio inicio a un proceso interno de reestructuración y fortalecimiento de sus bases de apoyo, sus cuadros políticos y militares, al tiempo que se realizó una consulta entre esas mismas bases sobre el camino a seguir.

De ahí que la nueva iniciativa zapatista, como se analiza en los siguientes capítulos, supone un intento por superar esas limitaciones. La marcha mostró que la sola movilización no basta para lograr algún tipo de cambio. Es necesaria la articulación de un amplio movimiento político y social que reclame y sostenga dicha transformación. Se requiere, por lo tanto, de un extenso proceso de acumulación de fuerza que altere la correlación a favor de la reforma constitucional y que, además, la pueda hacer efectiva. Pero, más importante aún, se trata de articular los distintos proyectos concretos que están actualmente buscando desarrollar lógicas alternativas, otras formas de pensar y hacer política.

CAPÍTULO III:

LA SEXTA DECLARACIÓN DE LA SELVA LACANDONA

La propuesta de la Sexta

Después de cuatro años sin iniciativas dirigidas a la sociedad, en el sexto mes de 2005, el EZLN reapareció con la Sexta Declaración de la Selva Lacandona (en adelante, 6DSL o la Sexta), en la cual propone la realización de una serie de encuentros con distintos sectores de la sociedad mexicana en el marco de la campaña nacional con otra política, por un programa nacional de lucha de izquierda y por una nueva Constitución: más conocida como la *otra campaña*.

La declaración está estructurada en seis partes donde se habla sobre: lo que es el EZLN, cuál es su situación actual, cómo ven el mundo, cómo ven a su país que es México, lo que quieren hacer y cómo lo van a hacer.

Como las otras declaraciones, el texto comienza con una recapitulación de los acontecimientos pasados, que no sólo permite recordar y releer la experiencia y la organización logradas por el zapatismo hasta entonces, sino que construye un escenario que refrende la nueva propuesta. Como en todo discurso político ocupa un lugar central la función argumentativa, que busca escenificar de una determinada manera una situación ante el público, en vista de su convocatoria e intervención. En tal sentido, las primeras partes de las declaraciones zapatistas siempre ponen en juego las propiedades performativas del discurso mediante las cuales no sólo se limitan a transmitir un enunciado sino que también buscan realizar una acción (Austin, 1982).

Estos elementos también cumplen otro papel importante, puesto que las situaciones no son realidades objetivas que por sí mismas llevan a la acción colectiva. Para contribuir a su emergencia debe mediar la capacidad de los actores de percibirlas y articularlas a un sistema de acción. Resulta necesario, entonces, tener en cuenta las dimensiones simbólicas de la acción, especialmente la creación de marcos cognoscitivos que den sentido y permitan interpretar la realidad de determinada manera (Melucci, 1999). Los procesos de construcción de marcos de referencia se vinculan con los esfuerzos que hacen los actores para alcanzar formas compartidas de entendimiento del mundo y de ellos mismos que legitimen y motiven

la acción colectiva (Snow y Benford, 1988). Siguiendo a estos autores, el análisis del proceso de creación de marcos de referencia permite ver al discurso como una negociación y construcción de la realidad a través de recursos enunciativos. Asimismo intenta captar el proceso de construcción de significados en la realización de una acción colectiva. Todos estos elementos habilitan, a su vez, la construcción de una identidad que facilite la interacción entre los distintos actores y el desarrollo de vínculos de solidaridad que los motiven a actuar colectivamente.

En esa misma línea, la primera parte de las declaraciones siempre sirve como presentación del movimiento y de su identidad como una construcción histórica, o mejor dicho, construida recurriendo a la historia. En la nueva declaración, la referencia no es a la historia nacional –como claramente es el caso de la primera Declaración y también aparece en otras declaraciones– sino a la del propio movimiento zapatista. Así, la primera parte de la Sexta Declaración sobre quiénes son, empieza con el levantamiento del primero de enero de 1994:

[...] nosotros las y los zapatistas del EZLN nos levantamos en armas en enero de 1994 porque vimos que ya está bueno de tantas maldades que hacen los poderosos, que sólo nos humillan, nos roban, nos encarcelan y nos matan, y nada que nadie dice ni hace nada. Por eso nosotros dijimos que «¡Ya Basta!», o sea que ya no vamos a permitir que nos hacen menos y nos traten peor que como animales. Y entonces, también dijimos que queremos la democracia, la libertad y la justicia para todos los mexicanos.

De todas maneras, como ya vimos, el levantamiento marca más bien un punto de inflexión en un complejo proceso durante silenciosos diez años de acumulación de experiencias y desencuentros/encuentros entre un grupo guerrillero y las comunidades indígenas. Si bien presente en otros textos zapatistas, es la primera vez que aparece en una declaración esta historia del proceso de preparación y organización clandestinas en la selva del EZLN durante los diez años previos al levantamiento:

Y entonces nuestra pequeña historia es que nos cansamos de la explotación que nos hacían los poderosos y pues nos organizamos para defendernos y para luchar por la justicia. Al principio no somos muchos, apenas unos cuantos andamos de un lado a otro, hablando y escuchando a otras personas como nosotros. Eso hicimos muchos años y lo hicimos en secreto, o sea sin hacer bulla. O sea que juntamos nuestra fuerza en silencio. Tardamos como 10 años así, y ya luego pues nos crecimos y pues ya éramos muchos miles. Entonces nos preparamos bien con la política y las armas [...].

Organización, experiencia, hablar y escuchar a otras personas, grupos o comunidades son los elementos centrales que atraviesan toda la historia del zapatismo y también son las ideas clave que estructuran y dan sustento a toda la declaración, así como a la propuesta que se

desprende de ésta. En el mismo sentido, el texto continúa con el relato de los acontecimientos que siguieron:

Y entonces que la gente de las ciudades se sale a las calles y empieza con su gritadera de que se pare la guerra. Y entonces pues nos paramos nuestra guerra y lo escuchamos a esos hermanos y hermanas de la ciudad, que nos dicen que tratemos de llegar a un arreglo [...] Así que hicimos a un lado el fuego y sacamos la palabra.

Para Adolfo Gilly (2005), esta primera parte no está sólo dirigida para el público en general, sino sobre todo para las propias comunidades que forman la base de apoyo del EZLN.³⁵ La intención sería, entonces, que este breve relato de la propia historia sea leído y releído, comentado, recordado y reconstruido a partir de la incorporación de experiencias y detalles de los pueblos que forman parte de esa historia. En esto se pueden ver características de la dinámica de las comunidades indígenas, donde la narración se construye no sólo a partir de la experiencia del narrador sino que éste es portavoz de una construcción social. Asimismo, esta primera parte puede pensarse desde la perspectiva de que el lanzamiento de las iniciativas requiere la discusión, la revisión y el razonamiento colectivos, que asegure la comprensión de la experiencia construida y de la nueva línea de acción así como la solidez interna dada por el entramado humano del propio movimiento y de la propia identidad.

En grandes líneas, a partir del texto de la Sexta Declaración pueden trazarse cuatro cambios significativos en relación al proyecto político del movimiento zapatista. Como se analiza a continuación, hay un cambio en el lenguaje que, a su vez, supone un viraje en la identificación del antagonista y, por consiguiente, implica necesariamente modificaciones en la construcción de la identidad del movimiento. Asimismo, el texto refleja otros tres cambios relevantes: el proceso de reorganización de las comunidades zapatistas, la ruptura con el sistema político y el lanzamiento de un nueva iniciativa con el propósito de organizar un movimiento nacional que implica la salida del EZLN de Chiapas y su involucramiento directo en dicha organización. Las modificaciones en las comunidades indígenas chiapanecas son el tema central de la segunda parte de este capítulo. Dada la relevancia y complejidad de los procesos involucrados en los dos últimos puntos, se analizan con mayor detenimiento en los dos siguientes capítulos respectivamente.

³⁵ Apoyando esta idea, llama la atención que el texto de la Sexta Declaración no tenga en las primeras partes un destinatario explícito como “pueblo de México”, “pueblos y gobiernos del mundo” o “hermanos mexicanos” como sí aparecen en las otras declaraciones. Recién las últimas líneas del texto, donde las y los zapatistas plantean cómo van a llevar adelante su iniciativa, se encuentran dirigidas a los “hermanos y hermanas”.

Pintando una raya roja y negra: los cambios en el lenguaje

Teniendo en cuenta nuevamente la idea del carácter relacional de toda identidad política (Laclau, 1996), es justamente en las partes tres y cuatro de la Sexta Declaración donde se retoma la (re)construcción de la identidad del movimiento zapatista con la caracterización del antagonista. Este último no es ya el sistema de partido de Estado como había sido en las anteriores declaraciones, sino el capitalismo³⁶, entendido no sólo como un sistema económico, sino “un sistema social, o sea una forma como en una sociedad están organizadas las cosas y las personas, y quien tiene y quien no tiene, y quien manda y quien obedece”.

“En la descripción del mundo y del país”, como lo resalta claramente Adolfo Gilly (2005), “la Declaración pinta una inconfundible raya roja y negra”. En este punto se acerca, en cierta medida, a algunos elementos de la 1DSL donde también se dejaba ver una fuerte inspiración del pensamiento revolucionario tradicional (Cfr. Monsiváis y Bellinghausen, 2001). De todos modos, en el nuevo texto, se despliega una visión del mundo y de México atravesada más bien por una lectura del marxismo hecha desde los modos y el lenguaje de las comunidades indígenas, dándole un tono más cercano y, a la vez, más potente a las palabras.³⁷ Así, las y los zapatistas explican que “el capitalismo se basa en la explotación de los trabajadores [...] porque al trabajador no le pagan cabal lo que es su trabajo, sino que apenas le dan un salario para que coma un poco y se descansa un tantito, y al otro día vuelta a trabajar en el explotadero”. Al mismo tiempo, el capitalismo lleva a un proceso total de mercantilización: “hace mercancías a las personas, a la naturaleza, a la cultura, a la historia, a la conciencia. Y todo lo esconde detrás de las mercancías para que no vemos la explotación que hace”. A través de este proceso, busca ocultar la explotación, hacerla aparecer como otra cosa, poniendo en evidencia en términos sencillos el proceso de fetichización característico del capitalismo.

A su vez, el capitalismo necesita cada vez expandirse más, en superficie y en profundidad, y ahora no se limita al territorio de un país, sino “que busca dominar todo en todo el mundo”.

Y el neoliberalismo pues es la idea de que el capitalismo está libre para dominar todo el mundo y ni modos, pues hay que resignarse y conformarse y no hacer bulla, o sea no

³⁶ Esta oposición al sistema capitalista y, en particular, a su fase neoliberal, está presente ya desde un inicio, como lo pone de manifiesto la elección como fecha del alzamiento el día en que entraba en vigencia el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN). Sin embargo, en la producción discursiva del zapatismo empezó a tomar centralidad a partir del Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo que se celebró en La Realidad, Chiapas, en 1996.

³⁷ No se trata simplemente de un desplazamiento en el lenguaje, sino también de un cambio de voz, como se analiza en el último apartado de este capítulo.

rebelarse. O sea que el neoliberalismo es como la teoría, el plan pues, de la globalización capitalista. Y el neoliberalismo tiene sus planes económicos, políticos, militares y culturales. En todos esos planes de lo que se trata es de dominar a todos, y el que no obedece pues lo reprimen o lo apartan para que no pase sus ideas de rebelión a otros.

Pero al mismo tiempo que avanza el capitalismo, por su propia lógica intrínsecamente contradictoria, también hay muchos y muchas que se organizan, resisten y se rebelan. Y entonces las y los zapatistas sostiene que “así como hay una globalización neoliberal, hay una globalización de la rebeldía”. Cada vez más, van apareciendo distintos grupos o personas que luchan contra el capitalismo. Pero no sólo son trabajadores del campo y de la ciudad, sino que “también aparecen otros y otras”, haciendo referencia a que no se trata únicamente de un conflicto de clases, puesto que el capitalismo avanza sobre todas las dimensiones de la vida, persiguiendo, atacando y apartando todo “lo que es diferente pues no le gusta”. La ampliación y complejización de los distintos grupos y conflictos sociales no son el simple reflejo de la lucha de clases ni pueden ser reducidas a un eje clasista, expresan otros tipos de contradicciones y reivindicaciones generadas por la lógica del capitalismo que no es sólo económica, sino también política, social y cultural.

Con esta concepción teórica escondida en los modos de hablar indígenas, la Sexta hace una composición de lugar bastante clara. La forma de ver el mundo y México trata de reflejar los profundos cambios que se han venido desarrollando en las últimas décadas. Sobre este cuadro de situación, se apoyan para plantear las últimas dos partes de la Sexta: “lo que queremos hacer” y “cómo lo vamos a hacer”. Así, lo que las y los zapatistas se proponen es reunirse y hablar con las distintas organizaciones y personas que luchan, o mejor dicho, quieren escucharlas, “preguntarles cómo es su vida, su lucha, su pensamiento” y aprender de esas otras experiencias, formas de organización e historias. Y a medida que se juntan, hablan, se escuchan y aprenden, se trata de ir construyendo un “programa nacional de lucha” que abarque y articule a las distintas luchas que en la actualidad se encuentran aisladas. En esta parte es donde vuelve a tomar relevancia la historia misma del movimiento zapatista que se cuenta en la primera parte del texto de la Sexta Declaración, puesto que no resulta arbitrario trazar ciertas similitudes entre la dinámica de hablar, escuchar y aprender que se fueron entrelazando para dar forma al propio EZLN durante los años de trabajo clandestino en Chiapas y el proceso que ahora pretenden llevar adelante en todo el territorio nacional.³⁸

³⁸ Pese a las similitudes, también hay algunas diferencias con aquel primer momento de gestación del EZLN. Quizás la más importante sea que, producto del propio proceso de experimentación y aprendizaje del zapatismo,

Esta nueva iniciativa parte del reconocimiento de que pese a las luchas y la amplia resonancia de su resistencia a lo largo de más de diez años “hay cosas, las más importantes, como son nuestras demandas por las que luchamos, que no se han logrado cabalmente”. A pesar de los avances logrados hasta ahora, las y los zapatistas advierten que llegaron a un punto en el que tienen que dar un nuevo salto y tal decisión implica riesgos:

Según nuestro pensamiento y lo que vemos en nuestro corazón, hemos llegado a un punto en que no podemos ir más allá y, además, es posible que perdamos todo lo que tenemos, si nos quedamos como estamos y no hacemos nada más para avanzar. O sea que llegó la hora de arriesgarse otra vez y dar un paso peligroso pero que vale la pena. Porque tal vez unidos con otros sectores sociales que tienen las mismas carencias que nosotros, será posible conseguir lo que necesitamos y merecemos.

La Sexta aparece como expresión de la necesidad política de superar el aislamiento y la vulnerabilidad en la cual se encuentra el zapatismo desde hace un tiempo. Las y los zapatistas son conscientes que el conflicto ha perdido cierta centralidad y, al igual que en los años posteriores a los Acuerdos de San Andrés, sienten que el aislamiento político puede ser aprovechado para el recrudecimiento de las hostilidades por parte de grupos militares y paramilitares. De ahí que surja la presente iniciativa como un “nuevo paso adelante en la lucha indígena [que] sólo es posible si el indígena se junta con obreros, campesinos, estudiantes, maestros, empleados”. Se parte, así, del reconocimiento de que el proyecto autonómico es inseparable de cambios más amplios en la sociedad en su conjunto.³⁹ Retoman, a su vez, los argumentos expresados tras los diálogos de la Catedral para rechazar la propuesta gubernamental de soluciones sólo para Chiapas, tal como lo expresaron en la Segunda Declaración al afirmar que “Chiapas no tendrá solución real si no se soluciona México”, y que se sintetizó en ese mismo texto con la frase: “‘Para todos todo’ dicen nuestros muertos. Mientras no sea así, no habrá nada para nosotros”.⁴⁰

En esa línea, la Sexta es –como han sido todas y cada una de las declaraciones zapatistas– al mismo tiempo una estrategia y una invitación; una invitación a

dicho proceso no está enmarcado en un proyecto de alzamiento armado, sino justamente para evitar que otros grupos y personas tengan que recurrir a las armas (Cfr. Subcomandante Marcos, 2007).

³⁹ En el próximo apartado y en los últimos capítulos se vuelve sobre esta cuestión y se analizan distintos aspectos y lecturas posibles sobre la articulación del proceso autonómico chiapaneco con la iniciativa de la *otra campaña*.

⁴⁰ Para Rodríguez Araujo (2005b), se trata un viraje importante puesto que retoma un elemento que, a partir de las mesas de discusión de San Andrés y sobre todo con la Quinta Declaración, parecía que se había invertido al centrar la lucha en el reconocimiento de los derechos y cultura indígenas, dejando en segundo plano la cuestión de resolver los problemas más generales de México.

[...] los indígenas, obreros, campesinos, maestros, estudiantes, amas de casa, colonos, pequeños propietarios, pequeños comerciantes, micro empresarios, jubilados, discapacitados, religiosos y religiosas, científicos, artistas, intelectuales, jóvenes, mujeres, ancianos, homosexuales y lesbianas, niños y niñas, para que, de manera individual o colectiva participen directamente con las y los zapatistas en esta *campaña nacional* para la construcción de otra forma de hacer política, de un programa de lucha nacional y de izquierda, y por una nueva Constitución.

La propuesta zapatista así sigue en la línea plateada desde la Segunda Declaración y que se mantuvo en las siguientes dos declaraciones: la construcción de un amplio frente político y social que luche por la democratización de México y la convocatoria a una asamblea constituyente que sancione una nueva Constitución.

Sin embargo, no hay que ver una línea total de continuidad en esta convocatoria para organizar los distintos sectores sociales y para una nueva constituyente, como lo hace claramente Avilés (2005) y hasta cierto punto Zermeño (2005). Implícitamente se estaría reconociendo que la lucha zapatista no ha logrado avances. Por el contrario, las sucesivas propuestas zapatistas suponen cambios y reformulaciones que surgen de la misma experimentación, una dinámica semejante a la de ensayo y error. Así, el cambio del lenguaje también vuelve a marcar una diferencia significativa en este aspecto: la convocatoria ya no es al conjunto de la denominada *sociedad civil* como lo habían hecho en la DLS2 y en las siguientes declaraciones, sino que ahora se apela a elementos del imaginario revolucionario tradicional, recuperando la coordinada *izquierda política* como eje de agregación de los distintos grupos para luchar contra el capitalismo. En tal sentido, el llamado de la Sexta es a “personas y organizaciones de mero izquierda [...] porque pensamos que sólo de la izquierda puede salir un plan de lucha”.

La referencia en el pasado a una abarcativa pero poco definida sociedad civil había generado algunos interrogantes sobre la posible mitificación de la sociedad civil por parte del EZLN (Vázquez Montalbán, 2001; Monsiváis y Bellinghausen, 2001; Boron, 2001). De acuerdo con Cohen y Arato (2001), la referencia a la sociedad civil ha sido constante fuente de confusión dada la complicada historia conceptual y práctica del término. De todos modos, la noción que surge de la literatura reciente sobre movimientos sociales está asociada con movimientos populares cuyo denominador común es la autonomía en relación al Estado. Claramente esta definición se ajustaba a la caracterización de la lucha del zapatismo centrada en el enfrentamiento contra el sistema de partido de Estado. A su vez, la ambigüedad de la

noción de sociedad civil –que las y los zapatistas nunca buscaron precisar– corría en paralelo a la cierta indefinición del propio movimiento zapatista.

En el mismo sentido, la Sexta implica un cambio cualitativo del movimiento zapatista, puesto que se amplía, al tiempo que se intenta conseguir una mayor definición. A partir de la última declaración y de la *otra campaña* se busca la construcción de un movimiento que implica una ampliación, ya no sólo discursivamente, más allá de lo indígena que se había constituido en el eje estructurador del proyecto político zapatista –en particular, a partir de la firma de los Acuerdos de San Andrés y de la 5DSL–, pero también más allá de Chiapas, para alcanzar una presencia a nivel nacional. Y, al mismo tiempo, ya no se apela al conjunto de la sociedad o a una indefinida sociedad civil, sino que la convocatoria es a los grupos y personas de izquierda.

El proceso de construcción de autonomía como referente político-práctico

Tal como se planteó anteriormente, la Sexta no puede dejar de pensarse en relación al proceso de construcción de autonomía en las comunidades zapatistas que forman las bases de apoyo del EZLN. Este proceso autonómico es el que está en la base y permite articular las distintas acciones del movimiento zapatista en términos de avances, retrocesos e intensidad, ya que “no es lo mismo cómo están organizadas las bases de apoyo del EZLN para la guerra, a cómo se organizan para dialogar con el gobierno o con la sociedad civil, o para resistir, o para construir la autonomía, o para construir formas de gobierno, o para relacionarse con otros movimientos, o con otras organizaciones, con la gente que no es movimiento ni tiene organización” (Subcomandante Marcos en Muñoz Ramírez, 2004:280). Así, el autogobierno sería, en buena medida, la columna vertebral sobre la que se sustenta el movimiento en su conjunto. De hecho, las prácticas autonómicas no pueden entenderse fuera de las estrategias de resistencia. Para las y los zapatistas, autonomía y resistencia son partes indisolubles de la misma lucha.

Aunque las experiencias de autogobierno entre las comunidades indígenas de Chiapas tiene una historia más larga, en diciembre de 1994 se da un avance importante en esa dirección con el rompimiento del cerco militar impuesto por el Ejército Mexicano desde los primeros días de ese año y la creación de treinta y ocho municipios rebeldes, que a partir de 1998 pasaron a denominarse *Municipios Autónomos Rebeldes Zapatistas* (MAREZ). La respuesta gubernamental de Zedillo, al igual que la de Salinas frente al alzamiento del primero de enero,

fue la ofensiva militar durante los primeros días de febrero de 1995 tendiente a reducir el espacio territorial controlado por el movimiento zapatista. Nuevamente las movilizaciones sociales y el apoyo tanto nacional como internacional buscaron frenar el ataque contra las comunidades zapatistas.

Otro paso en el camino de la autonomía fue la construcción de los *Aguascalientes* a partir de 1996 como “lugares de encuentro entre la sociedad civil y el zapatismo”, como anunciaban las y los zapatistas en su Cuarta Declaración. A través de ellos se desarrolló un intercambio fluido con distintos sectores de la sociedad que evitó el aislamiento de la lucha zapatista y aportó ayuda material y política a las comunidades indígenas zapatistas (Ornelas, 2004). En paralelo, se empezó a registrar un incremento de la militarización de Chiapas y el aumento de la violencia, los desplazamientos, las agresiones militares y paramilitares contra las y los zapatistas, cuya cara más visible y elocuente fue la masacre de 45 indígenas –en su mayoría mujeres, niñas y niños– en la comunidad de Acteal el 22 de diciembre de 1997.

A pesar del aumento de la violencia policiaca, militar y paramilitar, se continuó con el trabajo de consolidación de los MAREZ, junto con la organización de la Consulta Nacional por el Reconocimiento de los Derechos de los Pueblos Indígenas y por el Fin de la Guerra de Exterminio lanzada en 1998 en la Quinta Declaración.

El triunfo de Vicente Fox en las elecciones presidenciales de julio de 2000 generó algunas expectativas en vistas a retomar los acuerdos con el EZLN para dar satisfacción a sus demandas. Las y los zapatistas emprendieron su Marcha a la Ciudad de México al tiempo que el nuevo presidente presentó ante el Congreso la propuesta de ley elaborada por la Cocopa que contaba con el apoyo del movimiento zapatista y amplios sectores de la sociedad. Sin embargo, la sanción de la reforma constitucional contraria a los Acuerdos de San Andrés y a las exigencias del zapatismo marcó un nuevo punto de inflexión en las estrategias del zapatismo y en el proceso de construcción de la autonomía. Como plantea la Sexta:

El EZLN decidió entonces el cumplimiento, solo y por su lado (o sea que se dice "unilateral" porque sólo un lado), de los Acuerdos de San Andrés en lo de los derechos y la cultura indígenas. Durante 4 años, desde mediando el 2001 hasta mediando el 2005, nos hemos dedicado a esto (EZLN, Sexta Declaración de la Selva Lacandona, junio de 2005).

Como resultado de este proceso, en agosto de 2003, se anunció la creación de los *Caracoles* y las *Juntas de Buen Gobierno*, dando un paso más en la construcción de la autonomía. Los Caracoles son las sedes de las Juntas de Buen Gobierno, creadas como nuevas instancias de coordinación regional y lugares de encuentro de las comunidades zapatistas y la

sociedad civil nacional e internacional. Sobre la base de los MAREZ se establecieron cinco regiones que están coordinadas por las Juntas de Buen Gobierno: “Hacia la Esperanza” en el Caracol-Madre de los Corazones del Mar de Nuestros Sueños en La Realidad; “Corazón Céntrico de las y los zapatistas delante del Mundo” con sede en el Caracol-Resistencia y Rebeldía por la Humanidad en Oventic; “Nueva Semilla que va a Producir” en el Caracol que Habla para Todos en Roberto Barrios; “Corazón del Arco Iris de la Esperanza” en el Caracol-Torbellino de Nuestras Palabras en Morelia; y “El Camino Futuro”, cuya sede se encuentra en el Caracol-Resistencia hacia un Nuevo Amanecer, en La Garrucha.⁴¹

Con las Juntas de Buen Gobierno se busca avanzar en la construcción de las autonomías y el reconocimiento de los derechos y la cultura indígena *de facto*. Estos nuevos espacios intentan superar algunos problemas que habían ido surgiendo en el proceso de construcción de las autonomías. Puesto que la cuestión de las autonomías no es un modelo dado ni acabado, sino producto de la práctica y sujeto a revisiones, el proceso implica continuar “con el autoaprendizaje y ejercicio del mandar obedeciendo”.

Y entonces los pueblos han tenido buenos avances. Ahora hay más compañeros y compañeras que están aprendiendo a ser gobierno. Y, aunque poco a poco, ya más mujeres se están entrando en estos trabajos, pero todavía sigue faltando respeto a las compañeras y que ellas participen más en los trabajos de la lucha [...] Y luego pues se mejoró mucho el apoyo de la sociedad civil nacional e internacional, porque antes cada quien iba para donde más le latía, y ahora las Juntas de Buen Gobierno las orientan a donde es más necesario. Y, por lo mismo, en todas partes hay más compañeros y compañeras que están aprendiendo a relacionarse con las personas de otras partes de México y del mundo, están aprendiendo a respetar y a exigir respeto, están aprendiendo que hay muchos mundos y que todos tienen su lugar, su tiempo y su modo, y así hay que respetarse mutuamente entre todos (EZLN, Sexta Declaración de la Selva Lacandona, junio de 2005).

A medida que se fue avanzando en el proceso autonómico, se fueron evidenciando las diferencias entre las distintas comunidades indígenas, especialmente en el contacto y apoyo de los diversos grupos y organizaciones nacionales e internacionales. Justamente uno de los objetivos de las Juntas de Buen Gobierno es establecer espacios de coordinación entre los distintos municipios para la distribución equitativa de los apoyos y proyectos. Al mismo tiempo, los cambios también tienden a ampliar los beneficios de la autonomía a todos los miembros de la comunidad sin distinción de filiación política, a fin de intentar reducir las

⁴¹ De esta manera, a partir de las nuevas instancias, se reorganizaron las estructuras políticas zapatistas, de manera tal que la gestión política en los territorios zapatistas se lleva a cabo en tres niveles: 1111 comunidades indígenas, que se agrupan en 29 MAREZ, los cuales a su vez se articulan en 5 Juntas de Buen Gobierno (Martínez Espinoza, 2007).

confrontaciones que en algunos casos se producen entre comunidades zapatistas y no zapatistas.⁴² Así, el reto de las Juntas de Buen Gobierno es reconstruir el tejido social regional (Burguete Cal y Mayor, 2005).

Con todo, a través de estos esfuerzos y aprendizajes, las y los zapatistas están procurando llevar a la práctica su proyecto democrático, cuyo pilar fundamental se encuentra en el principio de *mandar obedeciendo*. Tal concepto implica una dinámica sociocultural que trasciende los estrechos límites de la democracia representativa y electoral. No se trata simplemente de invertir las relaciones de representación, donde mande el pueblo y el gobierno obedezca. Se busca cambiar las relaciones en todas sus dimensiones. En ese mismo sentido, junto a la construcción de formas autogobiernos, se ha avanzado en la impartición de justicia y en la creación de programas de salud y de educación propios. De esta manera, no sólo representan una alternativa a las democracias electorales, ni tampoco se trata tan sólo de desplazar o sustituir al Estado, ya sea por la falta de presencia del mismo reflejado en la inexistencia de escuelas o centros de salud en varias zonas chiapanecas, o por la política zapatista de negarse a establecer vínculos o recibir ningún servicio estatal (Burguete Cal y Mayor, 2005). El desafío es construir en las prácticas sociales cotidianas los elementos de una sociedad e instituciones de nuevo tipo.

Así, si bien las Juntas de Buen Gobierno derivan del proceso generado en las comunidades zapatistas de Chiapas, no sólo procuran resolver algunos problemas y distorsiones que se venían produciendo en los municipios autónomos a través de un salto cualitativo en el ejercicio de la autonomía. También se proponen ir más allá:

[Con] la construcción de las Juntas de Buen Gobierno, se avanza en la autonomía indígena y el EZLN ya se presenta como una alternativa no sólo en la palabra, sino también en la práctica. No estoy hablando de un ejemplo a seguir ni de una guía para la acción, sino como un referente. El EZLN tiene un perfil político práctico que ofrecer a la hora que dialoga con otros. Un referente político-práctico, civil y pacífico, porque el referente que teníamos era el de una organización armada, el de que había que organizarse y levantarse en armas. La creación de las Juntas de Buen Gobierno y los municipios autónomos significan ya otra alternativa, otra opción o referente para la sociedad (Subcomandante Marcos en Muñoz Ramírez, 2004:286).

Las Juntas de Buen Gobierno aparecen así como una alternativa, como la posibilidad de llevar a la práctica otro tipo de relaciones e instituciones sociales, económicas, políticas y

⁴² De cualquier manera, este problema es sumamente complejo. Por un lado, porque en algunos casos los conflictos no son entre comunidades, sino hacia dentro de una misma comunidad donde cohabitan zapatistas y no zapatistas. Por otro lado, porque existen intereses y políticas de gobierno que contribuyen a generar o fomentar estas polarizaciones entre ambos grupos, como se menciona más adelante.

culturales. Pero como reconocen en la Sexta Declaración, no pueden solos. Su realización depende de una multiplicidad de factores, que no todos están al alcance de las y los zapatistas. Héctor Díaz-Polanco sostiene que la importancia de las Juntas de Buen Gobierno radica “en que trasciende o puede trascender la particular realidad chiapaneca” (Díaz-Polanco, 2006:46). Para este investigador, la creación de instancias autonómicas a nivel regional es la expresión más clara de que las autonomías no pueden concebirse como pequeñas entidades aisladas, sino que requieren articular y coordinar esos esfuerzos a través de un gran movimiento político, social y cultural para avanzar en la construcción de un proyecto democrático para cada vez más amplios sectores de la sociedad. Visto de esta manera, el proceso autonómico zapatista bien puede verse no como un modelo a copiar, pero sí como un horizonte a construir pensando y recreando las autonomías en las condiciones concretas en las cuales se encuentran los distintos grupos, colectivos y personas. De ahí que, al mismo tiempo que la Sexta Declaración no puede pensarse desvinculado del proceso de construcción de las autonomías en las comunidades indígenas zapatistas, éste se relaciona estrecha y recíprocamente con aquélla y con la propuesta de la *otra campaña*.

Hacia la desmilitarización del zapatismo en un contexto de creciente militarización

Al tiempo que se profundizó el proceso de aprendizaje y construcción del autogobierno de las comunidades, estas transformaciones en las bases también se reflejaron en el propio EZLN, “[p]orque lo que pasó en este tiempo es que nuevas generaciones renovaron toda nuestra organización”:

Los comandantes y comandantas, quienes estaban en su madurez en el inicio del alzamiento en 1994, tienen ahora la sabiduría de lo aprendido en la guerra y en el diálogo de 12 años con miles de hombres y mujeres de todo el mundo. Los miembros del CCRI, la dirección político-organizativa zapatista, ahora aconsejan y orientan a los nuevos que van entrando en nuestra lucha, y a los que van ocupando cargos de dirección. [...] Y quienes eran niños en aquel enero de 94, son ya jóvenes que han crecido en la resistencia, y han sido formados en la digna rebeldía levantada por sus mayores en estos 12 años de guerra. Estos jóvenes tienen una formación política, técnica y cultural que no teníamos quienes iniciamos el movimiento zapatista. Esta juventud alimenta ahora, cada vez más, tanto nuestras tropas como los puestos de dirección en la organización (EZLN, Sexta Declaración de la Selva Lacandona, junio de 2005).

Este recambio generacional supone una diferencia significativa no sólo al interior del EZLN, sino también en las comunidades zapatistas. Estas y estos jóvenes adquirieron su socialización política primera directamente en el zapatismo, haciendo que tengan una visión

del mundo no tan matizada por otras experiencias como aquellas personas más grandes que se formaron en otras luchas o ámbitos, por ejemplo como agentes pastorales o líderes campesinos. De esta manera, se da una mayor identificación con el movimiento zapatista, reforzando la identidad y permitiendo abrir un proceso de cambios en la vida comunitaria y en las orientaciones de la acción colectiva (Estada Saavedra, 2007).

Este crecimiento y transformación del EZLN también se deja ver en la letra misma de la 6DSL. A diferencia de las anteriores declaraciones donde, a pesar de que aparecen firmadas por el Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General (CCRI-CG) del EZLN, están claramente escritas por el subcomandante Marcos, al menos la primera parte de la Sexta está redactada por otros miembros del movimiento, con una “palabra sencilla”, como empieza y se vuelve a repetir varias veces a lo largo del texto. Recién en la última parte, referida como en el resto de las otras declaraciones a los aspectos más programáticos de las iniciativas propuestas, vuelven a aparecer algunos guiños típicos de la palabra del subcomandante Marcos.

Como plantea Sergio Rodríguez Lascano (2005), el lenguaje de la Sexta intenta reflejar de una manera clara las discusiones que tuvieron las propias comunidades indígenas de Chiapas, dando la impresión de estar leyendo ese debate y las conclusiones a las que llegaron. Esa escritura desde los modos y el lenguaje de los pueblos indios le da así una gran fuerza a sus palabras. No se trata de una clásica proclama de izquierda, sino de la experiencia de la lucha de las comunidades zapatistas y de una propuesta producto de ésta. Asimismo, ponen de manifiesto la idea de autonomía y el sentido de la Sexta Declaración y la *otra campaña*, que se orienta claramente a que cada una y cada uno –aunque colectivamente– se haga cargo del cambio.

Este recurso también parecería querer mostrar otro de los pasos que se está dando dentro del zapatismo. Los avances en las comunidades van volviendo innecesarios algunos intermediarios que quizás habían requerido en el pasado. La creación de los Caracoles y las Juntas de Buen Gobierno implica el esfuerzo para separar la estructura militar del EZLN respecto de las tareas de gobierno que les corresponden a las propias comunidades. En ese mismo sentido pueden verse los discursos dados en varios de los últimos encuentros zapatistas por los propios miembros de las Juntas de Buen Gobierno y de las comunidades indígenas zapatistas, y ya no por el subcomandante Marcos o algún miembro de la Comandancia General del EZLN. Desde la perspectiva del zapatismo, esta iniciativa es la consecuencia

lógica para lograr reducir las tensiones que se generan dentro de su proyecto político centrado en el rechazo, por parte del EZLN, a la estrategia de toma del poder.

[...] vimos que el EZLN con su parte político-militar se estaba metiendo en las decisiones que le tocaban a las autoridades democráticas, como quien dice “civiles”. Y aquí el problema es que la parte político-militar del EZLN no es democrática, porque es un ejército, y vimos que no está bien eso de que está arriba lo militar y abajo lo democrático, porque no debe de ser que lo que es democrático se decida militarmente, sino que debe ser al revés: o sea que arriba lo político democrático mandando y abajo lo militar obedeciendo. O tal vez es mejor que nada abajo sino que puro planito todo, sin militar, y por eso las y los zapatistas son soldados para que no haya soldados. Bueno, pero entonces, de este problema, lo que hicimos fue empezar a separar lo que es político-militar de lo que son las formas de organización autónomas y democráticas de las comunidades zapatistas. Y así, acciones y decisiones que antes hacía y tomaba el EZLN, pues se fueron pasando poco a poco a las autoridades elegidas democráticamente en los pueblos. Claro que se dice fácil, pero en la práctica cuesta mucho, porque son muchos años, primero de la preparación de la guerra y ya luego mero de la guerra, y se va haciendo costumbre de lo político-militar (EZLN, Sexta Declaración de la Selva Lacandona, junio de 2005).

Así, en el texto de la Sexta, la historia y la experiencia vuelven a aparecer, pero en este caso para convertir en costumbre uno de los obstáculos internos más fuertes que tiene el propio zapatismo. Esta persistente tensión que viene del origen mismo del movimiento: la preparación y organización de un ejército —es decir, una organización con una estructura jerárquica, no democrática— para declarar una guerra como “una medida última pero justa”, como plantean en la 1DSL, cuyo objetivo último es la lucha por la democratización de las relaciones sociales en México. Desde un principio, esta situación marca la identidad misma del movimiento al ser un ejército que lucha, paradójicamente, por dejar de serlo y porque no haya más necesidad de que existan ejércitos. Esta tensión no hizo más que profundizarse con el cambio de estrategia de lucha civil y pacífica pero sin abandonar las armas a partir de la Segunda Declaración y que se mantiene hasta ahora. En la 6DSL, el EZLN ratifica una vez más que “mantiene su compromiso de cese al fuego ofensivo y no hará ataque alguno contra fuerzas gubernamentales ni movimientos militares ofensivos”.

El movimiento zapatista ha buscado atenuar esas contradicciones a través de dos mecanismos. Por un lado, mediante la construcción de una compleja organización en la cual el Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General (CCRI-CG), formado por miembros de las comunidades zapatistas siguiendo el modelo de las asambleas indígenas, se encuentra por encima de la estructura militar. De manera tal que, pese a la estructura jerárquica del EZLN, ésta se encuentra subordinada a las disposiciones de las asambleas comunitarias. Leyva Solano y Sonnleitner (2000) sostienen que —si bien las organizaciones

político-militares se caracterizan por una estructura vertical de autoridades— para el caso del zapatismo sería mejor hablar de un movimiento socio-político-militar gestado en el seno de las comunidades indígenas, haciendo que el autoritarismo se vea limitado por las prácticas comunitarias.⁴³ Sin embargo, como muestran las palabras de las y los zapatistas en la Sexta Declaración citadas más arriba, en la práctica la situación ha sido más bien a la inversa: venía siendo la parte militar del EZLN la que estaba tomando y limitando gran parte de las decisiones que correspondían a las comunidades.

Por otro lado, esas tensiones han sido presentadas a través del discurso zapatista como el sustento de su sorprendente capacidad para cambiar de formas de acción, de estrategias y de discurso según las circunstancias y, a su vez, como una metáfora de su propuesta política. Así, desde la producción discursiva del zapatismo, es precisamente la cuestión de transformarse a sí mismos el dilema principal del proceso de construcción democrática que impulsan las y los zapatistas, como lo plantearon en el discurso de cierre de la reunión preparatoria para el Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo en abril de 1996:

El zapatismo es un esfuerzo, una intuición, unas ganas de luchar por cambiar, por cambiar todo incluso nosotros mismos. Somos hombres y mujeres que queremos cambiar y cambiarnos y somos hombres y mujeres dispuestos a todo por lograrlo (EZLN, Comunicado, 7 de abril de 1996).

De cualquier manera, a las tensiones internas se suman dificultades dadas por las particulares condiciones en las que se desarrolla el proyecto político zapatista. De hecho, uno de los obstáculos externos más fuertes que enfrentan para la desaparición del EZLN como ejército es el contexto de militarización que existe en Chiapas desde el alzamiento, recrudescido en el último tiempo. Desde el cese del fuego, pero especialmente a partir del gobierno de Zedillo en 1995, la estrategia del gobierno se basó en una política de contrainsurgencia que buscó cercar al movimiento zapatista desde distintos ángulos. La estrategia no sólo significó la militarización de Chiapas con el establecimiento de bases militares en la zona de conflicto y con el apoyo —directa o indirectamente— a grupos paramilitares, sino también apuntó a minar las bases de apoyo zapatistas mediante el retorno de la población antizapatista a la zona y la distribución de incentivos selectivos a través de programas sociales y una fuerte inversión en obras públicas en Chiapas (Pérez Ruiz, 2006).

⁴³ Asimismo, la conformación del propio movimiento zapatista, como confluencia del EZLN, las comunidades indígenas zapatistas y diversos actores políticos y sociales, organizaciones, intelectuales y personas de México y otras partes del mundo, también ha buscado enfatizar las facetas políticas, sociales y culturales del movimiento en detrimento del carácter militar.

Pero también se recurrió a otras estrategias a las que ya había apelado el régimen priísta en el pasado para debilitar a grupos opositores: por un lado, la cooptación de dirigentes de otras organizaciones sociales e indígenas o la creación de otras nuevas para evitar el “contagio” del zapatismo hacia otras regiones; y, por otro lado, el impulso de reformas políticas que no sólo restara aliados al zapatismo sino que permitiera encauzar por vías institucionales el descontento social.⁴⁴

En el último tiempo, ha habido un incremento de las acciones de contrainsurgencia contra las comunidades y el movimiento zapatistas.⁴⁵ Según un informe del Centro de Análisis Político e Investigaciones Sociales y Económicas (Capise), el gobierno de Calderón ha militarizado prácticamente todas las instituciones públicas en materia de justicia, entregando el control al Ejército Federal Mexicano (Capise, 2007). El retiro, desde 2005 hasta la fecha, de varias posiciones militares por parte de la Secretaría de la Defensa Nacional (Sedena) en la zona norte, la Selva Lacandona y Los Altos de Chiapas ha significado, en realidad, el reemplazo de unidades militares convencionales por Grupos de Fuerzas Especiales, que permiten desplegar rápidamente unidades completas de combate. El Capise ha registrado 56 campamentos militares permanentes y la actividad de seis grupos paramilitares en la zona zapatista. En paralelo al aumento de las incursiones militares y paramilitares, la actual estrategia de contrainsurgencia supone, asimismo, un incremento de las amenazas de desalojo forzoso, conflictos o directamente el despojo de tierras de bases de apoyo zapatistas a través de grupos civiles y/o paramilitares con la connivencia de instituciones agrarias que le dan legalidad. Entre estos grupos, en el último tiempo se ha destacado la Organización para la Defensa de los Derechos Indígenas y Campesinos (Opddic) que, reagrupando a organizaciones paramilitares previas y beneficiándose de fuertes apoyos de distintas autoridades federales, estatales y municipales, ha llevado a cabo varias agresiones y desalojos contra comunidades zapatistas y miembros de la *otra campaña* en Chiapas. Incluso, en muchos casos, estas acciones se dan bajo el pretexto de conservación del medio ambiente y creación de áreas protegidas (Capise, 2007). En este contexto, se ha intensificado el proceso de militarización y hostigamiento de las bases de apoyo zapatistas, que busca romper el tejido social en las comunidades indígenas y de esta manera debilitar al movimiento zapatista.

⁴⁴ Esta última estrategia y sus consecuencias se analizan más detalladamente en el siguiente capítulo.

⁴⁵ Para mayor información detallada sobre las agresiones y los hostigamientos registrados contra las comunidades indígenas zapatistas y participantes de la *otra campaña* así como las denuncias realizadas en las distintas entidades federativas durante 2007, véase Liera (2008) y la página de *Enlace Zapatista* (<http://enlacezapatista.ezln.org.mx>).

Asimismo, no resulta casual que Calderón haya elegido la región de Los Altos de Chiapas para recientemente, en abril de 2008, hacer el anuncio de un cambio de prioridad de su gobierno con el lanzamiento del programa “Vivir mejor”⁴⁶, poniendo a la política social como eje del resto de su gestión. Tras el anuncio del lanzamiento de este nuevo programa social en San Juan Chamula, Calderón sostuvo que “en Chiapas estamos destinando el mayor presupuesto al Desarrollo Humano Sustentable, entre carreteras y los hospitales, y los pisos firmes, y las escuelas, y la educación y las becas” y anticipó que en los “casi cinco años de mi Gobierno, vamos a invertir más de 11 mil millones de pesos en carreteras, en caminos rurales, en infraestructura básica de la entidad” (Presidencia de la República, 2008).

Sin embargo, más que un cambio en las prioridades del gobierno, que en el primer año y medio se centró en el tema de la seguridad mediante el combate al narcotráfico y a la delincuencia organizada, se trata de su complemento. Es el relanzamiento de la política de contrainsurgencia que se venía aplicando contra el movimiento zapatista, combinando acciones políticas, militares y paramilitares contra las comunidades indígenas zapatistas con políticas públicas orientadas a desarticular las bases de apoyo del movimiento a través de recursos e implementación de programas sociales.

⁴⁶ Este programa social, bajo el lema “para que vivamos mejor”, engloba varios programas de la Secretaría de Desarrollo Social (Sedesol) como Piso Firme, Estancias Infantiles, Seguro Popular, 70 y más y Oportunidades, entre otros, orientados a los sectores más pobres y vulnerables.

CAPÍTULO IV: LA RUPTURA CON EL SISTEMA POLÍTICO

Relaciones y tensiones con el PRD

La Sexta Declaración y la *otra campaña* se enmarcaron en el proceso electoral para la elección de presidente, diputados y senadores federales de 2006. Esta situación ha generado, voluntaria o involuntariamente, la necesidad de sentar posición frente a dicho proceso y los candidatos; situación no totalmente nueva para el EZLN, puesto que el año de su aparición pública también coincidió con el calendario electoral. Si bien las y los zapatistas plantearon desde un inicio que su proyecto no es la toma del poder estatal ni la participación política en elecciones, esto no había impedido que se establecieran espacios de diálogo e iniciativas con partidos políticos. Sin embargo, con la nueva declaración –y algunos textos previos– buscan deslindarse del sistema político, con especial énfasis en el PRD con el cual había mantenido cierta relación. A fin de comprender esta decisión, resulta conveniente repasar algunos momentos destacados de dicho vínculo.

La primera reacción del líder del PRD, Cuauhtémoc Cárdenas, frente al levantamiento zapatista, al igual que la mayoría de los políticos e intelectuales mexicanos, fue criticar la opción armada del EZLN.⁴⁷ Sin embargo, conforme el EZLN se fue identificando como una organización indígena en lucha por la democratización de México, el apoyo a la legitimidad de la causa se sobrepuso al rechazo por la vía armada. A partir de las movilizaciones sociales contra la guerra y los comunicados zapatistas, Cárdenas fue acercándose al movimiento, concretando algunos encuentros con algunos líderes zapatistas mientras se desarrollaban las mesas de diálogo con el gobierno en la catedral de San Cristóbal de Las Casas durante los primeros meses de 1994. El 15 de mayo, Cárdenas se reunió con las y los zapatistas en la Selva y se comprometió a hacer suyos los diez puntos de la Declaración de la Selva Lacandona (Pérez Ruiz, 2006) y ambas fuerzas acordaron luchar, cada uno en su espacio y con sus estrategias, por la misma causa: la democratización de México.

⁴⁷ Al día siguiente del levantamiento, Cárdenas sostuvo que la violencia “venga de donde venga” sólo llevaría al país a un “atraso social mayor”, siendo la acción civil y la “participación activa en las elecciones” la única manera de alcanzar la democracia. *El Financiero*, México, 2 de enero de 1994. Esta posición fue la que predominó en buena parte de los analistas políticos e intelectuales (Cfr. Bellinghausen, 2005).

Cabe tener en cuenta que, para el momento del alzamiento zapatista, el PRD estaba lejos de tener una estructura partidaria consolidada y se trataba más bien de distintas corrientes políticas y organizaciones sociales articuladas en torno a la figura de Cárdenas. El PRD tenía, en ese entonces, varios puntos de contacto con el zapatismo: la izquierda partidaria se encontraba excluida del sistema y en fuerte confrontación con el régimen priísta, como lo ponen de manifiesto los triunfos en elecciones y cargos ganados pero arrebatados con fraudes y golpes de mano autoritarios, los cientos de asesinatos político dentro de las filas perredistas durante el gobierno de Salinas de Gortari y las campañas de desprestigio por parte de los medios masivos de comunicación, sobre todo Televisa y TV Azteca (Pineda, 2005).

Pese a no llegar a un acuerdo en las negociaciones con el gobierno, el EZLN decidió mantener la suspensión de hostilidades sin deponer las armas, con el fin de “permitir a la sociedad civil que se organice en las formas que considere pertinentes para lograr el tránsito a la democracia”, como planteó en la Segunda Declaración de la Selva Lacandona, en agosto de 1994. En el mismo texto convocó a una Convención Nacional Democrática (CND) en el poblado chiapaneco de Guadalupe Tepeyac, que contó con una participación sumamente importante y que se desarrolló durante las campañas electorales de ese año. La CND sirvió de marco para un primer acercamiento más formal del EZLN con el PRD. Las y los zapatistas cedieron un lugar importante a personas vinculadas con el PRD en la dirección de la CND y acordaron el apoyo a la candidatura de Cárdenas para la presidencia de la República y de Amado Avendaño como gobernador de Chiapas (Pérez Ruiz, 2006).

Tras el triunfo del PRI en las elecciones de agosto de 1994, algunos grupos perredistas sostuvieron que el desempeño de su partido en dichos comicios –obtuvo el 17% de los votos quedando por detrás del PRI y el PAN– se había visto perjudicado por el miedo generado en muchos sectores de la sociedad por su cercanía con el EZLN. Pese a estos rumores y acusaciones, las y los zapatistas siguieron apoyando a la CND y a Cárdenas, siendo que los “dos representan una opción de cambio pacífico” y los instó a que unieran sus fuerzas y llamaran a la formación de un gran movimiento de oposición (EZLN, Comunicado, 4 de diciembre de 1994). En la Tercera Declaración, en enero de 1995, insistieron en la convocatoria a “la Convención Nacional Democrática y al ciudadano Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano a encabezar [el] Movimiento para la Liberación Nacional, como frente amplio de oposición”.

Sin embargo, ya para los primeros meses de 1995 se dieron los primeros desencuentros. Pese al activismo de sus militantes chiapanecos, la dirigencia nacional del PRD no promovió movilizaciones de resistencia civil en todo el país ante el triunfo del PRI en la presidencia y la imposición del candidato priísta en Chiapas como habían acordado con las y los zapatistas. A su vez, el PRD presionó a Avedaño –que había sido nombrado por las y los zapatistas y otros grupos como “gobernador en rebeldía” de Chiapas– para que firmara su conformidad ante la toma de posesión del cargo del priísta Robledo Rincón (Pérez Ruiz, 2006). Finalmente, tras la renuncia de este último, el PRD estatal, con apoyo del Comité Ejecutivo Nacional del partido, apoyó la designación de César Ruiz Ferro, de filiación priísta, como gobernador interino de Chiapas.

En 1996, hubo un nuevo intento de establecer una relación más formal en el marco del Foro para la Reforma del Estado en San Cristóbal de Las Casas, cuando las y los zapatistas se volvieron a reunir con una delegación del PRD, encabezada por Cuauhtémoc Cárdenas y Andrés Manuel López Obrador, donde acordaron dar inicio a una “relación formal fundada en la solidaridad y el respeto mutuo” (Hernández Navarro, 2005b). En las reuniones se había esbozado la idea de formar un Frente Amplio Opositor todo a lo largo del país, articulado en torno al PRD y con el apoyo del EZLN. Pero momentos después, el entonces presidente del partido del sol azteca, Porfirio Muñoz Ledo, desautorizó dicho acuerdo.

A partir de entonces, pese a las señales de uno y otro lado, la brecha entre las dos fuerzas se hizo cada vez más amplia. Existe una percepción bastante generalizada de que la reforma electoral de 1996 marca un punto de inflexión en la relación entre el EZLN y el PRD (Pérez Ruiz, 2006; Leyva Solano y Sonnleitner, 2000; Pineda, 2005; Ramírez, 2005). Al mismo tiempo que las y los zapatistas organizaban el Foro Especial para la Reforma del Estado en el marco de la Mesa II de negociación de San Andrés sobre democracia y justicia, desde la presidencia se lanzó la Mesa del Diálogo Nacional para la Reforma del Estado, con la participación del PRI, el PAN, el PRD, el PT y la activa presencia de la Secretaría de Gobernación. Esta estrategia del gobierno estaba orientada a desactivar el fuerte descontento social generado por los conflictos políticos y económicos de 1994, pero además tenía como objetivo no declarado restarles posibles aliados al EZLN. Como consecuencia de estos

diálogos, en julio de 1996 se aprobó una reforma electoral, que modificó sustancialmente las reglas de competencia y abrió el juego político-electoral.⁴⁸

Los efectos de la reforma se manifestaron rápidamente, en 1997, con el triunfo de Cárdenas como jefe de gobierno del Distrito Federal y con los buenos resultados en las elecciones legislativas intermedias a nivel federal y en la Asamblea Legislativa del DF, donde el PRI perdió por primera vez la mayoría absoluta en la Cámara de Diputados y el PRD se quedó con la amplia mayoría de la bancada, respectivamente. Pero también fueron visibles las repercusiones para el zapatismo. Una parte de los grupos, sindicatos y organizaciones sociales que habían apoyado las iniciativas zapatistas, especialmente la formación de un Frente Amplio Opositor, se volcaron a la lucha electoral. De esta manera, la estrategia de cerco del gobierno terminó dándole buenos resultados puesto que la reforma electoral le redujo buen número de aliados a las y los zapatistas.

Desde el punto de vista zapatista, el triunfo electoral de Cárdenas y la mayor participación institucional del partido a partir de 1997 no hicieron más que profundizar las diferencias que ya venían dándose. Desde ese momento, para el EZLN, la dirección del partido no sólo buscó impedir cualquier posibilidad para que el zapatismo saliera a hacer política abierta a nivel nacional sino que, a nivel del estado de Chiapas, tampoco condenó la existencia de grupos paramilitares en las filas perredistas. Las y los zapatistas asumieron que estas actitudes ponían de manifiesto la incorporación del PRD al sistema.

Este cambio hacia el EZLN también se reflejó en la propia organización del partido. En 1998 se modificó la política para las candidaturas externas, cerrándose así el espacio que antes tenían los movimientos y organizaciones sociales en la conformación del PRD (Abal Medina, 1998). Pero, al mismo tiempo, una de las estrategias electorales que se dio el partido mostró las huellas de origen, puesto que varios de los triunfos y el crecimiento a nivel nacional se dieron por priístas que habiendo perdido la interna en su partido, se pasaron al PRD y ganaron las elecciones a través de esta fuerza política.⁴⁹ Esta estrategia no sólo debilitó la pobre

⁴⁸ Se modificó el vínculo institucional entre el Estado y las estructuras partidarias del PRI, con el establecimiento del Instituto Federal Electoral (IFE) como un órgano autónomo en manos de ciudadanos independientes y ya no sujeto al control del gobierno, encargado de armar los padrones electorales y controlar las campañas electorales. Se propició el control constitucional de los actos y resoluciones de las autoridades electorales a través del Tribunal Federal Electoral del Poder Judicial de la Federación (TFEPJF). Se incorporó la representación proporcional en el Senado. Se establecieron condiciones más equitativas de competencia, especialmente en relación al financiamiento de los partidos y el espacio en los medios de comunicación. Y se aprobó la elección por sufragio popular del jefe del gobierno del Distrito Federal.

⁴⁹ Esta situación se produjo en los triunfos a gobernador de Zacatecas y Tlaxcala en 1998, Baja California Sur en 1999 y, más recientemente, Chiapas en 2006.

identidad partidaria, sino también su estructura al generar conflictos e incluso la deserción de parte de la militancia a nivel local que en varios casos se vio desplazada por candidatos de otros partidos y por personalidades antes criticadas por el mismo PRD (García Ponce, 2005).

También en otro aspecto el PRD ha mostrado las pocas intenciones por romper las fuertes inercias que genera la cultura política mexicana forjada durante los largos años del régimen priísta. La experiencia de los gobiernos perredistas en el Distrito Federal muestra que no han generado espacios para que la gente se involucre más y pueda tomar más decisiones. Los escasos esfuerzos de participación ciudadana por parte de los gobiernos de Cuauhtémoc Cárdenas (1997-2000) y Andrés Manuel López Obrador (2000-2006) estuvieron fuertemente condicionados por cuestiones políticas (Zermeño, Gutiérrez Lozano y López, 2002; Álvarez Béjar, 2005; Bartra, 2005b). De esta manera, la izquierda partidaria ha hecho pocos esfuerzos por alterar la cultura política paternalista, sin poder romper con las prácticas y modos de hacer política priístas (Ramírez, 2005).

De cualquier modo, el momento de quiebre definitivo entre el EZLN y el PRD se produjo en abril de 2001, cuando la sanción de la reforma constitucional sobre derechos y cultura indígenas, que resultó contraria a la propuesta elaborada por la Cocopa para la cual las y los zapatistas habían marchado hasta la Ciudad de México, contó con el voto de cuatro senadores del PRD.⁵⁰

Así, tras varios años de idas y vueltas, de encuentros y desencuentros, el EZLN y el PRD emprendieron finalmente caminos separados.

“Con la clase política no hay nada que hacer definitivamente, ya ni reírse, pues”

A la sanción de la reforma constitucional sobre derechos y cultura indígena en abril de 2001 por parte del Congreso de la Unión y la ratificación por los Congresos locales, sumado a la decisión de no intervenir por parte del Poder Ejecutivo y la Suprema Corte alegando que era un asunto que correspondía al Congreso en su calidad de Constituyente, el EZLN los tomó como el cierre de la vía institucional y, por consiguiente, como la ruptura definitiva con el sistema político en su conjunto. Este hecho vino a clausurar varios años de búsqueda de

⁵⁰ Fue el caso de los legisladores Jesús Ortega, Lázaro Cárdenas Batel (hijo de Cuauhtémoc Cárdenas), Demetrio Sodi y Daniel López Nelio. Justificaron su voto alegando que, a pesar de ciertas deficiencias, la ley contenía algunos avances y que lo aprobado había sido lo más que se había podido conseguir dada la correlación de fuerzas dentro del Senado, mostrando que se encontraban “metidos en la lógica de la real política” (Alonso, 2001:135).

diálogos y acuerdos con el gobierno y con los partidos políticos, como fueron los Diálogos de la Catedral en 1994 y los Acuerdos de San Andrés en 1996, donde no sólo no se ha cumplido con lo firmado sino que por parte del sistema político se ha evidenciado una connivencia con distintos grupos paramilitares en el marco de una más amplia estrategia de contrainsurgencia en Chiapas. El cambio de actitud del zapatismo es categórico como lo dejaban en claro, a diez años del levantamiento, las palabras del subcomandante Marcos: “El principal aprendizaje durante esta década es que con la clase política mexicana no hay nada que hacer definitivamente, ya ni reírse, pues” (Subcomandante Marcos en Muñoz Ramírez, 2004:300).

Un año más tarde, las y los zapatistas reafirmaron su posición frente a la clase política en la Sexta Declaración, al recordar el desenlace de la Marcha por la Dignidad Indígena:

Y ya por último, en 2001, hicimos la que se llamó la “marcha por la dignidad indígena” que tuvo mucho apoyo de millones de mexicanos y de otros países, y llegó hasta donde están los diputados y senadores, o sea el Congreso de la Unión, para exigir el reconocimiento de los indígenas mexicanos.

Pero resulta que no, que los políticos que son del partido PRI, el partido PAN y el partido PRD se pusieron de acuerdo entre ellos y nomás no reconocieron los derechos y la cultura indígenas. [...]

Y entonces pues ahí lo vimos claro que [...] no tiene caso que estamos hablando con los políticos porque ni su corazón ni su palabra están derechos, sino que están chuecos y echan mentiras de que sí cumplen, pero no. O sea que ese día que los políticos del PRI, PAN y PRD aprobaron una ley que no sirve, pues lo mataron de una vez al diálogo y claro dijeron que no importa lo que acuerdan y firman porque no tienen palabra. Y pues ya no hicimos ningún contacto con los poderes federales, porque entendimos que el diálogo y la negociación se habían fracasado por causa de esos partidos políticos. Vimos que no les importaron la sangre, la muerte, el sufrimiento, las movilizaciones, las consultas, los esfuerzos, los pronunciamientos nacionales e internacionales, los encuentros, los acuerdos, las firmas, los compromisos. Así que la clase política no sólo cerró, una vez más, la puerta a los pueblos indios; también le dio un golpe mortal a la solución pacífica, dialogada y negociada de la guerra (EZLN, Sexta Declaración de la Selva Lacandona, junio de 2005).

La clausura de las relaciones con los partidos políticos es una de las mayores rupturas en relación con el proyecto político del EZLN anterior que plantea la Sexta Declaración. Como las y los zapatistas lo dicen claramente, no se trata de una decisión caprichosa o tomada *a priori*, sino que la crítica se funda en la práctica y comportamiento concretos del PRI, del PAN y del PRD frente al zapatismo. El EZLN buscó el diálogo, acordaron con el gobierno, firmaron y después, siguiendo una práctica común en la política mexicana, fueron *ninguneados* (Roitman Rosenmann, 2005). El desenlace de la Marcha por la Dignidad Indígena con la sanción de la reforma constitucional en 2001 abrió la posibilidad de plantear que si los pueblos indígenas no son sujetos de derechos, no forman parte de la comunidad

política y, por consiguiente, tampoco forman parte de la democracia representativa (Participación del investigador Luis Villoro en «El Otro Seminario», Querétaro, 8 de septiembre de 2007). De ahí la posición zapatista de no darle importancia a las elecciones, a los partidos políticos y al gobierno.

La anticipada campaña electoral, los conflictos al interior de los partidos políticos para definir sus candidatos y la abierta confrontación entre los partidos constituyeron un nuevo escenario de oportunidad política que las y los zapatistas buscaron capitalizar a su favor mediante el lanzamiento de la Sexta y la *otra campaña*. La coyuntura abría una posibilidad nada despreciable para recuperar la iniciativa y romper el aislamiento tanto político como mediático que se había venido constituyendo en los últimos años en torno al zapatismo.

La campaña para las elecciones presidenciales de 2006 no duró 160 días como marca la ley, sino que empezó a mediados del sexenio foxista poniendo en evidencia, en buena medida, el vacío de poder que existía desde entonces en el gobierno federal. En un sistema como el mexicano, donde la figura presidencial ha sido y, a pesar de las modificaciones producto de la alternancia, sigue siendo clave dentro de la estructura institucional, la debilidad del presidente es un signo importante de crisis política. Con casi cuatro años de anticipación a las elecciones presidenciales, Andrés Manuel López Obrador se convirtió en una figura destacada del debate nacional a partir de sus políticas al frente del gobierno del Distrito Federal y de una estrategia comunicativa muy original y barata que consistió en dar una conferencia de prensa diariamente a las seis de la mañana (Gómez Tagle, 2007). A partir de entonces, desde la presidencia de la República y apoyada en los medios masivos de comunicación, se lanzó una campaña para desacreditar a López Obrador. En 2004, la aparición de unos videos trató de implicarlo en negocios sucios de funcionarios de su gobierno y de miembros del PRD. Ante el fracaso de esos escándalos, se fue un paso más allá con el desafuero de López Obrador votado el 7 de abril de 2005 por el PRI y el PAN en el Congreso de la Unión a través de un procedimiento irregular y que violó la división de poderes, puesto que tal medida correspondía a la Asamblea Legislativa del DF (Álvarez Béjar, 2005). La finalidad era claramente dejar a López Obrador sin fueros y someterlo a juicio por delitos civiles, lo que según la legislación inhabilita a cualquier ciudadano a ser candidato para un puesto de elección popular. Sin embargo, López Obrador supo aprovechar las críticas y acciones en su contra para proyectar su imagen, incluso más allá del PRD, convocando a una importante movilización social en todo el país el 24 de abril, que llevó a la Procuraduría General de la

República (PGR) finalmente a determinar no ejercitar acciones en contra del ex jefe de gobierno capitalino.

Estos acontecimientos representaron una victoria política para López Obrador que lo hicieron aparecer como la principal figura de oposición y como un candidato fuertemente rechazado por el sistema. De cualquier manera, el crecimiento de su imagen y su candidatura no estuvieron exentos de obstáculos dentro del PRD, puesto que Cuauhtémoc Cárdenas, en medio del desafuero, planteó su intención de presentarse por cuarta vez como candidato a la presidencia.⁵¹ Finalmente, Cárdenas renunció –no sin antes generar algunas tensiones y la posibilidad de rupturas dentro del partido con especulaciones de ser candidato a través de otra fuerza política– y terminó siendo aceptada la candidatura de López Obrador al frente de la coalición Por el Bien de Todos, formada por el PRD, el PT y Convergencia.

Pero también para el PAN y para el PRI fue difícil y conflictiva la decisión del candidato. En el primero, se desataron grandes debates tanto hacia dentro del partido como en la opinión pública por los intentos de la esposa de Fox, Marta Sahagún, de postularse como candidata, aprovechando su imagen pública como primera dama. Finalmente, al momento de las elecciones internas, Sahagún desistió de participar y entonces Fox decidió dar su apoyo a su secretario de Gobernación, Santiago Creel. Sin embargo, terminó ganando el ex secretario de Energía, Felipe Calderón, quien representaba a los sectores tradicionales del partido.

Las consecuencias de la pérdida de la presidencia, en julio de 2000, por parte del PRI se pusieron de manifiesto a la hora de elegir candidato a presidente.⁵² El ex partido de Estado atravesó una fuerte competencia interna entre diferentes líderes y gobernadores: la confrontación se terminó configurando entre el entonces presidente del partido, Roberto Madrazo, y un frente articulado en torno a los gobernadores de Coahuila, Hidalgo, Nuevo León, Tamaulipas, Sonora, Sinaloa y Veracruz, conocido como TUCOM (Todos Contra Madrazo), que apoyó la candidatura de Arturo Montiel, entonces gobernador del Estado de México. Sin embargo, frente a algunos escándalos de corrupción de este último que lo obligaron a renunciar, finalmente Madrazo terminó siendo el candidato de Alianza por México, formada por el PRI y por el PVEM. Los conflictos por la candidatura a presidente también terminaron fracturando al PRI, puesto que la ex secretaria general del partido y

⁵¹ Ya se había presentado en 1988 a través del Frente Democrático Nacional y luego en 1994 y 2000 como candidato del PRD.

⁵² Una de las prácticas y reglas no escritas del régimen priísta, conocida como el “dedazo”, era la facultad del presidente en funciones de decidir quién sería su sucesor en la presidencia.

lideresa del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE), Elba Esther Gordillo, formó el Partido Nueva Alianza (Panal), que registró como candidato presidencial a Roberto Campa, pero acabó jugando un papel sumamente relevante en apoyo a favor al PAN.

Las y los zapatistas aprovecharon esta coyuntura para retomar y profundizar sus denuncias contra la clase política. Sin embargo, resulta necesario remarcar que no es el rechazo a los partidos políticos la cuestión central de la Sexta y la *otra campaña*. Ya se mencionó más arriba que la oposición está construida en torno al sistema capitalista que más marcadamente en los últimos años ha transformado profundamente a la clase política mexicana.⁵³ Si tienen un lugar importante no es por los políticos o los partidos en sí, sino porque esa crítica permite poner en evidencia una manera específica de hacer política. Como lo plantean claramente en el texto de la Sexta Declaración:

¿Estamos diciendo que la política no sirve? No, lo que queremos decir es que ESA política no sirve. Y no sirve porque no toma en cuenta al pueblo, no lo escucha, no le hace caso, nomás se le acerca cuando hay elecciones...

Queda claro que no es una actitud o discurso antipolítico el que orienta a las y los zapatistas. La *otra campaña* más bien intenta recuperar otra noción de política. Desde la perspectiva zapatista, se trata de la construcción de un espacio para la palabra y para la atenta escucha con el fin de aprender de las distintas experiencias de luchas e ir construyendo colectivamente otros modos de pensar y hacer política. Mientras la política tradicional gira siempre en torno a las elecciones y subordina prácticamente todo a ese momento, la otra política es un asunto de todos los días, una actividad cotidiana, que se despliega en todos los espacios y dimensiones de la vida.

Pese a las lecturas abstencionistas o antielectorales, lo que plantean las y los zapatistas a partir de la Sexta es que ya no van a proponer ni a promover negociaciones con la clase política o el apoyo a alguna candidatura (EZLN, “Reunión preparatoria con organizaciones políticas de izquierda”, 6 de agosto de 2005). No es un llamado a no votar, sino a que la tarea fundamental en este período es el encuentro y conocimiento de los distintos grupos, colectivos y personas que están luchando contra el capitalismo, entre quienes ir discutiendo y definiendo un Plan Nacional de Lucha.

⁵³ En la Sexta, las y los zapatistas sostienen que “el neoliberalismo cambió a la clase política de México, o sea a los políticos”. Reafirmando esta idea, Gilberto López y Rivas (2005) sostiene que las críticas a los partidos, y particularmente al PRD, se basan en consideraciones sobre la incapacidad o falta de intenciones de los mismos para escapar de la lógica del sistema capitalista y la efectividad de éste para corromper a sus dirigencias.

Tal como empieza la Sexta Declaración y repiten reiteradas veces en el texto, las y los zapatistas apelan a la “palabra sencilla” para que el mensaje resulte más claro y directo. No obstante, pareciera en principio paradójico que es quizás la declaración más malinterpretada, incomprendida, polemizada y hasta ignorada por muchas y muchos, e incluso por algunas y algunos que antes decían entender al zapatismo (Hernández Alpízar, 2006). En parte, esto se debe a que la Sexta Declaración y, sobre todo, algunos textos e intervenciones del subcomandante Marcos en el contexto de la nueva iniciativa, tienen un lenguaje más simple, pero a la vez mucho más duro, que se distancia del discurso abierto que caracterizaron a las declaraciones y comunicados zapatistas previos. Según Hernández Navarro (2005a), no son pocos los partidarios e intelectuales de izquierda que apoyan la causa y las acciones del EZLN, pero que ahora rechazan o critican el lenguaje y ciertas decisiones de las y los zapatistas. Con la contundencia de las denuncias hacia el PRD y su candidato presidencial Andrés Manuel López Obrador, el movimiento zapatista ha polarizado la opinión de dirigentes, militantes e intelectuales de izquierda. Este énfasis en el PRD y López Obrador puede entenderse por la historia previa de mayor acercamiento entre ambas fuerzas políticas, por lo que resultaba necesario profundizar en las razones de ruptura con el PRD más que con el resto de la clase política. Sin embargo, la insistencia y el tenor de las denuncias dieron lugar a que fuera magnificada la polémica por los medios de comunicación así como por algunos analistas y militantes de izquierda. En ese sentido, pese a que el momento era propicio por los evidentes conflictos dentro de la clase política arriba mencionados, quizás no favoreció mucho la coyuntura electoral para el lanzamiento de la iniciativa zapatista, puesto que obligó a tomar posición y, al menos en un primer momento, desvió el eje de discusión que plantea la Sexta y la *otra campaña* al centrarse demasiado en la cuestión electoral.

Asimismo, es dable pensar que las críticas, las polémicas o las descalificaciones son el precio que las y los zapatistas tienen que pagar por entrar a la escena política con la intención de construir un amplio movimiento nacional que, aunque no tiene intenciones electorales, supone la inscripción de su lucha en la dinámica política nacional y la disputa por alterar la correlación de fuerzas sociopolíticas.

De cualquier manera, el mayor costo político de la polémica abierta con el PRD y López Obrador para el movimiento zapatista ha sido a nivel de los medios de comunicación, y especialmente del periódico *La Jornada* (Entrevista con *David*, Ciudad de México, 12 de septiembre de 2007). Desde su fundación en septiembre de 1984, este periódico había ido ganando gran reconocimiento al dar lugar a voces de la sociedad que otros medios ignoraban

y al apoyar distintas expresiones de la izquierda mexicana. De ahí que no llamó la atención que, a partir del alzamiento zapatista de 1994, se convirtiera en una caja de resonancia de la palabra zapatista, publicando todos los comunicados del EZLN y realizando una amplia cobertura de las distintas iniciativas del movimiento. Sin embargo, a raíz de las fuertes críticas hacia el PRD y López Obrador por parte de los comunicados zapatistas desde 2005, *La Jornada* disminuyó notoriamente la atención a las palabras y actividades zapatistas (Liera, 2008).⁵⁴ Esta situación, si bien se trató de suplir a través de los medios de comunicación alternativos, no cabe duda que ha resentido la dinámica de la *otra campaña* puesto que con la misma se busca visibilizar las distintas luchas y resistencias que hay en México aprovechando la capacidad mediática del EZLN.

Pese a que existe en política la tendencia de autoproclamarse como representantes verdaderos de la izquierda y, desde ahí, descalificar a las demás fuerzas por no ser de izquierda o, incluso por ser una opción falsa, para Carlos Montemayor (2005), no parece ser esa la intención de las y los zapatistas. Según este autor, “la cuestión fundamental planteada por el EZLN creo que es más profunda y clara: convocar al reordenamiento de la izquierda y del cambio social del país no desde la perspectiva de las cúpulas de poder, sino desde las bases sociales. Porque, en efecto, suelen olvidar los políticos que entre las elites de poder un país se ve diferente desde la realidad de los pueblos”.

La nueva iniciativa pareciera buscar resolver una de las tensiones en las estrategias previas del movimiento zapatista que se planteaba entre la disyuntiva de apelar a las instituciones para buscar una solución al conflicto, como en la Primera y la Quinta Declaración, o hacerlo a través de la construcción de una alternativa “desde abajo”, en la sociedad, como convocaron en la Segunda, Tercera y Cuarta Declaración. A partir de la Sexta, como sostiene Luis Garrido (2005) en coincidencia con la frase del subcomandante Marcos antes citada, “[l]os zapatistas no otorgan ya el beneficio de la duda a la clase política”. La decisión recae claramente en la segunda opción, al enfatizar la necesidad de pensar el cambio a nivel de las prácticas sociales y las subjetividades. La lucha ya no busca apelar al sistema político y a las instituciones, sino que se centra en la construcción de un proyecto entre las distintas personas, grupos y

⁵⁴ El cambio en la línea editorial del periódico en relación al zapatismo probablemente se puede entender a partir del hecho de que el director fundador, Carlos Payán, fue senador por el PRD y que es el principal medio escrito beneficiado por la publicidad del Gobierno del Distrito Federal perredista. Con todo, pese a la reducción de la cobertura, cabe señalar que sigue siendo uno de los medios de comunicación masivos que hace mayor referencia al zapatismo, especialmente a través de la labor periodística de Hermann Bellinghausen junto con otras y otros corresponsales, y de los análisis y notas de opinión de varios de sus columnistas.

organizaciones que se encuentran resistiendo al capitalismo. La nueva fase parecería mostrar más claramente un distanciamiento del modelo tradicional de organización política, desplazando la lucha centrada en el sistema político hacia formas de acción que conciernen a la vida cotidiana y que buscan más bien modificar matrices culturales. En tal sentido, siguiendo a Melucci, este desplazamiento refleja un cambio en la esfera de acción puesto que “[n]o luchan meramente por bienes materiales o para aumentar su participación en el sistema. Luchan por proyectos simbólicos y culturales, por un significado y una orientación diferentes de acción social” (Melucci, 1999:48).

Cuestion(amiento) del Estado

Para algunos, la nueva etapa emprendida por el movimiento zapatista a partir de la Sexta Declaración y la *otra campaña* ha reactualizado las discusiones sobre las estrategias en torno al Estado y, en particular, la cuestión de luchar por dentro o por fuera del sistema (Wallerstein, 2006; González Casanova, 2006). Ya en 1994, en medio del desconcierto político y teórico simbolizado con la caída del muro de Berlín, las y los zapatistas volvieron a traer, problematizadas, la cuestión del poder y las maneras de pensar el cambio social al plantear que no aspiraban tomar el poder.

[...] pensamos que había que replantear el problema del poder, no repetir la fórmula de que para cambiar al mundo es necesario tomar el poder, y ya en el poder, entonces sí lo vamos a organizar como mejor le conviene al mundo, es decir, como mejor me conviene a mí que estoy en el poder (EZLN, Comunicado, 30 de julio de 1996).

El estilo dado por el movimiento zapatista al levantamiento chiapaneco desató un inusitado debate tanto en el ámbito académico como en el político, involucrando a intelectuales, dirigentes políticos y sociales e impregnando las discusiones de importantes movimientos y organizaciones de América Latina y de otras partes del mundo. Sin embargo, como advierte Zibechi (2003), muchos partidos políticos de izquierda de la región así como varios intelectuales y analistas no han dado gran relevancia a este debate, o quienes lo han hecho, generalmente, han rechazado o descalificado la posición zapatista sin demasiadas argumentaciones o mediante el recurso a viejas polémicas acerca de las vías, poniendo nuevamente el foco en la centralidad del Estado. Aunque menos frecuente, las posturas de Holloway (2000) y Boron (2001), por citar sólo algunas que han tenido cierta repercusión,

han buscado polemizar sobre la base de diferentes interpretaciones sobre el movimiento zapatista y sus formulaciones.⁵⁵

Como se planteó en los capítulos previos, el proyecto político zapatista se basó en una fuerte crítica al Estado mexicano, al tiempo que se apeló a, y se buscó reapropiar, sus símbolos. Esto que, en principio, podría parecer una contradicción se entiende desde la perspectiva de que el Estado en algunos casos puede crear espacios para la organización de actores políticos y sociales, al tiempo que también puede proveer recursos para desafiar la misma estructura estatal (Skocpol, 1984). Asimismo, dada la presencia históricamente de un Estado fuerte que ha funcionado como principio unificador de la sociedad mexicana, este rasgo ha permitido, en contrapartida, revueltas generalizadas y generalizables en contra del adversario estatal compartido (Zermeño, 2001). De ahí que el alzamiento zapatista pudo presentarse como un conflicto nacional y no sólo local, y al mismo tiempo funcionó como un catalizador de una multiplicidad de las luchas y los descontentos de muy distintas organizaciones, grupos y personas.

Durante los primeros años, gran parte de la producción discursiva del movimiento zapatista se centró en la crítica contra el régimen de partido de Estado, advirtiendo que éste no sólo se limitaba a un férreo control sobre la arena política y al ejercicio autoritario del poder, sino a todo un complejo sistema que a lo largo de los años había ido arrancando a la sociedad toda posibilidad de toma de decisiones, penetrando todas las dimensiones de la vida pública.

El sistema político mexicano tiene su fundamento histórico, su crisis presente y su mortal futuro, en esa deformación llamada «sistema de partido de Estado». No se trata sólo de un maridaje entre el gobierno y el partido de Estado (el Partido Revolucionario Institucional), sino de todo un sistema de relaciones políticas, económicas y sociales que invaden, incluso, a las organizaciones políticas opositoras y a la llamada «sociedad civil».

[...] cualquier intento de «reforma» o «equilibrio» de esta deformación es imposible *desde dentro del sistema de partido de Estado*. No hay «cambio sin ruptura». Es necesario un cambio profundo, radical, de todas las relaciones sociales en el México de hoy. *Es necesaria una revolución, una nueva revolución*. Esta revolución sólo será posible desde fuera del sistema de partido de Estado (EZLN, “La historia de los espejos”, mayo de 1995) [cursivas en el original].

⁵⁵ Resulta preciso aclarar que la polémica entre Holloway (2000) y Boron (2001) se basa en interpretaciones y discusiones que se inspiran en ciertos elementos del movimiento zapatista, aunque no reflejan exactamente la experiencia zapatista. Esta precisión se vuelve sumamente relevante si se tiene en cuenta el contexto en el cual se escribe esta tesis, puesto que, en coincidencia con Zibechi (2003), es quizás en Argentina donde las tesis del zapatismo y de Holloway han tenido una amplia difusión entre intelectuales y militantes de movimientos sociales y partidos. Pero, al mismo tiempo, el impacto mediático provocó también un contra-movimiento bastante fuerte que, en no pocos casos, ha tendido a asimilar dichas posiciones como si fuesen las mismas.

De ahí que el movimiento zapatista se orientara a un profundo cambio en la cultura política mexicana a través de nuevas formas de pensar y hacer política. De cualquier manera, las y los zapatistas no parecieron seguir totalmente esta caracterización del particular contexto mexicano ni las consecuencias que se derivan de la misma. Si bien desde un primer momento plantearon su rechazo a la estrategia de toma del poder y lanzaron potentes críticas hacia el Estado, no parecieron poder resistirse totalmente a esa fuerte atracción hacia el vértice que, según Zermeño (2001), caracteriza a la cultura política mexicana. Así, en la primera Declaración de la Selva Lacandona apelaron a los Poderes Legislativo y Judicial para que reestablecieran la legalidad y depusieran al presidente; a partir de las movilizaciones sociales en su apoyo establecieron mesas de diálogo con el gobierno; en 1996 firmaron los Acuerdos de San Andrés; y a principios de 2001 marcharon en reclamo del reconocimiento constitucional de los derechos y cultura indígenas.⁵⁶

Teniendo en cuenta estas iniciativas resulta difícil sostener que las y los zapatistas desconocen al Estado, como lo hace el historiador Carlos Aguirre Rojas (Participación en «El Otro Seminario», Querétaro, 8 de septiembre de 2007), entre otros. Este tipo de lecturas, más que resolver los dilemas que se encuentran implicados en torno a la cuestión estatal, pueden correr el riesgo de ignorarlos y, por lo tanto, no permiten percibir y contrarrestar las múltiples estrategias y recursos que tiene el Estado, desde la represión hasta mecanismos de cooptación e integración, para desarticular los procesos organizativos.

Aunque tampoco se trata de caer en el error opuesto. Una de las primeras objeciones de Boron (2001) contra el rechazo a la estrategia de tomar el poder y la consecuente ruptura del vínculo entre revolución y control del Estado que plantea Holloway, y que después lo extiende también al movimiento zapatista, es que la centralidad del Estado está dada por el propio capitalismo “que ha ido adoptando cada vez más un patrón estadocéntrico de organización”. Y enseguida agrega:

[...] si en el pensamiento marxista clásico se advierte con nitidez la presencia de un cierto estadocentrismo –más o menos marcado según los casos–, ello obedece a dos causas. Por un lado, al hecho de que el marxismo como teoría reproduce en el plano del pensamiento los acontecimientos, procesos y estructuras que existen en la realidad; por el otro, porque como

⁵⁶ Las mismas y mismos zapatistas lo reconocieron al plantear que: “Antes de eso [la Sexta Declaración], aunque tendencialmente todas las iniciativas del EZLN eran anti-sistémicas, no eran señaladas claramente. Toda la movilización en torno a los derechos y cultura indígena había sido dentro del sistema, incluso con la intención de construir interlocución y un espacio jurídico dentro de la legalidad” (EZLN, “L@s zapatistas y la Otra: los peatones de la historia. Parte I”, septiembre de 2006).

teoría no puede quedar inmune ante la influencia que sobre las fuerzas contestatarias ejerce la forma predominante de organización de sus opresores (Boron, 2001).

Esta razón no parece suficiente para luchar a través del Estado. Por el contrario, resalta la necesidad de buscar otros caminos alternativos al capitalismo y al Estado, es decir, tratar de ir desarrollando formas alternativas de pensar y actuar, al tiempo de ir creando instituciones de nuevo tipo que vayan articulando, primero, los distintos grupos y sus luchas y, luego, extendiéndose desde, y al conjunto de, la sociedad. Estas instituciones y mecanismos, como lo revela la propia experiencia zapatista con los municipios autónomos y las Juntas de Buen Gobierno, tienen que pensarse como un proceso en constante construcción, discusión y control para evitar caer en las viejas prácticas. La idea es avanzar en esa construcción que permita ir reemplazando al Estado por otras formas prefigurativas, es decir, formas que se orienten a no (re)producir relaciones y efectos contrarios a los que se dicen defender. En tal sentido, la propuesta de la Sexta y la *otra campaña* brindan importantes elementos para pensar el cambio por ese camino.

De todos modos, y en relación a esto último, la nueva etapa no deja de plantear algunos dilemas y ambigüedades. En la primera reunión preparatoria de la *otra campaña* con organizaciones políticas de izquierda, las y los zapatistas sostuvieron:

El problema del poder no es nuestro problema, el EZLN repite que no lucha por el poder, pero no dice que no hay que luchar por el poder; si fuera así no habríamos invitado a todas las organizaciones políticas que tienen una propuesta de toma del poder. Lo que nosotros decimos es que no nos corresponde a nosotros. Nosotros vamos pues, por otro camino. Si hay un partido u organizaciones de partidos que tomen el poder y si responden a las causas populares, qué bueno, bienvenido (EZLN, Respuesta a organizaciones políticas de izquierda, 6 de agosto de 2005).

Estas palabras reiteran la disposición del EZLN de no luchar por la toma del poder, aunque no resulta demasiado claro por qué el poder no es un problema del EZLN. Esta afirmación parece más bien contribuir a las críticas sobre la pretensión zapatista de que la cuestión del poder no existe⁵⁷, y no refleja la insistencia previa a repensar el problema del poder, como aparece en otras intervenciones y declaraciones zapatistas –algunas de las cuales se citan en este trabajo– ni el énfasis dado a partir de la Sexta y la *otra campaña* a las capacidades

⁵⁷ Esta es justamente una de las críticas que realiza Boron (2001): “A los zapatistas les asiste toda la razón cuando previenen en contra de la ilusión de que basta con la toma del poder para producir los formidables cambios que tiene en su agenda la revolución [...] desoír la advertencia zapatista sería un imperdonable error. Pero no se combate al reduccionismo aparatístico de quienes agotan el proyecto revolucionario en la sola conquista del poder con un error simétrico, pero de sentido contrario, y consistente en *pretender que la cuestión del poder no existe*” [El resaltado es mío].

represivas del Estado. Por otro lado, la convocatoria a organizaciones políticas que tienen el objetivo de tomar el poder no deja de generar otros interrogantes. ¿Por qué invitar a un mismo movimiento a organizaciones que van por distintos caminos? ¿Qué sentido tiene convocar a la construcción de un movimiento que, si bien no se precisa explícitamente en la Sexta Declaración y otras intervenciones posteriores, siguiendo los llamados realizados en otras declaraciones, podría pensarse que busca construir fuerza social y política más que tomar el poder? ¿O es que el proceso de la *otra campaña* se orienta, en esa cuestión, en una dirección diferente a las anteriores convocatorias del EZLN? El problema que subyace a estos interrogantes es que, en nombre de la amplitud o la necesidad de extender las bases del movimiento, se adopten ciertas prácticas y dinámicas que terminen redundando a la larga en duros obstáculos para los cambios que se plantean.⁵⁸

Asimismo, el desplazamiento del antagonista en el discurso zapatista, del sistema de partido de Estado al sistema capitalista, a partir de la derrota del PRI en las elecciones presidenciales de 2000 y que se refleja en la Sexta Declaración, podría haber llevado a caer en el error –compartido por varios analistas y observadores nacionales e internacionales– de creer en el fin del sistema de partido de Estado demasiado rápido. De tener un lugar significativo en las caracterizaciones y los análisis del sistema político mexicano como obstáculo para cualquier cambio profundo en México, a partir de la Sexta, el Estado es uno de los grandes ausentes. Las y los zapatistas han buscado justificar esta ausencia explicando que la definición del Estado y las estrategias frente a éste estaban pendientes porque su discusión y elaboración debería ser parte del proceso de trabajo colectivo de la *otra campaña* (EZLN, Reunión preparatoria con organizaciones políticas de izquierda, 6 de agosto de 2005).

Así parece estar dándose, puesto que para varios participantes de la *otra campaña*, la posición zapatista frente a las elecciones y la clase política ha llevado hacia adentro y entre los distintos grupos y colectivos a discutir las distintas estrategias así como las lógicas que subyacen a las mismas (Entrevista con *David*, Ciudad de México, 12 de septiembre de 2007).⁵⁹ Estos debates y discusiones resultan un crucial aporte para las luchas sociales el tratar

⁵⁸ Como se desarrolló en el capítulo anterior, las dificultades actuales del zapatismo para separar la parte militar de la toma de decisiones democráticas en las comunidades indígenas zapatistas ponen de manifiesto los efectos y las inercias que generan cierto tipo de decisiones.

⁵⁹ En ese marco se inscriben propuestas como las de «El Otro Seminario», organizado por el colectivo Jóvenes en Resistencia Alternativa, como un espacio de intercambio, discusión teórica y análisis entre adherentes a la Sexta Declaración de la Selva Lacandona, cuyos ejes temáticos de su tercera sesión, desarrollada en Querétaro el 8 y 9 de septiembre de 2007, fueron justamente el debate sobre el Estado y la relación entre éste y los movimientos sociales. En la misma línea pueden citarse el Encuentro con intelectuales del 21 de marzo de 2006

de ir dando mayor claridad a las discusiones a partir de las cuales seguir agudizando la comprensión de los procesos sociopolíticos y las perspectivas para las luchas actuales. Las cuestiones de las estrategias y del poder son un campo de confrontación extremadamente sensible dada sus consecuencias políticas, en el que es preciso ir definiendo las posiciones y promoviendo la necesaria polémica.

De cualquier manera, en dichos encuentros y reuniones, algunos participantes reconocen que resulta difícil hacer entender por qué no seguir la estrategia de lucha a través del Estado y de las elecciones. Sostienen que se trata de ir contra una necesidad, un imaginario político, bastante generalizado de “querer ver los cambios” (Entrevista colectiva con Jóvenes en Resistencia Alternativa, Ciudad de México, 24 de septiembre de 2007). De ahí que una buena cantidad de personas siga poniendo sus esperanzas en algún candidato o un partido que genere cambios más rápidos desde el Estado, mientras que las transformaciones que propone el zapatismo se ven como más lentas y más a largo plazo. Lo cierto es que, más allá de los debates y críticas, una parte significativa de personas y organizaciones sigue viendo al Estado como un interlocutor privilegiado y un actor central dentro de la estrategia de cambio. Estas visiones se refuerzan mucho más dentro de la cultura política mexicana fuertemente paternalista, interiorizada profundamente en la mayoría de las mexicanas y los mexicanos.

Desde ciertas perspectivas, no necesariamente opuestas al zapatismo, se alega que la cuestión electoral podría tenerse en cuenta desde una perspectiva defensiva, como un ámbito en el que no se llega a cambios revolucionarios, pero que puede abrir un cierto espacio para la acción de los movimientos y fuerzas de izquierda o para evitar el avance de la derecha (Garrido, 2005; Wallerstein, 2006). En ciertas circunstancias y momentos particulares, puede evaluarse la presión o la lucha a través del Estado a fin de lograr el acceso a recursos para fortalecer las luchas. Estas acciones no implican necesariamente seguir la estrategia de tomar el poder del Estado, siempre y cuando no significan el eje estructurador al que subordina todo el proyecto político, sino más bien son pensadas como movimientos tácticos frente a coyunturas particulares.

Aunque no son menos ciertos los argumentos que sostienen la posición contraria. Como el mismo Wallerstein (2006) reconoce, varias de las experiencias históricas muestran que muchos de los partidos o movimientos denominados de izquierda que han alcanzado el poder

en Guadalajara como parte del recorrido de la Comisión Sexta, más recientemente el Primer Coloquio Internacional *In memoriam* Andrés Aubry realizado del 13 al 17 de diciembre de 2007 en San Cristóbal de Las Casas, así como otros encuentros y artículos publicados en revistas y medios electrónicos.

estatal, han hecho todo lo que estaba a su alcance para neutralizar a aquellos grupos o fuerzas que no están bajo su control directo, bajo el discurso de que debilitan el propio campo y sirven a la derecha.

La cuestión no parece ser tan simple y, por el contrario, reviste gran complejidad. Incluso, independientemente de que se logre el poder del Estado, las restricciones del juego electoral así como de las estructuras políticas y económicas, tanto nacionales como internacionales, hacen que los partidos y gobiernos adopten cierto tipo de comportamiento y generalmente tiendan hacia el centro del espectro político. Las organizaciones sociales, en cambio, tienen mayor margen de maniobra, haciendo que las lógicas, tiempos y limitaciones sean diferentes y, en consecuencia, resulte sumamente difícil lograr una articulación entre los diferentes grupos, intereses y demandas. La cuestión electoral, al plantear la disyuntiva entre participar o no de las elecciones, las más de las veces ha llevado a la ruptura de los procesos organizativos de los sectores populares (Zermeño, 2001; Coll Lebedeff, 1999). La mayoría de las organizaciones terminan divididas, o son cooptadas a través de cargos políticos o programas sociales.⁶⁰ Como destaca Pérez Ruiz (2006), la historia misma del movimiento zapatista pone en evidencia que varias de las tensiones y dificultades para articularse con otras organizaciones políticas, campesinas e indígenas mexicanas estuvieron atravesadas por las diferencias de posiciones en torno al dilema, frente a cada proceso electoral, de participar o no en el mismo. Conflictos similares volvieron a plantearse en el proceso de la *otra campaña*. De hecho, a diferencia de lo que posiblemente previera el zapatismo al comienzo de la nueva iniciativa de que, a partir del contraste entre la campaña electoral y el proceso de la *otra campaña*, la gente terminaría optando y volcándose mayoritariamente a ésta última, las elecciones y el conflicto postelectoral terminaron generando el alejamiento de varios grupos.

Quizás la cuestión resida en no trazar una línea divisoria totalmente rígida. En esa misma dirección, resultan pertinentes las palabras de Holloway cuando plantea:

La idea no es crear una nueva línea correcta. Precisamente, porque el movimiento es amplio y porque todos estamos confundidos (cualquiera sea nuestro grado de pureza ideológica), es importante discutir claramente. El hecho de que aquellos que canalizan sus luchas hacia el Estado coincidan con quienes rechazan el Estado como punto central de referencia no debería inhibirnos de expresar claramente que deberíamos estar conscientes de que hay una enorme tensión entre ambos enfoques y que éstos empujan hacia direcciones opuestas (Holloway, 2006:26).

⁶⁰ Como bien lo reflejan las palabras de un indígena purhépecha en la última reunión del Congreso Nacional Indígena (CNI), celebrado el 5 y 6 de julio de 2008: “Los partidos cuando llegan a nuestras comunidades llegan partidos y también nos parten a nosotros, se van y nos dejan divididos” (citado en Muñoz Ramírez, 2008).

De hecho, dentro del movimiento zapatista existen diferentes posiciones en relación al Estado, desde las comunidades zapatistas en Chiapas que tienen como principio no aceptar ningún apoyo de parte de las distintas dependencias estatales, mientras que grupos, colectivos y organizaciones –generalmente urbanos– que apoyan y colaboran con las y los zapatistas reconocen que en algunos casos tienen relación con el Estado (ya sea a través de subsidios, programas sociales o reconocimiento legal). La autonomía construida en las comunidades chiapanecas no es fácilmente trasladable a los espacios urbanos, donde todavía sigue siendo más bien una pregunta, ya que resulta sumamente complejo construir totalmente por fuera del Estado (Varios participantes en «El Otro Seminario», Querétaro, 9 de septiembre de 2007).

Se trata, entonces, de seguir discutiendo y profundizando en el análisis del Estado y las relaciones y resistencias frente el mismo, puesto que resulta un problema cotidiano para cualquier lucha. La cuestión es cómo estar dentro o en relación con el Estado y, a su vez, a través de las prácticas y resistencias, contra y más allá del mismo.

CAPÍTULO V: LA OTRA CAMPAÑA

Dando los primeros pasos

La principal iniciativa de la Sexta Declaración de la Selva Lacandona es la realización de una serie de encuentros con distintos sectores de la sociedad mexicana en el marco de la campaña nacional con otra política, por un programa nacional de lucha de izquierda y por una nueva Constitución, más conocida como la *otra campaña*.

Una vez dada a conocer la nueva declaración, comenzaron a generarse distintos debates entre organizaciones, colectivos y personas sobre esta nueva iniciativa. En forma paralela, las y los zapatistas fueron dando los primeros pasos de la *otra campaña* con la convocatoria a distintas reuniones preparatorias para discutir y organizar el recorrido por todo el país. Con tal objetivo, entre agosto y septiembre de 2005 en las comunidades autónomas zapatistas de Chiapas, se llevaron a cabo seis reuniones preparatorias con las organizaciones políticas de izquierda, con las organizaciones indígenas y pueblos indios, con las organizaciones y movimientos sociales, con las organizaciones no gubernamentales, artísticas, culturales y colectivos, con los barrios, vecindades, mujeres, hombres a título individual y con otras y otros. Luego de estos encuentros, en la simbólica fecha del 16 de septiembre,⁶¹ se realizó una plenaria en el caracol de La Garrucha donde se tomaron acuerdos entre los distintos grupos y se dio a conocer la salida de la Comisión Sexta encabezada por el subcomandante Marcos. Siguiendo los lineamientos generales planteados en la Sexta, se establecieron dos etapas para la *otra campaña*. En un primer recorrido, pensado de enero a junio de 2006, la idea era ir a escuchar y hablar directamente con las distintas organizaciones, colectivos y personas adherentes a la Sexta Declaración para conocer sus historias, sus resistencias y sus formas de lucha y organización en los distintos lugares de México.⁶² Y a partir de ese primer

⁶¹ Se trata de una de las fiestas patrias más importantes para las mexicanas y los mexicanos, en la cual se conmemora el inicio del movimiento de independencia con el llamado “Grito de Dolores” dado por Miguel Hidalgo en 1810.

⁶² Según el plan establecido durante las plenarios y en función de las invitaciones de los distintos grupos y personas, el recorrido se iniciaría el primero de enero de 2006 en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, para seguir por Yucatán, Quintana Roo, Campeche, Tabasco y Veracruz durante enero, Oaxaca, Puebla, Tlaxcala, Hidalgo y Querétaro durante febrero, Guanajuato, Aguascalientes, Jalisco, Nayarit, Colima durante marzo, Michoacán, Guerrero, Morelos, Estado de México y Distrito Federal en abril, San Luis Potosí, Zacatecas, Nuevo

acercamiento y reconocimiento de los grupos y sus luchas, se estableció una segunda etapa de trabajo —desde septiembre de 2006 hasta finales de 2007— para el análisis, discusión y definición sobre los seis puntos⁶³ que se puntualizaron en la plenaria para ir construyendo, así, el Programa Nacional de Lucha, que es uno de los objetivos concretos de la *otra campaña*.

Las reuniones y encuentros a lo largo de esa primera etapa permitieron ir dándole forma y contenido a la *otra campaña*. A medida que se fue avanzando en el trayecto, se fue conociendo y enriqueciendo la visión sobre los grupos, organizaciones, personas, sus resistencias, sus historias, sus situaciones y esfuerzos, en muchos casos dispersos, aislados y poco conocidos a nivel de los grandes medios de comunicación. El recorrido fue asimismo mostrando la riqueza y diversidad de historias, contextos y concepciones ideológicas que existen entre los distintos grupos. El proceso de echar a andar la *otra campaña* significó un proceso de enseñanza y aprendizaje en varios sentidos y direcciones. Antes que nada, supuso aprender a escuchar, puesto que no basta sólo con respetar las palabras de las otras y otros, sino también conocerlas y tomarlas en cuenta. A partir de este ejercicio, se trata a su vez de aprender de las experiencias, las reflexiones y análisis producto de las luchas de otros colectivos, personas y organizaciones. Pero no sólo eso. También se trata de aprender entre todos y todas a relacionarse de otra manera. Gran parte de las primeras reacciones frente a la alerta roja de junio de 2005 y la aparición de la Sexta Declaración que se generó entre varios grupos y simpatizantes había sido cómo apoyar ahora a las y los zapatistas. Pero a diferencia de la Primera Declaración que terminaba con un “Intégrate a las fuerzas insurgentes del Ejército Zapatista de Liberación Nacional” o de lo que se venía dando en los últimos años y, sobre todo, a partir de la Quinta Declaración, donde las y los zapatistas pedían la solidaridad con la lucha por los pueblos indios, con la Sexta y la *otra campaña* hay un cambio significativo en el movimiento zapatistas, en el cual se insistió reiteradas veces a lo largo del recorrido:

No venimos como otras veces a decir apóyenos, simpatiza con nuestra lucha. Venimos a decirles: vamos a unir nuestra lucha, tú como joven, como mujer, como maestro, como trabajador agrícola, como estudiante, como trabajador del mercado, transportista —lo que sea cada quien—, vamos a unir nuestras luchas, y vamos a echar acuerdo para juntos empezar a

León, Tamaulipas, Coahuila, Durango durante mayo, y en junio terminar el recorrido por Chihuahua, Sinaloa, Sonora, Baja California y Baja California Sur.

⁶³ Los seis puntos son: las características fundamentales de la *otra campaña*; su estructura organizativa; su política de alianzas y su posición frente a otros esfuerzos organizativos; el lugar de las diferencias; quiénes están convocados y quiénes no; y las tareas comunes a todas y todos los participantes.

transformar [...] (EZLN, Reunión en Parque Centenario, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 5 de enero de 2006).

Junto a este elemento, también pueden observarse otros cambios. Las anteriores convocatorias zapatistas a distintos sectores para construir una organización a nivel nacional mostraron dificultades para concretarse. De ahí que la nueva iniciativa haya surgido del análisis de dichos esfuerzos como un intento por superar algunas de las limitaciones previas. El movimiento zapatista busca ahora transformarse en una fuerza política nacional a través del trabajo directo del EZLN y con su propia forma de hacer política. A diferencia de anteriores propuestas zapatistas –como la Convención Nacional Democrática (CND) propuesta en la Segunda Declaración, el Movimiento Nacional de Liberación (MNL) en la Tercera Declaración y el Frente Zapatista de Liberación Nacional (FZLN) en la Cuarta Declaración– que fueron dejadas a la organización de otros grupos, en la *otra campaña* es el propio EZLN, a través la Comisión Sexta conformada para la ocasión, quien se hace cargo de la iniciativa y la organización. Esto supone la primera vez que una salida del EZLN de la Selva abarca todo el territorio nacional:

Vamos a ir a escuchar y hablar directamente, sin intermediarios ni mediaciones, con la gente sencilla y humilde del pueblo mexicano y, según lo que vamos escuchando y aprendiendo, vamos a ir construyendo, junto con esa gente que es como nosotros, humilde y sencilla, un programa nacional de lucha [...].

El EZLN enviará una delegación de su dirección para hacer este trabajo en todo el territorio nacional y por tiempo indefinido (EZLN, Sexta Declaración de la Selva Lacandona, junio de 2005).

La propuesta es hablar y escuchar a otras organizaciones, grupos o personas con quienes ir aprendiendo y construyendo un proyecto político. Se trata de seguir el camino de saber escuchar y aprender que los propios zapatistas recorrieron durante los años previos al alzamiento. El contacto directo, “sin intermediarios ni mediaciones”, no sólo parece estar dirigido a evitar los usos y abusos que realizaron distintos grupos y personas en nombre del zapatismo.⁶⁴ También se busca superar otro tipo de posibles distorsiones y limitaciones físicas, culturales, tecnológicas –entre otras– que subyacen en las mediaciones de la palabra

⁶⁴ En el comunicado del 20 de noviembre de 2005 donde se anunció la disolución del Frente Zapatista de Liberación Nacional impulsado en la DSL4, el EZLN reconoció que “[h]ubo, es cierto, quienes usaron al FZLN y su cercanía con el EZLN para provecho propio, para lastimar a otr@s, para aislarse y aislarnos, para tomar fuerza en rivalidades personales y pugnas inútiles, como plataforma para el protagonismo individual o de grupúsculo, y para simular compromiso donde sólo había una posición cómoda” y agrega que a lo largo de esta nueva etapa del zapatismo se creará una nueva organización “dirigida directamente por la comisión sexta del EZLN, [donde] se ingresará a ella sólo a invitación expresa, y será particularmente estricta en que se cumplan los principios zapatistas, imponiendo siempre la ética sobre consideraciones pragmáticas” (EZLN, comunicado, 20 de noviembre de 2005).

escrita, cierto tipo de lenguaje y el alcance de los medios electrónicos de comunicación en algunos lugares y sectores sociales de México, sobre los que se ha apoyado la estrategia discursiva del movimiento zapatista.

De cualquier manera, la nueva fase del movimiento zapatista tampoco ha estado exenta de dificultades. A la primera etapa de la *otra campaña* se le atravesaron acontecimientos inesperados. Primero fue la dura represión y persecución política contra el Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra (FPDT) en San Salvador Atenco, Estado de México, en los primeros días de mayo de 2006, que obligó a suspender el recorrido de la Comisión Sexta cuando se encontraba en el Distrito Federal. Previendo la represión y persecución a las y los participantes de la *otra campaña* y como principio básico de cualquier organización que requiere asegurar la solidaridad interna y su propia supervivencia, en una de las primeras reuniones de la *otra campaña* en Uay Ja, Yucatán, el subcomandante Marcos sostuvo:

[...] lo primero que tiene que hacer el movimiento de la Otra Campaña es definir claramente la solidaridad hacia quienes lo forman; que ningún miembro de la Otra Campaña sufra un ataque, una amenaza, una agresión, un hostigamiento, sin que todos reaccionemos al mismo tiempo y firmemente (EZLN, Segunda Intervención en la reunión de adherentes de la *otra campaña*, Uay Ja, Yucatán, 18 de enero de 2006).

Siendo el FPDT parte de la *otra campaña*, se emprendieron distintas iniciativas para difundir lo que sucedía en Atenco –frente a la confusión, muchas veces intencional, de la información que transmitían los medios masivos de comunicación– y para denunciar a los responsables. La *otra campaña* mostró que todavía no tiene la fuerza suficiente para sacar a las y los compañeros presos y lograr el castigo de los culpables, aunque sí consiguió convocar una campaña de solidaridad para asegurar el asesoramiento legal de las y los presos políticos y que el asunto no sea olvidado (Entrevista con Paola, Ciudad de México, 26 de septiembre de 2007). A su vez, la creciente criminalización de la protesta social y el aumento de las prácticas represivas, hizo que los colectivos y organizaciones tuvieran que centrar sus esfuerzos en la búsqueda de acciones contra la represión y la persecución política.

Otro de los factores que alteró el proceso de la *otra campaña* fue el levantamiento oaxaqueño encabezado por la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO). Este movimiento se constituyó rápidamente en un nuevo referente político, desplazando el foco de atención de la opinión pública y de los medios de comunicación, haciendo que la ya escasa cobertura mediática de la *otra campaña* se redujera aún más. A diferencia del caso de Atenco,

no han sido tan sencillas las posibilidades de articular las luchas de la APPO con las de la *otra campaña*, como se analiza más adelante.

Finalmente, las denuncias de fraude electoral en las elecciones federales del 2 de julio y el reconocimiento del triunfo a Felipe Calderón por parte del Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación (TEPJF) modificaron el esquema en que la *otra campaña* fue pensada y la dinámica de la confrontación social en el país. Las y los zapatistas se habían preparado apostando al triunfo de López Obrador y a la construcción de una alternativa para cuando se mostraran los límites de dicho gobierno (Cfr. EZLN, “L@s zapatistas y la Otra: Los peatones de la historia. II”, septiembre de 2006). Desde la *otra campaña* se denunció el fraude y consideraron legítimo el reclamo de recuento de los votos levantado por el movimiento ciudadano conducido por López Obrador, pero no participaron en las acciones de resistencia civil. Esa posición —que se retoma y analiza más adelante en este capítulo— generó tensiones y rupturas de algunos grupos adherentes a la *otra campaña* así como de un sector de la intelectualidad (Hernández Navarro, 2007).

Estos acontecimientos anticiparon la salida de otros miembros de la Comisión Sexta del EZLN para participar en distintas actividades en apoyo a las luchas de Atenco y Oaxaca, mientras que el subcomandante Marcos terminó de completar el recorrido de la *otra campaña* por los estados del norte de México, entre los meses de octubre y noviembre de 2006.

De forma similar a lo que pasó con el primer recorrido, la segunda etapa de la Comisión Sexta, que había comenzado en marzo de 2007 por los estados del norte del país, debió suspenderse en septiembre debido a la escalada represiva contra las comunidades zapatistas de Chiapas, que ponía en riesgo la seguridad de las comandantes y los comandantes zapatistas (EZLN, Comunicado, 22 de septiembre de 2007). Aún así, el subcomandante Marcos continuó participando en algunos eventos, donde las y los zapatistas se habían comprometido a participar. Sin embargo, en el Coloquio Internacional *In memoriam* Andrés Aubry, realizado en San Cristóbal de Las Casas en diciembre de 2007, anunció que dejaría de aparecer públicamente, puesto que “como hace tiempo no ocurría, nuestras comunidades, nuestras compañeras y compañeros, están siendo agredidas” (EZLN, “Ni el centro ni la periferia. Parte VII. Sentir el rojo. El calendario y la geografía de la guerra”, diciembre de 2007).

De todos modos, este silencio no debe interpretarse como ausencia de acciones. Pueden trazarse ciertos paralelismos entre este momento de silencio y otros dos que existieron en el pasado. Al igual que en 1997 se produce en un momento de fuerte recrudescimiento de las

agresiones y provocaciones militares y paramilitares hacia las comunidades zapatistas en Chiapas y, como consecuencia, plantea la necesidad de centrarse en la capacidad defensiva del movimiento y reforzar las medidas de seguridad. Pero, al mismo tiempo, supone un momento de posible reflexión, evaluación y reformulación interna de las iniciativas lanzadas, similar al proceso silencioso iniciado tras la Marcha por la Dignidad Indígena y la sanción de la reforma constitucional en 2001, que dio lugar a la creación de los Caracoles y las Juntas de Buen Gobierno en 2003 así como, luego de la consulta de junio de 2005, al lanzamiento de la Sexta Declaración.

Asimismo, resulta equivocado pensar que porque se ha interrumpido el recorrido de la Comisión Sexta, el proceso de la *otra campaña* también se encuentra detenido. Cabe recordar que, si bien el EZLN es quien lanzó la iniciativa, la dinámica se sostiene a través del trabajo, a veces silencioso y sin la mirada de los medios de comunicación, de todos los grupos, organizaciones y personas que adhirieron a la Sexta Declaración y participan del proceso. Uno de los aciertos y fortalezas de la *otra campaña* es el énfasis dado al trabajo, con o sin las y los zapatistas, “en el nivel local, con nuestros propios medios. Sobre todo evaluarnos, criticarnos, mirarnos al espejo y preguntarnos lo que somos, lo que sabemos hacer, lo que estamos haciendo, lo que llevamos hecho, lo que podemos hacer más adelante, fijar objetivos, pues” (Rojo, 2006).

La Sexta Declaración y la *otra campaña* redefinieron el trabajo de muchos grupos, potenciándolo, al abrir un espacio de comunicación, conocimiento e intercambio con otras experiencias y organizaciones en todo el país, muchas de las cuales resultaban poco o prácticamente nada conocidas (Entrevista con el colectivo Jóvenes en Resistencia Alternativa, Ciudad de México, 24 de septiembre de 2007). Aprovechando la legitimidad y consiguiente convocatoria del EZLN, la *otra campaña* dio un significativo impulso para la convergencia y la conformación de redes entre los diversos grupos y organizaciones, que hubieran sido mucho más difíciles de impulsar desde esos mismos grupos por separado. A su vez, la nueva iniciativa zapatista ha puesto en discusión las formas organizativas, la cuestión de la representación, la relación con las instituciones y partidos políticos y, por lo tanto, la necesidad de definirse hacia dentro de muchas de esas organizaciones y colectivos, llevándolas asimismo a analizar las lógicas que subyacen a dichas definiciones (Entrevista con *David*, Ciudad de México, 12 de septiembre de 2007).

Para varios colectivos, activistas y personas entrevistadas, el movimiento zapatista a través de la *otra campaña* tiene uno de los proyectos políticos más claros y con aciertos estratégicos indudables dentro de las opciones políticas que existen hoy en la escena política mexicana. Sin embargo, quizás uno de los obstáculos más difíciles para poder llevarlo adelante se encuentre en la compleja coyuntura actual en la cual se inscribe la iniciativa zapatista.

El contexto político de la *otra campaña*

Como hace referencia el nombre mismo dado a la iniciativa zapatista, dicho proceso se enmarcó en el contexto de la larga y compleja campaña para las elecciones federales de 2006. Iniciada mucho tiempo antes de los 160 días que establece la legislación electoral, la campaña no hizo más que confirmar las tendencias previas de una gran confrontación y polarización entre los partidos, sus candidatos y otros actores políticos. Puesto que se venía registrando desde tiempo antes una clara ventaja a favor de López Obrador en las encuestas, hacia mediados de marzo el PRI y especialmente el PAN cambiaron sus estrategias mediáticas, adoptando una agresiva campaña sucia contra el candidato de la coalición Por el Bien de Todos (Gómez Tagle, 2007).⁶⁵ Al significativo papel de los medios de comunicación —mostrando la permanencia de uno de los rasgos que caracterizó al régimen priísta— se sumó la intervención de otros actores, como fue el caso de la activa participación del entonces presidente Fox así como de algunos sectores de la iglesia católica y del Consejo Coordinador Empresarial, que impulsaron y financiaron propaganda electoral con un discurso similar al del panismo con el fin de crear una imagen negativa de López Obrador. Las respuestas de éste último se manejaron entre cierta confianza desmedida en las intenciones de voto y el endurecimiento del discurso con un fuerte tono de intolerancia y confrontación. Así, las elecciones adquirieron un tinte ideológico inusitado en la política mexicana, que hizo aparecer al proceso electoral como la disputa entre dos proyectos de país (Aziz Nassif, 2007a).

A la falta de actuación del IFE para frenar la campaña negativa y la intervención de terceros que están prohibidas por las leyes electorales, se sumó la incapacidad de sus consejeros que no supieron reaccionar adecuadamente frente al escenario abierto por las elecciones del 2 de julio de 2006, donde los resultados reflejaron la polarización durante la

⁶⁵ Los panistas lanzaron una serie de *spots* electorales con el lema de que López Obrador “es un peligro para México”, exhibiéndolo como un personaje parecido al presidente venezolano Hugo Chávez y señalando los “riesgos de la violencia” o del “populismo” en caso de que ganara las elecciones. De manera similar, los *spots* del PRI lo mostraban como un político que no cumple con su palabra.

campaña electoral y dieron una diferencia a favor de Calderón sobre López Obrador de menos de un punto porcentual.⁶⁶ Sobre la base de esa diferencia y de algunas irregularidades durante el proceso electoral, López Obrador impulsó un movimiento de protesta contra lo que se consideró un fraude y por el recuento total de la votación, bajo el lema “voto por voto, casilla por casilla” (Aziz Nassif, 2007a).

El 6 de septiembre, el TEPJF pronunció un polémico fallo donde, si bien daba cuenta de todas las irregularidades que se presentaron en el proceso electoral, concluyó que no afectaban el resultado de la elección y ratificó el triunfo de Calderón (Gómez Tagle, 2007). En medio de protestas, el primero de diciembre Felipe Calderón tomó posesión como presidente de México.

Una semana después de asumir el gobierno, Calderón estableció la prioridad de su gobierno en el tema de la seguridad mediante el combate al crimen organizado y al narcotráfico. Con el pretexto de la guerra a los cárteles, el nuevo presidente buscó una forma de legitimar su gobierno frente a las denuncias de irregularidades y de fraude. La estrategia le reportó a Calderón beneficios políticos inmediatos, pues creó una artificiosa sensación de fuerte liderazgo. Sin embargo, en el largo plazo, la política contra el narcotráfico ha demostrado estar lejos de resolver el problema y, más bien, ha contribuido a hacer más complejo el escenario político nacional. La guerra declarada contra la delincuencia organizada y el narcotráfico no parece haber tenido los resultados buscados en su objetivo explícito, dada la escalada de violencia que generó no sólo en términos cuantitativos sino también cualitativos, poniendo en evidencia el gran poder que siguen teniendo las bandas y cárteles. Pero, a su vez, el combate al crimen organizado no sólo justificó un mayor margen de acción para los cuerpos policíacos y militares con el correlato de un aumento de violaciones a los derechos humanos, sino además la militarización de distintas zonas de México y la creciente criminalización de las protestas sociales.

Esta estrategia se ha complementado con la articulación de una amplia coalición de gobierno. En contraste con el anterior gobierno panista, Calderón no ha buscado la ruptura abrupta con las tradiciones de la política mexicana, sino más bien han prevalecido las líneas

⁶⁶ El 3 de julio, el Programa de Resultados Electorales Preliminares (PREP) del IFE dio información del 98,45% de las actas, otorgando una ventaja a favor de Calderón (35,91%) sobre López Obrador (35,29%) de 0,62%. Cuando se terminó el cómputo distrital de actas el 6 de julio, la diferencia se redujo a tan sólo 0,58%. Los resultados reflejaron también la polarización y división geográfica de país, puesto que el candidato del PAN ganó en 16 entidades federativas, mientras que el de la coalición Por el Bien de Todos se quedó con las 16 restantes, mostrando una distribución territorial marcada por un norte y centro-occidente panista y por un centro y sur perredista.

de continuidad que le han permitido un mayor margen de negociación. A tal punto es así, que nos son pocos los que advierten que cada vez se parece más al “estilo personal de gobernar”⁶⁷ que caracterizó a los presidentes priístas. De a poco se va imponiendo la inercia del viejo régimen, ahora a través de la lógica autoritaria del gobierno panista de Calderón, por ejemplo, al jugar un rol activo a la hora de determinar quién encabeza la presidencia de Acción Nacional, o en la elección de los candidatos a puestos de elección popular, como sucedió en las elecciones a gobernador de Yucatán, Baja California y Michoacán durante 2007. Pero no sólo en ese aspecto se asemeja al denostado régimen priísta. A esas decisiones, se suma la alianza estratégica con el sindicalismo corporativo encabezado por la lideresa magisterial Elba Esther Gordillo, que ha jugado un papel destacadísimo en varias de las últimas elecciones –tanto en las federales de 2006 como a nivel de las entidades federativas– así como en la coalición de gobierno para impulsar algunas de sus políticas. Y en esa misma línea de continuidad con el régimen priísta puede verse también la abierta entrega a los intereses económicos y mediáticos que se hace a los grandes medios de comunicación (Aziz Nassif, 2007b).

A partir de esta estrategia y la conformación de una amplia coalición, el gobierno de Calderón ha logrado avanzar sobre varias de las reformas que tanto Zedillo como Fox habían tenido dificultades para llevar adelante: la reforma del Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (ISSSTE), la reforma fiscal, la reforma electoral y la reforma judicial. Sin embargo, el gobierno no deja de mostrar claroscuros. Si por un lado ha logrado en buena medida consolidarse luego de los conflictos electorales de 2006 y ha conseguido avanzar en algunas reformas que no habían podido introducirse durante los anteriores dos gobiernos, muchas de las medidas han generado un importante movimiento de protestas e incluso tensiones entre los distintos partidos políticos y hacia dentro de los mismos.

El conflicto electoral de 2006 no hizo más que profundizar las grandes tensiones no resueltas del PRD entre la institucionalización y sus liderazgos, entre ser movimiento y partido, entre ser oposición y ser gobierno. A eso contribuye la presencia de un fuerte pragmatismo entre algunas de sus corrientes que llevan al enfrentamiento entre sectores que buscan alcanzar acuerdos y compromisos con el gobierno y otros que mantienen la línea

⁶⁷ Frase acuñada por el escritor Daniel Cossío Villegas (1974) para caracterizar al modo de gobernar en México, donde la dinámica política dependía fuertemente del presidente como figura central con gran margen de acción y arbitrariedad dada la fusión del partido hegemónico con el Estado.

impuesta por López Obrador de no negociar nada con el denominado “gobierno espurio”. Esta tensión interna entre las distintas corrientes y tribus es el que más conflictos le ha generado, y en parte explica el gran retroceso electoral que tuvo el PRD durante las elecciones locales de 2007.⁶⁸ Son varios y repetidos los choques, sobre todo, entre los grupos perredistas con cargos electos y los del movimiento ciudadano y simpatizantes de López Obrador.⁶⁹

A los problemas del partido del sol azteca también se agrega la incapacidad de consolidar el Frente Amplio Progresista –como alianza electoral y parlamentaria entre el PRD, el PT y Convergencia– en los procesos electorales recientes, pese a los esfuerzos de López Obrador. Muestra de ello es, entre otras cuestiones, que el PT ha postulado candidatos propios en las elecciones a gobernador en Zacatecas y Michoacán, mientras que se presentó aliado al PRI en los comicios de Baja California.

Las elecciones estatales y municipales de los últimos años muestran que, si bien a nivel federal es ahora la tercera fuerza política, en el ámbito local el PRI sigue manteniendo una presencia importante y, en algunos municipios, prácticamente inalterada y fuertemente consolidada durante más de siete décadas ininterrumpidas de gobierno. Asimismo, en algunas de las negociaciones en el Congreso de la Unión, su experiencia política le ha permitido recobrar cierto espacio perdido, jugando como fiel de la balanza frente al PAN y el PRD.

Sin embargo, también en el otrora partido hegemónico existen grandes divisiones, mostrando varias cabezas y muy diversas caras. Esta fuerza política parece todavía no haber logrado recuperarse de la gran derrota de 2000 cuando perdió la presidencia que, al menos desde su creación y sobre todo a partir del gobierno de Lázaro Cárdenas, era el actor principal de la escena política mexicana y el que mantenía la cohesión interna del entonces partido de Estado. Dicha pérdida ha llevado a una fragmentación y multiplicación de los cacicazgos regionales y sectoriales, que se mueven en función de motivaciones y agendas propias, sin lograr encontrar puntos de contacto para unificar intereses tan dispersos.

⁶⁸ Aunque también habría que considerar otros dos elementos. Por un lado, el hecho de que, a pesar de sus diecinueve años de existencia, todavía no ha logrado alcanzar una presencia real en todo el territorio nacional, situación que le impide a su vez tener un mayor control sobre los procesos electorales. Por otro lado, la reducción de la votación del PRD en relación a las elecciones federales de 2006 podrían confirmar que más bien se trató de un voto por López Obrador, que terminó arrastrando al PRD.

⁶⁹ Las elecciones internas del PRD disputadas el 16 de marzo de 2008 –de las cuales a la fecha no se han podido establecer los resultados dadas las irregularidades– no han hecho más que agravar los conflictos y polarizar las posiciones dentro del partido, puesto que los dos candidatos con mayor votación, Jesús Ortega y Alejandro Encinas, representan posturas sumamente divergentes.

Todos estos elementos dan como resultado un sistema político altamente desestructurado como sostienen las y los zapatistas en su Sexta Declaración y lo vienen reiterando en otros textos y comunicados de los últimos años. Tanto los partidos políticos como el sistema en su conjunto atraviesan por una crisis profunda. De todos modos, como también advierten, son conscientes que la sola crisis política no basta para el cambio. Resulta imprescindible articular las distintas luchas que existen en México para construir un proyecto alternativo, puesto que el sistema político cuenta con recursos para recomponer o, al menos, sobrellevar los momentos críticos:

Aunque es palpable lo profundo de la crisis de la política de arriba, nosotr@s l@s zapatistas sabemos bien que, si no hay alternativa de abajo, los de arriba terminan por arreglarse y darse un nuevo respiro (EZLN, “L@s zapatistas y la Otra: los peatones de la historia. V”, septiembre de 2006).

De ahí que no sólo basta con caracterizar al sistema político mexicano, sino que también resulta necesario analizar la situación de los grupos opositores y la posibilidad de su articulación en torno a un proyecto alternativo.

La emergencia de múltiples referentes políticos y su difícil articulación

A diferencia de lo que sucedió con el levantamiento de 1994, donde el EZLN logró catalizar varios de los movimientos y protestas que existían en México, el lanzamiento de la Sexta Declaración y la *otra campaña* no parece haber conseguido la misma convocatoria. En buena medida, esta diferencia pueda entenderse a partir de los cambios que se produjeron en la escena política mexicana, en la cual se dio una creciente multiplicación de los referentes políticos (Entrevista con *David*, septiembre de 2007).

El desgaste del predominio priísta durante los últimos años, que se puso en evidencia con la pérdida de la presidencia a manos de Vicente Fox en las elecciones federales de 2000, trajo aparejado la aparición de múltiples y heterogéneas fuerzas que van desde el Ejército Popular Revolucionario (EPR), los electricistas del Sindicato Mexicano de Electricistas (SME), los maestros de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE) y otras trabajadoras, trabajadores, sindicatos, organizaciones y personas agrupadas en distintas expresiones como el Frente Sindical Campesino Indígena Social y Popular, el Diálogo Nacional y la Promotora por la Unidad Nacional Contra el Neoliberalismo, pasando por la emergencia más recientemente de la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO) y el movimiento ciudadano encabezado por López Obrador.

Si bien en algunas de estas luchas existen adherentes a la Sexta, como es el caso del movimiento sindical, de la APPO y hasta del movimiento lopezobradorista, la articulación no resulta sencilla. En algunos casos, las concepciones ideológicas y las lógicas de los distintos grupos dificultan la posibilidad de articular las distintas resistencias y luchas. En otros, las razones que impiden tender lazos entre las mismas no son tan claras. Una de las grandes divisorias corresponde a las perspectivas entre quienes buscan el derrocamiento del gobierno y la consecuente toma del poder estatal, y quienes enfocan la transformación a partir del esfuerzo organizativo local, en las bases.

A partir de los intentos del gobierno de Zedillo, en 1999, de modificar los artículos constitucionales 27 y 28 para abrir el sector energético a la inversión privada, principalmente el Sindicato Mexicano de Electricistas (SME) y otras organizaciones sindicales comenzaron a organizarse y movilizarse para impedir la privatización de empresas públicas, así como oponerse a la ampliación del Impuesto al Valor Agregado (IVA) a alimentos y medicinas, rechazar la reforma a la ley laboral y a la ley del seguro social durante el gobierno de Fox. Esas medidas fueron impedidas por la confluencia de estas grandes movilizaciones en las calles con opositores consecuentes y de ocasión repartidos entre el PRD y el PRI en el Congreso (Bartra, 2005b). Sobre la base de estos logros, y frente a los sucesivos intentos de avanzar en las reformas neoliberales, fueron surgiendo otras expresiones tendientes a articular las distintas luchas como el Frente Sindical Campesino Indígena Social y Popular, el Diálogo Nacional y la Promotora por la Unidad Nacional Contra el Neoliberalismo. Estos frentes agrupan a un importante número de organizaciones de trabajadores, campesinos, indígenas, estudiantes, mujeres, intelectuales y otros movimientos civiles y sociales.

En una de las reuniones bilaterales durante los encuentros preparatorios de la *otra campaña* entre la Comisión Sexta y miembros de la Promotora, éstos últimos plantearon que apoyaban la iniciativa zapatista, pero que no tenían pensado entrar o que el EZLN se sume a la Promotora, ya que se trataba de dos proyectos diferentes. Por su parte, las y los zapatistas sostuvieron que también respetaban el trabajo que han venido realizando en oposición a las reformas, pero que tampoco podía sumarse a esas experiencias organizativas por su política de alianza con algunos sectores del charrismo sindical⁷⁰ que, a su vez, han reprimido a

⁷⁰ El término “charrismo” hace referencia a una forma sindical que inauguró el líder ferrocarrilero, Jesús Díaz de León, apodado “el charro” por el estilo de vestimenta que solía usar y su afición a los caballos. Durante el sexenio de Miguel Alemán Valdés (1946-1952), se buscó controlar las crecientes manifestaciones obreras mediante la imposición de Díaz de León al frente del Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros de la República

trabajadores del Seguro Social o de Teléfonos de México que forman parte de la *otra campaña* (EZLN, “De la posición de la Otra Campaña frente a otros esfuerzos organizativos: Promotora, Frentote, Diálogos Nacionales, y si hay otro pues que lo digan”, agosto de 2005).

Estas objeciones no impiden la búsqueda de articulaciones con algunos grupos a nivel individual. De cualquier manera, una de las mayores dificultades para entrar en contacto con este tipo de organizaciones y sus luchas es la falta de experiencia. Varios de estos sectores, particularmente los sindicatos, han tenido una presencia marginal en las movilizaciones y acciones previas del movimiento zapatista. No han sido un actor relevante en los anteriores momentos del movimiento así como tampoco un interlocutor del zapatismo (Pineda, 2005). De ahí que tal vez sea éste uno de los desafíos y limitaciones previas a superar con la nueva iniciativa, tal como lo afirmó el subcomandante Marcos a los adherentes a la Sexta Declaración en el inicio de la *otra campaña* al “pedirles respetuosamente que nos ayuden a aprender el modo para hablarle a los trabajadores del campo y de la ciudad donde ellos se mueven y con quienes ellos han construido su autoridad moral y política” (Palabras del subcomandante Marcos, San Cristóbal de Las Casas, primero de enero de 2006).

La APPO, constituida formalmente el 20 de junio de 2006, surgió en apoyo de las demandas de la Sección 22 del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) contra el gobierno del priísta Ulises Ruiz Ortiz, que el día 14 había ordenado el desalojo violento de un plantón en el zócalo de la ciudad de Oaxaca. Este acontecimiento provocó gran repudio y la movilización de un amplio número de oaxaqueñas y oaxaqueños. En las siguientes semanas se fueron incorporando diversas organizaciones, colectivos y personas, que empezaron a llevar adelante distintas iniciativas denunciando el autoritarismo, el uso discrecional de recursos públicos y la represión a distintas organizaciones por parte del gobernador de Oaxaca y pidiendo en consecuencia su destitución (Osorno, 2007). Al igual que en el caso de San Salvador Atenco, el conflicto resultó duramente reprimido por las fuerzas policíacas estatales y federales.

Quizás sea el movimiento más cercano al zapatismo, puesto que existen indudables puntos de contacto e incluso la influencia zapatista en cuanto a la organización, demandas y discurso de varios de los grupos y colectivos appistas. De todas maneras, las y los zapatistas se han

Mexicana en 1948. Desde entonces, se conoce como “charrismo” a la alianza de sindicatos y dirigentes con el Estado, mediante prácticas corruptas y autoritarias, para lograr un mayor control sobre los trabajadores.

limitado a solidarizarse con el movimiento oaxaqueño y vincularse sólo a través de las organizaciones y personas que forman parte de la *otra campaña* en Oaxaca:

El abajo también irrumpió en Oaxaca y tomó forma y camino con la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO). La capacidad de veto de ese movimiento ha sido digna de tomarse en cuenta [...] Como EZLN apoyamos este movimiento y tratamos de ver y aprender a través de l@s compañer@s de La Otra que ahí luchan. Nuestro apoyo no va más allá por dos razones: una es que es un movimiento de por sí complejo, un apoyo más directo podría provocar “ruido”, confusión y recelos; la otra es que varias veces el movimiento del pueblo oaxaqueño ha sido acusado de tener ligas con grupos armados, nuestra presencia directa haría crecer la campaña mediática que ya tienen en contra (EZLN, “L@s zapatistas y la Otra: los peatones de la historia. IV”, septiembre de 2006).

Tal como surge de estas y otras palabras, las razones que dificultan la articulación de la APPO con el movimiento zapatista en la *otra campaña* serían de dos tipos. Primero, por la diversidad de grupos que confluyen en el movimiento oaxaqueño, donde participan algunas agrupaciones perredistas y otras organizaciones que, entre otras cosas, llevaron a tensiones sobre la posición de la APPO frente al movimiento lopezobradorista así como a las elecciones locales de 2007. Si bien en febrero de ese año se había discutido y decidido dentro de la APPO continuar la lucha social desde abajo y al margen de las instituciones acercándose a las posiciones de la *otra campaña*, hubo concejales del movimiento que participaron en las elecciones al Congreso local. Y, segundo, por la presencia y el apoyo al movimiento oaxaqueño por parte del EPR,⁷¹ con quien el zapatismo mantiene desde un inicio una relación de tensión y respeto.

Desde su aparición pública el 28 de junio de 1996 con un ataque en el centro turístico de la localidad oaxaqueña de Huatulco, a un año de la masacre de Aguas Blancas⁷², el EPR y el EZLN han mantenido una relación respetuosa, pero distante y divergente. Desde la visión zapatista, la irrupción del EPR trastocó el sentido de las conversaciones que el EZLN venía desarrollando con el gobierno federal para lograr el cumplimiento de lo firmado en San Andrés, al dar un pretexto al gobierno para aumentar su presencia militar en Chiapas. De cualquier manera, el mayor distanciamiento entre ambas fuerzas reside en los diferentes proyectos políticos, como plantearon las y los zapatistas en un comunicado de 1996:

⁷¹ En una de las reuniones de la *otra campaña* por el norte del país, un participante preguntó a la delegación del EZLN: “¿Por qué no se meten más en lo de Oaxaca?”. A lo que el subcomandante Marcos contestó: “Porque ahí está el EPR y nosotros debemos respetarlo” (citado por Osorno, 2007:151).

⁷² Se trata del asesinato de 17 campesinos e indígenas, miembros de la Organización Campesina de la Sierra Sur, en una emboscada en el vado de Aguas Blancas, Guerrero, por parte de la Policía Motorizada y Judicial.

[...] la diferencia no está, como insisten ustedes y otros, en que ustedes no dialogarán con el gobierno, que sí luchan por el poder y que no han declarado la guerra, y en cambio nosotros sí dialogamos (ojo: no sólo con el gobierno, también, y sobre todo, y en proporción muy superior, con la sociedad civil nacional e internacional); no luchamos por el poder y sí le declaramos la guerra al ejército federal (desafío que nunca nos perdonarán). La diferencia está en que nuestras propuestas políticas son diametralmente distintas y esto es evidente en el discurso y la práctica de las dos organizaciones. Gracias a su aparición de ustedes, ahora mucha gente podrá entender que lo que nos hace diferentes de las organizaciones políticas existentes no son las armas y los pasamontañas, sino la propuesta política. Nosotros nos hemos trazado un camino, nuevo y radical. Tan nuevo y radical que todas las corrientes políticas nos han criticado y nos ven con fastidio, ustedes incluidos. Somos incómodos. Ni modos, así es el modo de los zapatistas (EZLN, Comunicado, 29 de agosto de 1996).

Frente al reinicio de los ataques armados del EPR con la reivindicación de los atentados a ductos de Petróleos Mexicanos (Pemex) en julio y septiembre de 2007 en reclamo por la desaparición de dos de sus miembros en mayo de ese año en Oaxaca, las y los zapatistas reconocieron la legitimidad de la causa, pero volvieron a reiterar su diferencia en relación al camino y la metodología elegidos. Para el zapatismo, en el planteo de los grupos armados subyace una disyuntiva que también debatieron entre sus bases de apoyo en 1992: encaminar los esfuerzos por la vía electoral o hacerlo mediante la lucha armada. Después del largo recorrido y aprendizaje hechos desde el alzamiento, las y los zapatistas concluyen ahora que la disyuntiva es falsa, puesto que ambas vías son excluyentes en la coyuntura actual. Ahora entienden que se puede construir otra cosa: el camino para “salir adelante y dar expectativas a la gente, pero que sea incluyente, es la Otra Campaña” (Subcomandante Marcos, 2007:65).

Otro de los referentes es el movimiento encabezado por López Obrador. Las irregularidades durante la campaña electoral y el día mismo de las elecciones generaron grandes movilizaciones en contra del fraude y de la imposición de Calderón como presidente. Al igual que en 1988 lo había hecho Cuauhtémoc Cárdenas, López Obrador nuevamente supo capitalizar el descontento social, como ya él mismo lo había puesto en práctica durante el conflicto por el desafuero en 2005. Sobre la base de las movilizaciones llamó, el 16 de septiembre de 2006, a la creación de la Convención Nacional Democrática (CND). Durante las movilizaciones contra el fraude, el discurso de López Obrador fue adoptando elementos de rechazo a las instituciones, estableciendo puntos de contacto con algunas cuestiones que ya venían denunciando desde hace tiempo las y los zapatistas. Sin embargo, los puntos de desacuerdo se encuentran –de forma similar al caso de los grupos armados– en el camino que toman y en el objetivo final de alcanzar el gobierno. En un texto de septiembre de 2006 las y los zapatistas plantean:

Lo que no tiene duda, al menos para nosotr@s l@s zapatistas, es que había y hay ahí, en esa movilización, personas honestas que estuvieron y están ahí por convicción y principios. Ellas merecen y tienen nuestro respeto, pero su camino lleva a un lado al que nosotr@s no queremos ir.

No compartimos con ell@s ni el camino ni el destino.

Y nuestra forma de respetarl@s es no meternos en su movilización, ni para disputarle a AMLO [Andrés Manuel López Obrador] el liderazgo indiscutible que ahí tiene, ni para sabotear, ni por oportunismo, ni para “desengañar” a las masas (que son algunos de los argumentos y razones de organizaciones y grupos para estar ahí, aunque no están de acuerdo con la conducción de la movilización) (EZLN, “L@s zapatistas y la Otra: los peatones de la historia. IV”, septiembre de 2006).

Si bien el conflicto postelectoral pudo haberse diluido o perdido fuerza, ciertamente sigue ahí latente, generando tensiones y polarizaciones que Calderón ni nadie parece atenuar, dando lugar a que López Obrador siga siendo un factor importante de convocatoria, como se ha puesto nuevamente de manifiesto con las movilizaciones contra la reforma del sector energético a partir de mayo de este año. Sin embargo, también en este último caso las movilizaciones han demostrado uno de los límites vinculados a los métodos de acción característicos de la mayoría de los partidos políticos mexicanos. A la hora de pensar en el movimiento, la noción que se maneja es la subordinación a las decisiones de López Obrador, mientras que la participación se limita a refrendar y seguir sus propuestas, sin la posibilidad real de tomar decisiones estratégicas y programáticas.⁷³

De esta manera, una de las cuestiones centrales de la *otra campaña* sigue siendo cómo acompañar, articular y fortalecer las distintas experiencias y luchas particulares. Resulta claro que la iniciativa zapatista tiene la ardua tarea de generar una dinámica inclusiva que incorpore el mayor número de organizaciones, colectivos y personas en la discusión y definición de un proyecto político alternativo.

Dilemas y desafíos

Más allá del complejo contexto político nacional, la *otra campaña* también se enfrenta a desafíos internos, puesto que se mueve en un terreno y dentro de las contradicciones que, como sostiene Rovira (2005), atraviesan al “zapatismo civil mexicano más obligado a tomar postura en la coyuntura y ceñirse a la realidad compleja nacional”.

⁷³ Rememorando la famosa frase de Luis XIV, López Obrador respondió recientemente a Carlos Navarrete, coordinador de los senadores perredistas, en medio de una discusión sobre las movilizaciones contra la reforma del sector energético, que “[el movimiento] soy yo” (Ochoa, 2008).

Una de las cuestiones que ha vuelto a mostrar la nueva iniciativa zapatistas es que más allá de la relación de solidaridad entre quienes participan de la *otra campaña* y de la identificación con las ideas centrales del político del movimiento zapatista, existe una gran diversidad de formas organizativas, posiciones ideológicas y procesos de lucha. Pese a la convocatoria abierta, o justamente por esa razón, otro de los obstáculos que se presentan en el proceso de la *otra campaña* es la presencia de una multiplicidad de posiciones, historias y propuestas que en algunos casos no son fácilmente compatibles o articulables. A la par de estas diferencias, aparece el desafío de lograr superar los dogmatismos y los sectarismos entre los muy diversos grupos y colectivos, que subyacen en distinto grado y más o menos abiertamente en el lenguaje, actitudes y recelos que se generan y que dificultan “llevar a la práctica el rollo de escuchar al otro” (Intervención de un miembro de un colectivo de Querétaro en «El Otro Seminario», Querétaro, 9 de septiembre de 2007).

Una de las tensiones que pone en evidencia más claramente el proceso actual es que varios de los elementos del proyecto zapatista quizás “cierran bien en lo discursivo, pero cuesta llevarlos a la práctica y a la construcción concreta” (Intervención de un participante en «El Otro Seminario», Querétaro, 9 de septiembre de 2007). Precisamente, el principal desafío interno que enfrenta el movimiento zapatista en la *otra campaña* es llevar a la práctica los principios que forman parte de su proyecto político.

Para algunos analistas, en este nuevo camino emprendido con la *otra campaña* se podría correr el riesgo de que el EZLN termine controlando demasiado el proceso, imponiéndoles –incluso involuntariamente– sus propias concepciones y tiempos a los otros grupos y organizaciones. Más, cuando ya varias de las iniciativas zapatistas, tendientes a constituir una fuerza social autónoma en el pasado, dependieron en demasía de su impulso y sus directrices (Bellinghausen, 2005; Bartra, 2005a). El riesgo que se corre es que el EZLN termine hegemonizando los distintos grupos y sus luchas.

Esta dependencia a la palabra y acciones del EZLN se encuentra fuertemente arraigada dentro de varios movimientos, organizaciones y personas. Resulta sumamente ilustrativa la pregunta que se hacía, en 2005, la investigadora y militante Raquel Gutiérrez, antes de que comenzara el recorrido de la *otra campaña*:

El EZLN sabe los pasos que quiere dar en el marco de “la otra campaña” y me parecen lúcidos y útiles. La salida del Subcomandante Insurgente Marcos en enero próximo y su recorrido por todo el territorio mexicano, visitando a quienes están en resistencia y lucha para

escucharlos y hablar con ellos es una excelente idea... ¿Los demás adheridos a la Sexta y a La Otra Campaña qué hacemos mientras tanto? (Gutiérrez, 2005:324).

De distinta manera, con matices u otras palabras, esa pregunta se ha reflejado en varios de los comentarios y discusiones planteados por las y los adherentes a la Sexta y participantes de la *otra campaña*. Por ejemplo, en las discusiones surgidas en «El Otro Semanario» se escucharon voces de algunos movimientos y personas en sentido de que están esperando que van a plantear las y los zapatistas en el Plan Nacional de Lucha, cuando dicho plan está pensado como producto del debate y la construcción colectivos de todos y todas quienes participan de la *otra campaña*.⁷⁴

La *otra campaña* ha puesto en evidencia las dificultades y tensiones que se generan con algunos elementos del discurso zapatista al momento de llevarlos a la práctica. En paralelo al planteo por la horizontalidad y el respeto a los procesos autónomos, la iniciativa zapatista no ha estado exenta de ciertas prácticas verticalistas tanto del EZLN como de otros grupos y organizaciones que forman la *otra campaña*. Durante el recorrido del subcomandante Marcos en la Ciudad de México se generaron algunas tensiones –entre otras cuestiones– cuando se estableció una estructura organizativa diferente a la que se habían dado distintas organizaciones y colectivos a partir de las discusiones de la Sexta Declaración (Entrevista a David, Ciudad de México, 12 de septiembre de 2007).

Para algunos de los colectivos, organizaciones y personas que participan en la *otra campaña*, no resulta menos cierto que algunos y algunas de quienes quedaron, por distintos motivos, afuera de tal estructura también han tenido prácticas verticalistas, propias de la cultura política mexicana construida durante las largas décadas del régimen priísta, y que en algunos casos la nueva estructura les impidió seguir centralizando las decisiones o imponiendo sus posiciones. Al mismo tiempo, reconocen que la coordinación creada a partir del recorrido ha servido para que “varios grupos se encuentren y trabajen de forma conjunta o bien que encuentren sus diferencias y decidan que no hay afinidad para chamberle” (Jóvenes en Resistencia Alternativa, 2007). Para este colectivo participante de la *otra campaña* en el Distrito Federal, esta experiencia justamente muestra que hay diferentes posiciones, historias

⁷⁴ En una de las primeras reuniones de la *otra campaña* justamente se advertía que “en todo momento deben defender que en el espacio de los adherentes de la otra, siempre la palabra de cualquiera se escuche, nos guste o no nos guste lo que va a decir, porque es nuestro compañero. Tenemos que aprender a hacer esa diferencia. No estamos aquí porque simpaticemos [...] lo que nos está uniendo es otra causa, pues. Y en este caso, lo hermoso de este reto es que la causa no está definida. Tenemos que hacerla nosotros. Ya no lo que diga el EZLN” (Palabras del Subcomandante Marcos en Asamblea Plenaria Región Altos de Chiapas, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, 2 de enero de 2006).

y procesos que hacen que unos se acerquen y otros se alejen; pero que, de todos modos, hay algunos consensos y tareas concretas comunes en las cuales resulta necesario contar con procesos organizativos que permitan coordinar e impulsar acciones conjuntas. De ahí la necesidad de (re)pensar en el marco de la *otra campaña* una estructura flexible, heterogénea, respetuosa de las autonomías de los distintos grupos y sus luchas, y horizontal que permita coordinarse, articularse con otros y otras diferentes. Aunque son conscientes que el “problema no es decirlo sino hacerlo y construir los métodos para ello” (Jóvenes en Resistencia Alternativa, 2007).

“En la chamba nos encontramos” fue una frase escuchada varias veces entre las y los jóvenes participantes del tercer encuentro de «El Otro Seminario», que parece reflejar la idea construida en la propia experiencia de la *otra campaña* de que la confluencia y articulación de los muy diversos grupos y colectivos no se construye sólo desde posturas ideológicas, sino fundamentalmente desde las prácticas y el trabajo (chamba) concretos. Las discusiones, intercambios y debates son necesarios, pero también muchos puntos de acuerdo se construyen en el trabajo, en el quehacer cotidiano. La idea que parecen haber construido en el proceso de la *otra campaña* es que las disputas teóricas deben pensarse en función de las acciones, con el propósito de fortalecerlas. De lo contrario, se corre el riesgo de caer en dogmatismos, en discusiones estériles.

Quizás para facilitar esta convergencia contribuye otro elemento. De las entrevistas y la observación participante, podría proponerse como hipótesis que, tal como Estrada Saavedra (2006) sostiene para las nuevas generaciones en las comunidades indígenas chiapanecas, dado que varios de las y los jóvenes de la *otra campaña* realizaron su politización directamente en el zapatismo, esto redundaría no sólo en una mayor identificación con el proyecto político zapatista, sino que sus formas de pensar y sus acciones no estén tan influidas por otras experiencias y tradiciones políticas.

Dentro de la *otra campaña* pueden trazarse, a grandes rasgos, tres tendencias (Subcomandante Marcos, 2007). Una estaría conformada por los grupos u organizaciones más tradicionales que tienen una estructura centralizada, vertical, y con mecanismos de representación. Otra tendencia agruparía a colectivos sobre todo de jóvenes o que tienen trabajo en el ámbito cultural –como los medios electrónicos alternativos–, que buscan crear una estructura organizativa más horizontal y ponen el énfasis en la autonomía y las experiencias autogestivas. La tercera gran vertiente sería la de los pueblos indios.

Como las y los zapatistas ya lo habían anticipado durante los preparativos de la *otra campaña*, los pueblos indígenas son la columna vertebral de dicho proceso. La reactivación del Congreso Nacional Indígena (CNI), con la convocatoria a su IV Congreso en mayo de 2006, ha permitido impulsar la coordinación y articulación de los distintos pueblos y organizaciones indígenas en diversas partes de México, así como intercambiar sus propias experiencias de resistencia y construcción de autonomía en los hechos que varias comunidades están promoviendo, teniendo como referencia y recreando el proceso de los pueblos indígenas zapatistas en Chiapas.

Por parte de las tres grandes tendencias hay desconfianzas sobre el rumbo y las características que vaya tomando la *otra campaña*. El desafío es justamente construir un espacio para todas y todos: “[...] el reto que tiene la otra, no sólo el EZLN, es cómo cumple su palabra de que haya espacio para los tres, que estar en este movimiento anticapitalista y de izquierda signifique que cedan en su identidad, que dejen de ser lo que son” (Subcomandante Marcos, 2007:61). Se trata en buena medida de generar un proceso similar al de construcción del propio zapatismo, en donde confluyeron distintos grupos, luchas, concepciones y trayectorias, dando como resultado algo distinto a la suma de las partes. De todos modos, no se pretende idealizar el proceso que, tanto en aquel momento como en este, implica una dinámica en la cual algunos grupos y organizaciones se alejan porque no se sienten representados o porque tienen diferentes intereses, objetivos o demandas –como, de hecho, ha sucedido a lo largo del recorrido de la *otra campaña*–, pero también puede significar que se sumen otros actores que hasta ahora se mantuvieron al margen, al ver que la *otra campaña* va adoptando un perfil más definido que les resulta afín.

El proceso de la *otra campaña* supone justamente el esfuerzo por construir ese espacio para el encuentro, el diálogo y el mutuo aprendizaje: “La asamblea que se reunió acá, tal vez tiene diferentes concepciones de lo que debe ser la *otra campaña*, pero, en resumen, la *otra campaña* es el espacio para hacerse escuchar” (Intervención en la asamblea afuera del penal de Ixcotel, Oaxaca, 8 de febrero de 2006). Si en dicho proceso la palabra y la atenta escucha se encuentran en el centro, no resulta menos significativa la construcción del espacio para que la palabra y la escucha tengan lugar. De hecho, “espacio” y “lugar” se repitieron centenares de veces en los encuentros y reuniones de la *otra campaña*.

En tal sentido, el proceso de la *otra campaña* podría pensarse como el esfuerzo por poner en práctica aquella formulación del cambio revolucionario que las y los zapatistas habían planteado al poco tiempo del alzamiento de 1994:

Nosotros pensamos que el cambio revolucionario en México no será producto de la acción en un sólo sentido. Es decir, no será, en sentido estricto, una revolución armada o una revolución pacífica. Será, primordialmente, una revolución que resulte de la lucha en variados frentes sociales, con muchos métodos, bajo diferentes formas sociales, con grados diversos de compromiso y participación. Y su resultado será, no el de un partido, organización o alianza de organizaciones triunfante con su propuesta social específica, sino una suerte de espacio democrático de resolución de la confrontación entre diversas propuestas políticas. Este espacio democrático de resolución tendrá tres premisas fundamentales que son inseparables, ya, históricamente: la democracia para decidir la propuesta social dominante, la libertad para suscribir una u otra propuesta y la justicia a la que todas las propuestas deberán ceñirse. El cambio revolucionario en México no seguirá un calendario estricto, podrá ser un huracán que estalla después de tiempo de acumulación, o una serie de batallas sociales que, paulatinamente, vayan derrotando las fuerzas que se le contraponen. El cambio revolucionario en México no será bajo una dirección única con una sola agrupación homogénea y un caudillo que la guíe, sino una pluralidad con dominantes que cambian pero giran sobre un punto común: el tríptico de democracia, libertad y justicia sobre el que será el nuevo México o no será (EZLN, Comunicado, 20 de enero de 1994).

De esta manera, el proceso de cambio está pensado como la construcción de espacios de diálogo y articulación producto de la acción de diferentes actores sociales y políticos así como diversas formas de lucha, donde los grupos y sus diferencias no sean anulados, sino que justamente la construcción del movimiento se nutra de esas diferencias. Esto conlleva una transformación en la concepción del cambio, ya no sujeto a una voluntad única, monolítica, sino como espacio de encuentro y articulación más o menos amplio de una multiplicidad de voluntades, posturas, formas de lucha.

Aunque, como ya se sostuvo más arriba, a diferencia de aquella formulación, la propuesta de la Sexta y la *otra campaña* no está dirigida al conjunto de la sociedad, sino en principio a los grupos, colectivos y personas de izquierda que tengan como horizonte la lucha contra el capitalismo. Podría pensarse que se busca primero consolidar el cambio hacia dentro del movimiento zapatista, para después extenderlo a cada vez más grupos y sectores sociales.⁷⁵

⁷⁵ Como las y los zapatistas lo plantearon en una de las primeras reuniones de la *otra campaña*: “Que cada mujer, sin importar si es indígena o no indígena, o su extracción social, haya un espacio que la convoca. Homosexuales, lesbianas, intelectuales, artistas. Que todos digan: ‘Ahí hay algo para mí’, sea o no adherente. Y entonces podamos estar haciendo al interior lo que queremos hacer al exterior” (EZLN, Palabras del Subcomandante Marcos durante la Asamblea Plenaria Región Altos de Chiapas, San Cristóbal de Las Casas, 2 de enero de 2006).

Como lo muestran otras experiencias históricas y recientes, las articulaciones sociales construidas en base a la convergencia de iniciativas abren espacios para potenciar la capacidad de acción de los distintos grupos, al tiempo que generan instancias de politización de otras redes, actores o personas. Asimismo, siguiendo a Melucci (1999), este tipo de acción colectiva funciona como un multiplicador simbólico: hace visible el poder, obliga a los aparatos a justificarse, a hacer pública su lógica y mostrar la debilidad de sus razones. En sociedades como las actuales donde el poder se vuelve cada vez más anónimo y difuso, incorporándose a prácticas y mecanismos informales, hacerlo visible es un logro importante.

En tal sentido, uno de los retos más importantes y más difíciles a los que se enfrenta no sólo el movimiento zapatista con la *otra campaña* sino cualquier lucha que busque un cambio profundo, es visibilizar y contrarrestar las relaciones de poder que se generan continuamente en las relaciones sociales, incluso hacia adentro de los movimientos y organizaciones populares. Por consiguiente, resulta imprescindible revisar, criticar y reflexionar sobre las propias prácticas y luchas para evitar (re)producir las relaciones de dominación y subordinación. Esto requiere un profundo cambio social y político, pero también y especialmente de una transformación cultural. Se trata, por lo tanto, como sostienen las y los zapatistas, de “una revolución que haga posible la revolución”.

ALGUNAS REFLEXIONES FINALES

Desde el levantamiento de 1994, el movimiento zapatista ha ido logrando constituirse en un indudable referente político para muchas resistencias, grupos y personas. Su influencia no se reduce a unos cuantos municipios de Chiapas –como se pretende minimizar desde la propaganda gubernamental y otros críticos– sino que tiene “una presencia multívoca y por demás compleja” (Álvarez Béjar, 2005) en amplios sectores tanto en México como en otros países del mundo.

A ello indudablemente han contribuido la articulación de un discurso novedoso, la originalidad de la formulación incluyente de sus demandas, así como los amplios alcances de su estrategia comunicativa posibilitados por los avances tecnológicos, particularmente Internet. Las y los zapatistas se han caracterizado por recurrir a un amplio repertorio de acciones y pasar de unas a otras según las circunstancias. De esta forma, el proyecto político zapatista se ha mostrado sumamente flexible, explorando distintos caminos y logrando articular varias luchas, reivindicaciones y discusiones, presentándolas de manera novedosa. La yuxtaposición de referencias y herencias políticas ha facilitado los múltiples alineamientos y resonancias, tanto de las luchas de liberación nacional de varios procesos de independencia colonial y de tradición guerrillera, pasando por la recuperación de las luchas campesinas e indígenas de la historia de México, junto a las reivindicaciones por los derechos civiles y contra la exclusión y el racismo, reclamando el reconocimiento del derecho a la diferencia, así como de grupos muy distintos que levantan la autogestión y la subversión simbólica y cultural.

Más allá de los primeros doce días de enfrentamiento, de las negociaciones con el Estado mexicano y de las distintas iniciativas con diversos grupos y personas, ha sido en el ámbito del discurso donde se ha mostrado más dinámico y ha logrado una amplia resonancia. No hay dudas que el movimiento zapatista ha contribuido a renovar el pensamiento y el lenguaje no sólo para pensar las formas de lucha y resistencia, sino también ha incentivado procesos que buscan un cambio cultural al influir significativamente en las formas de ver el mundo por parte de diversos sectores. Quizás en este elemento radique una de las mayores aportaciones del movimiento zapatista.

De todos modos, la Marcha por la Dignidad Indígena vino a mostrar ciertos límites de la estrategia discursiva y simbólica sobre la que se había sustentado en gran medida, hasta ese entonces, el proyecto político zapatista. Pese a la gran apuesta política con la salida de Chiapas por parte de la comandancia del EZLN, que generó un importante proceso de movilización y de apoyo a lo largo del recorrido hasta la Ciudad de México, y al consenso que existía en torno a la legitimidad de la demanda, no se logró el reconocimiento constitucional de los derechos y cultura indígena.

Este desenlace supuso un profundo proceso de reestructuración en las comunidades zapatistas, así como varios análisis y consultas, para dar lugar a una nueva reformulación del proyecto político zapatista que se dio a conocer, en junio de 2005, con el lanzamiento de la Sexta Declaración de la Selva Lacandona.

Esta declaración aparece como un intento por superar ciertas limitaciones y tensiones previas, en sentido de ir más allá de lo discursivo a través de un énfasis mayor en las prácticas. A partir de la Sexta, justamente hay un fuerte hincapié en la idea de *praxis*, es decir, en poner en práctica el proyecto político zapatista.

Una de las tensiones que se intenta resolver es aquella que existía en relación al sistema y partidos políticos. Si bien desde el momento del alzamiento las y los zapatistas realizaron fuertes críticas contra el sistema de partido de Estado y contra la estrategia de cambio a través de la toma del poder o la participación en elecciones, no había impedido al poco tiempo establecer espacios de diálogo con el gobierno y los partidos políticos, llegando incluso a buscar acuerdos e impulsar iniciativas con el PRD. Sin embargo, la sanción de la reforma constitucional en materia indígena en 2001 significó la clausura de las relaciones con el sistema político en su conjunto. Esta decisión, que se ratificó con el lanzamiento de la Sexta Declaración y la *otra campaña*, supone una de las mayores rupturas en relación con el proyecto zapatista previo. La nueva fase del movimiento zapatista vino a resolver la disyuntiva que se había planteado en las anteriores declaraciones, entre apelar a las instituciones para encontrar una solución a su demandas, o hacerlo a través de la construcción de una alternativa *desde abajo*, en la sociedad. Se va más allá todavía, puesto que, aunque tendencialmente las anteriores iniciativas habían buscado una ruptura con el sistema, es recién con la Sexta que las y los zapatistas se dirigen a “personas y organizaciones de mero izquierda [...] porque pensamos que sólo de la izquierda puede salir un plan de lucha” no ya contra el sistema político mexicano, sino contra el capitalismo.

Otro de los elementos que retoma la Sexta, y que se encuentra en el centro de la misma, es el proceso de construcción de autonomías en las comunidades indígenas de Chiapas. La creación de los *Caracoles* y las *Juntas de Buen Gobierno* no sólo surgen para contrarrestar los desequilibrios y distorsiones en el desarrollo del proceso autonómico zapatista, sino que también se orientan a tratar de superar una de las principales tensiones que se derivan del origen mismo del zapatismo, con la preparación y organización de un ejército para luchar por la democratización de las relaciones sociales. Tal como sostienen las y los zapatistas, las *Juntas de Buen Gobierno* procuran “cuidar que en territorio rebelde zapatista el que mande, mande obedeciendo” (EZLN, “Treceava Estela. Parte VI”, julio de 2003), es decir, poner en práctica su proyecto democrático a través de la construcción, en el ámbito de la vida cotidiana, de relaciones e instituciones alternativas al orden vigente. En tal sentido, este nuevo paso supone el esfuerzo por separar la estructura militar del EZLN de las tareas de gobierno en las comunidades zapatistas. De cualquier manera, como se reconoce en la Sexta Declaración, llevarlo a la práctica no resulta tan fácil como decirlo. La posibilidad concreta de avanzar por caminos alternativos depende de una multiplicidad de factores, que no todos están al alcance de las y los zapatistas. De ahí que, así como la Sexta no puede pensarse sin el proceso de construcción de las autonomías, éste tampoco puede hacerse sin aquélla y sin la propuesta de la *otra campaña*, es decir, si no consigue expandirse y articularse con otras experiencias y resistencias, que permitan ir construyendo y modificando las relaciones de fuerzas a nivel nacional.

Estos cambios buscan asimismo ir dejando atrás ciertos intermediarios y mediaciones que las y los zapatistas precisaron en el pasado en distintos planos: de ahí que los *Caracoles* y las *Juntas de Buen Gobierno* o el propio texto de la Sexta Declaración, muestran una búsqueda por separar la mediación del EZLN hacia dentro y hacia fuera de las comunidades zapatistas, así como también ir superando la centralidad de la figura del subcomandante Marcos. En esa misma dirección, puede verse a su vez el recorrido de la Comisión Sexta por todo México para tener contacto directo con los diversos grupos y personas sin otras organizaciones como mediadoras, pero también sin las mediaciones de la palabra escrita y los medios de comunicación, en los que se había sustentado en gran medida la estrategia zapatista previa.

De todos modos, en la *otra campaña* volvieron a aparecer algunas mediaciones, justamente a partir de la presencia central del vocero del EZLN. Presencia que, a su vez, resulta hasta cierto punto necesaria no sólo por la convocatoria y resonancia que su palabra genera; además, y quizás más importante, por la posibilidad de nexo o puente entre los distintos

grupos y culturas que existen en México, que la propia persona del subcomandante Marcos representa.⁷⁶ De hecho, la imagen de *punte* tan recurrente en la producción discursiva del zapatismo vuelve a aparecer como metáfora para pensar la fase actual: “El EZLN puede ser el puente interno, ya no para que el resto del país o del mundo conozca a las comunidades indígenas, sino para que el resto del país o del mundo se conozca a sí mismo, abajo, por donde está” (Subcomandante Marcos, 2007:70). Si bien a nivel nacional todavía no se cuenta con una estructura organizativa ni una comunicación fluida entre las organizaciones y personas que forman parte de la *otra campaña*, en ámbitos más reducidos, algunos colectivos y grupos han atravesado el puente, encontrándose por donde están, organizando actividades y proyectos conjuntos y generando espacios de reflexión, sin la presencia o iniciativa directa del EZLN.

Junto a estos, la nueva iniciativa zapatista no deja de presentar otros desafíos y dificultades tanto hacia fuera en relación al contexto en el cual se inscribe, como hacia dentro en la articulación de las distintas luchas y grupos en un movimiento nacional.

Existen varios factores que han complejizado la situación en la cual se tiene que mover y buscar incidir la *otra campaña*. Los conflictos sociales desatados en San Salvador Atenco y en Oaxaca durante 2006 alteraron dicho proceso, al reducir la ya escasa cobertura de los medios de comunicación que, al menos en la primera etapa del recorrido, resultaba fundamental para la visibilización de las distintas luchas. Al mismo tiempo, la criminalización de la protesta social y el aumento de las prácticas represivas que se pusieron de manifiesto a partir de esos dos acontecimientos, hicieron que gran parte de las y los participantes de la *otra campaña* centraran sus esfuerzos organizativos en la búsqueda de acciones contra la represión y de solidaridad con las presas y presos políticos. Tal situación no hizo más que profundizarse tras la asunción de Calderón, que implicó una creciente militarización y el aumento de presiones políticas contra las comunidades indígenas zapatistas y contra otras luchas sociales, en busca de minar las bases del movimiento así como reducir el espacio para el accionar político. Sumado a estos elementos, la campaña electoral y los conflictos electorales también modificaron el esquema en que fue pensada la *otra campaña* y la dinámica de la confrontación social. En la percepción de muchas mexicanas y mexicanos, la lucha electoral adquirió un atractivo inusitado en la política mexicana puesto que se constituyó como la

⁷⁶ No resulta menos cierto que se corre el riesgo de reducir el movimiento zapatista a la figura del subcomandante Marcos. Esta “personificación” del movimiento ha sido una de las estrategias más frecuentemente utilizadas por varios críticos y medios de comunicación para atacar al zapatismo, especialmente durante la *otra campaña*, resaltando y magnificando los errores y excesos del subcomandante Marcos e, incluso, tergiversando sus palabras.

disputa entre dos proyectos de país. En este contexto, la perspectiva zapatista, junto con las críticas hacia el PRD y López Obrador, tendieron a polarizar las posiciones dentro de la izquierda y terminaron alejando a varios sectores adherentes a la *otra campaña* y a parte de la intelectualidad que había apoyado al movimiento en el pasado.

Algunas de estas situaciones ya habían sido previstas y, de hecho, subyacen a la Sexta Declaración y a la *otra campaña* al poner el énfasis en consolidar la propia fuerza, resaltando la necesidad de romper la fragmentación y el aislamiento de las diversas luchas y grupos, incluyendo al propio EZLN y la experiencia autonómica en Chiapas, que podrían correr el riesgo de ser acorralados por la represión o la cooptación por parte del Estado. Como lo reconocieron las y los zapatistas reiteradas veces durante la *otra campaña*: “no podemos solos”. De ahí la convocatoria a juntarse con otros sectores. Pero no sólo se trata de unir fuerzas, sino además, de complementarse, de aprender de las otras y otros, de las diversas experiencias, para avanzar en sus propias luchas.

[...] todos los énfasis son necesarios y [...] debemos ser humildes y reconocer que no hay actualmente organización o movimiento que pueda preciarse de cubrir todos los aspectos de la lucha *antisistémica*, es decir, anticapitalista.

Este reconocimiento es la base de nuestra Sexta Declaración de la Selva Lacandona. Ella parte del reconocimiento y aceptación de lo ancho de nuestro sueño y la estrechez de nuestra fuerza.

[...] Pensamos que la realidad propia de nuestra existencia como EZLN no pocas veces presenta obstáculos y trabas que no pueden ser resueltos en nuestra lógica interna. Por eso buscamos y pedimos una relación equitativa con las compañeras y compañeros que han avanzado más en la lucha de género.

Pero queremos que no confundan enseñar con mandar, ni aprender con obedecer. Creemos que es posible construir una relación de respeto donde nuestra realidad avance en transformaciones profundas en este aspecto y sabemos dos cosas: que no podemos hacerlo por nosotras, nosotros mismos; y que necesitamos esta relación (EZLN, “Ni el centro ni la periferia. Parte V. Oler el negro. El calendario y la geografía del miedo”, diciembre de 2007).

El reto, ciertamente complejo, resulta en cómo efectivamente acompañar, articular y complementar, como parte de la resistencia y de la construcción de alternativas, los múltiples proyectos concretos que en cada situación particular se oponen a los modelos dominantes. A su vez, en esta cuestión subyace quizás uno de los más grandes desafíos que enfrenta actualmente el movimiento zapatista, justamente al tratar de llevar a la práctica su proyecto político. Como advierten las propias y propios zapatistas en la Sexta Declaración y otros colectivos y personas en la *otra campaña* el problema no está tanto en decir, sino en hacer, en llevar a cabo el proyecto político zapatista en las prácticas y la construcción concretas. Pese al énfasis en escuchar al otro y tenerlo en cuenta, la iniciativa zapatista no ha estado exenta de

ciertos dogmatismos, sectarismos y prácticas no del todo democráticas entre los muy diversos grupos y colectivos. Las dificultades para plasmar en la práctica el pensamiento zapatista es una de las tensiones que ha planteado y ha puesto más en primer plano la *otra campaña*.

Con todo, la confluencia de todos estos elementos hacen que la Sexta suponga uno de los cambios más relevantes en el proyecto político del movimiento zapatista desde la Segunda Declaración, cuando se dejó de lado la opción armada y se pasó a un trabajo más político a través de la creación de movimiento civil y pacífico que articulara diversos actores sociales y políticos, con sus diferentes formas de luchas y concepciones.

Más claramente a partir de la Sexta, hay una lectura del cambio a partir de las prácticas sociales, y no desde las instituciones. Se trata de un cambio en la cultura política y la construcción de un proceso de democratización de las relaciones sociales, no limitado a los tiempos y las restricciones de la política institucional. La experiencia de las comunidades indígenas zapatistas y la articulación de un amplio movimiento social y político emprendido con la *otra campaña* buscan una reconstrucción de lo social sobre la base de nuevas prácticas y relaciones. Esta propuesta trata de tomar en cuenta la totalidad de los ámbitos y manifestaciones de la vida cotidiana a fin de superar la fragmentación que produce el capitalismo. Se trata de no reproducir la separación entre política, sociedad y economía, entre lo público y lo privado, entre lo “importante” y lo anecdótico –como lo muestran asimismo en su propia producción discursiva las y los zapatistas– buscando recrear relaciones que tiendan a (re)unificar la vida social.

Sin una propuesta nítida y precisa, ya que la idea y el sentido mismos de cambio es una construcción colectiva y que se tiene que ir armando en función de las correlaciones de fuerzas, se busca (re)construir los vínculos sociales desde prácticas y subjetividades alternativas. La cuestión es ir abriendo espacios a una nueva sociabilidad, trastocando las distintas situaciones particulares a través de un imaginario que contribuya a cambiar los modos de pensar tales realidades y las relaciones con éstas. En un contexto como el mexicano, marcado por una cultura política fuertemente paternalista, jerárquica y estatal, la irrupción de ideas y prácticas que buscan la autonomía, la horizontalidad y la multiplicidad representa un importante cambio cultural.

Resulta conveniente recordar las advertencias, enmascaradas bajo un lenguaje militar, que hacía lúcidamente Antonio Gramsci a la izquierda de su época: el poder de la clase dominante se sostiene no sólo en el Estado sino que descansa sobre una sociedad civil avanzada y

compleja. De esta manera, el Estado se amplía, al entenderlo como una cristalización de relaciones sociales y una articulación compleja entre el aparato jurídico-político y una constelación de instituciones “privadas” a través de las cuales se ejerce la hegemonía. Por lo tanto, el movimiento revolucionario no puede triunfar a través de una *guerra de movimiento* que ataque al vértice del aparato estatal, sino en la medida que se vayan conquistando y asegurando las *posiciones* o “trincheras” de la sociedad civil.

La cuestión central de esta noción ampliada de Estado radica en sus consecuencias políticas. “La supremacía de un grupo social se manifiesta de dos modos, como dominio y como dirección intelectual y moral [...] Un grupo social puede e incluso debe ser dirigente ya antes de conquistar el poder gobernante” (Gramsci, 1999). Destaca, por lo tanto, la necesidad de articular la lucha política y la lucha ideológica para ir construyendo una “visión del mundo” opuesta a la hegemonía dominante. Y esta tarea es ideológica y cultural porque demanda un cambio en las ideas y en las subjetividades, pero a su vez es política porque requiere de la praxis social. Ambos aspectos se encuentran profundamente entrelazados para ir luchando por la transformación de la realidad.

Asimismo, Gramsci destacaba que las crisis –sean políticas, sociales o económicas– no producen por sí mismas acontecimientos fundamentales. Sólo crean un terreno más favorable a la difusión de ciertas maneras alternativas de pensar, de plantear las cuestiones y de actuar. Para que una crisis desemboque en un proceso revolucionario es preciso que exista previamente una fuerza que exprese el cambio subjetivo: “El elemento decisivo de toda situación es la fuerza permanentemente organizada y predispuesta desde largo tiempo, que se puede hacer avanzar cuando se juzga que una situación es favorable” (Gramsci, 1998:62). De ahí que sea una tarea esencial ir construyendo y desarrollando dicha fuerza.

Así, los esfuerzos por alcanzar una articulación entre las diversas luchas y experiencias organizativas frente a la crisis política, así como el rechazo por parte de las y los zapatistas a la estrategia de tomar el poder y la apuesta por transformaciones más paulatinas impulsadas, desde sus propios espacios, por organizaciones, colectivos y personas en la sociedad a través de la recreación de subjetividades y la concreción de proyectos alternativos parecen apoyarse en estas enseñanzas políticas del viejo Antonio.

Como se intentó mostrar en este trabajo, estos esfuerzos plantean ciertamente importantes desafíos y dilemas. Pero el análisis del movimiento zapatista resulta sumamente sugerente si se asume justamente como lo que es: como un proceso no lineal ni ausente de

contradicciones, y, por esta misma razón, en constante movimiento y transformación. Se trata de desafíos y dilemas propios de quienes se sumergen en nuevas búsquedas y no en caminos preestablecidos, como lo pone de manifiesto la propia experiencia zapatista. Como sostiene Angel Lara (2005) “el zapatismo es un verbo que se escribe en gerundio, sin miedo a transformarse para seguir luchando por transformar el mundo”.

Con todo, uno de los mayores desafíos que propone el proyecto político zapatista, las y los excede, e incluso va más allá de las fronteras mexicanas. Se trata justamente de pensar y comprender las realidades en la cual cada una y cada uno nos encontramos inscriptos a través de sus propias dinámicas, tratando de no caer en dogmatismos o generalizaciones que terminen convirtiendo –como ya ocurrió con otras en el pasado– esta riquísima experiencia en una simple receta aplicada mecánicamente.

Ésta ha sido y sigue siendo mi intención y uno de mis más grandes desafíos con la elaboración de esta investigación. Y, seguramente, lo seguirá siendo más allá de ella.

BIBLIOGRAFÍA

- ABAL MEDINA, Juan Manuel (1998), “Los herederos del populismo. La experiencia del PRD y el Frente Grande”, en *Nueva Sociedad* N° 157, Caracas, septiembre-octubre, pp. 87-106.
- ALONSO, Jorge (2001), “El zapatismo y la nueva ley indígena”, en *Íconos* N° 11, Quito, julio, pp. 126-138.
- ÁLVAREZ BÉJAR, Alejandro (2005), “La izquierda mexicana ante los desafíos presentes y futuros”, en *Memoria* N° 159, México, mayo.
- AUSTIN, John (1982), *Cómo hacer cosas con palabras*, Paidós, Barcelona.
- AVILÉS, Jaime (2005), “1994 + 1996 (99) + 2001 = 2006”, en *La Jornada*, México, 2 de julio.
- AZIZ NASSIF, Alberto (2007a), “El retorno del conflicto. Elecciones y polarización política en México”, en *Desacatos* N° 24, México, mayo-agosto, pp. 13-54.
- AZIZ NASSIF, Alberto (2007b), “Los problemas no resueltos del PRD”, en *El Universal*, México, 21 de agosto.
- BARTRA, Armando (2005a), “Dilemas históricos y actuales de las luchas populares en México”, en Colectivo Situaciones, *Bienvenidos a la Selva. Diálogos a partir de la Sexta Declaración del EZLN*, Tinta Limón, Buenos Aires, diciembre, pp. 139-179.
- BARTRA, Armando (2005b), “Añoranzas y utopías: la izquierda mexicana en el tercer milenio”, en César Rodríguez Garavito, Patrick Barrett, Daniel Chávez (eds.), *La nueva izquierda en América Latina: Sus orígenes y trayectoria futura*, Norma, Bogotá, pp. 283-338.
- BELLINGHAUSEN, Hermann (2005), “La lenta digestión de la palabra zapatista”, en Colectivo Situaciones, *Bienvenidos a la Selva. Diálogos a partir de la Sexta Declaración del EZLN*, Tinta Limón, Buenos Aires, diciembre, pp. 243-251.
- BONFIL BATALLA, Guillermo (1987), *México profundo. Una civilización negada*, Grijalbo, México.
- BORON, Atilio (2001), “La selva y la polis. Interrogantes en torno a la teoría política del zapatismo”, en *Chiapas* N° 12, Era, México.
- BRUHN, Kathleen (1999), “Antonio Gramsci and the palabra verdadera: the political discourse of Mexico’s guerrilla forces”, en *Journal of Interamerican Studies & World*

Affairs, vol. 41, N° 2.

- BURGUETE CAL Y MAYOR, Araceli (2005), “Una década de autonomía de facto en Chiapas (1994-2004): los límites”, en Pablo Dávalos (comp.), *Pueblos indígenas, Estado y democracia*, CLACSO, Buenos Aires, 239-278.
- CASTAÑEDA, Jorge (1995), *La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesa de la izquierda en América Latina*, Editorial Ariel, Barcelona.
- CAVAROZZI, Marcelo [comp.] (1997), *México en el desfiladero: los años de Salinas*, FLACSO, México.
- CECEÑA, Ana Esther (2001), “El dictamen del Senado, a favor del Plan Puebla Panamá y no de los derechos indígenas”. Disponible en: <http://www.ezln.org> [Consultado el 28 de agosto de 2001]
- CENTRO DE ANALISIS POLÍTICO E INVESTIGACIONES SOCIALES Y ECONÓMICAS (2007), “Cara de guerra: Un Ejército Federal Mexicano, unos Pueblos Indígenas, un Territorio”. Disponible en: <http://enlinea.capise.org.mx/node/39> [Consultado el 20 de marzo de 2008]
- COHEN, Jean y ARATO Andrew (2001), *Sociedad civil y teoría política*, Fondo de Cultura Económica, México.
- COLL LEBEDEFF, Tatiana (1999), “México, un espacio singular en la emergencia de los nuevos sujetos de la acción social”, en *América Libre* N° 16, Buenos Aires.
- COSSIO VILLEGAS, Daniel (1974), *El estilo personal de gobernar*, Joaquín Mortiz, México.
- DAGNINO, Evelina (2004), “La convergencia perversa”, en Alejandro Grimson (comp.), *La cultura en las crisis latinoamericanas*, CLACSO, Buenos Aires, pp. 195-216.
- DE LA ROSA, Isabel (2006), “¿Qué es el zapatismo? La construcción de un imaginario rebelde (1994-2001)”, en *El Cotidiano* N° 137, vol. 21, México, mayo-junio, pp. 7-17.
- DIAZ POLANCO, Héctor (2007), *La rebelión zapatista y la autonomía*, Siglo Veintiuno Editores, México, 4ª edición.
- DIAZ POLANCO, Héctor (2006), “Caracoles: la autonomía regional zapatista”, en *El Cotidiano*, vol. 21, N° 137, México, mayo-junio, pp. 44-51.
- DUHALDE, Eduardo y DRATMAN, Enrique (1994), *Chiapas: la nueva insurgencia. La rebelión zapatista y la crisis del Estado mexicano*, Ediciones del Pensamiento Nacional, Buenos Aires.

- ESPINOSA LUNA, Carolina (2005), “Análisis sobre la acción política y el discurso del Frente Zapatista de Liberación Nacional”, en *Liminar*, vol. 3, N° 1, Tuxtla Gutiérrez.
- ESTEVA, Gustavo (2005), *Celebración del zapatismo*, Ediciones ¡Basta!, México, agosto.
- ESTRADA SAAVEDRA, Marco (2007), *La comunidad armada rebelde y el EZLN. Un estudio histórico y sociológico sobre las bases de apoyo zapatistas en las Cañadas tojolabales de la Selva Lacandona (1930-2005)*, El Colegio de México, México.
- GARCIA PONCE, Jorge Ignacio (2005), “PRD: Ficción y contradicciones. Los dilemas de un partido débil o el sueño que no fue”, en *El Cotidiano*, vol. 20, N° 130, México, pp. 59-68.
- GARRIDO, Luis Javier (2005), “La Sexta”, en *La Jornada*, México, 8 de julio.
- GILLY, Adolfo (2005), “Navegar es necesario (Estudio de un documento)”, en *La Jornada*, México, 6 de julio.
- GILLY, Adolfo (1997), *Chiapas: la razón ardiente*, Ediciones Era, México.
- GÓMEZ TAGLE, Silvia (2007), “Las elecciones del 2 de julio en la consolidación del pluralismo político: México 2006”, en Isidoro Cheresky (comp.), *Elecciones presidenciales y giro político en América Latina*, Manantial, Buenos Aires, pp. 149-184.
- GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo (2006), “El zapatismo y el problema de lo nuevo en la historia”, en *Contrahistorias*, N° 6, México, pp. 31-40.
- GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo (1995), “Causas de la rebelión en Chiapas”, en *América Libre* N° 10, Buenos Aires.
- GORDILLO, Gustavo (1985), “Estado y movimiento campesino en la coyuntura actual”, en Pablo González Casanova y Héctor Aguilar Camín (coords.), *México ante la crisis*, Siglo XXI Editores, México, pp. 295-311.
- GRAMSCI, Antonio (1999), *Cuadernos de la cárcel*, Tomo 6, Ediciones Era, México.
- GRAMSCI, Antonio (1998), *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Nueva Visión, Buenos Aires, 6ª edición.
- GUTIÉRREZ, Raquel (2006a), *¡A desordenar! Por una historia abierta de la lucha social*, Casa Juan Pablos-Centro de Estudios Andinos y Mesoamericanos, México, 1ª reedición.
- GUTIÉRREZ, Raquel (2006b), “Algunas preguntas entre compañeros”, en *Eutsi Página de izquierda antiautoritaria*. Disponible en: <http://www.eutsi.org/kea/lucha-social/mexico/raquel-gutierrez-algunas-preguntas-entre-companeros.html> [Consultado el 23 de enero de 2008].
- GUTIÉRREZ, Raquel (2005), “Tres interrogantes sobre la Sexta y la Otra campaña”, en Colectivo Situaciones, *Bienvenidos a la Selva. Diálogos a partir de la Sexta Declaración*

- del EZLN*, Tinta Limón, Buenos Aires, diciembre, pp. 321-325.
- HERNÁNDEZ ALPÍZAR, Javier (2006), “No a la confusión”, en *Zapateando 2*. Disponible en: <http://zapateando2.wordpress.com/2006/09/13/no-a-la-confusion/> [Consultado el 17 de septiembre de 2006].
- HERNÁNDEZ NAVARRO, Luis (2007), “El regreso de la Otra”, en *La Jornada*, México, 27 de marzo.
- HERNÁNDEZ NAVARRO, Luis (2005a), “Zapatismo: entre el Estado y la autonomía”, en Colectivo Situaciones, *Bienvenidos a la Selva. Diálogos a partir de la Sexta Declaración del EZLN*, Tinta Limón, Buenos Aires, diciembre, pp. 113-137.
- HERNÁNDEZ NAVARRO, Luis (2005b), “Marcos y López Obrador: La foto rota”, en *La Jornada*, México, 17 de agosto.
- HERNÁNDEZ NAVARRO, Luis (2000), “Zapatismo: La interacción del color”, en *El Cotidiano* N° 100, vol. 16, México, marzo-abril, pp. 58-70.
- HERNÁNDEZ NAVARRO, Luis (1998), “Ciudadanos iguales, ciudadanos diferentes. La nueva lucha india”, en Luis Hernández Navarro y Ramón Vera Herrera (comps.), *Acuerdos de San Andrés*, Ediciones Era, México.
- HOLLOWAY, John (2006), *Contra y más allá del capital. Reflexiones a partir del debate sobre el libro “Cambiar el mundo sin tomar el poder”*, Herramienta Ediciones, Buenos Aires.
- HOLLOWAY, John (2000), “El zapatismo y las ciencias sociales en América Latina”, en *Chiapas* N° 10, Era, México.
- HOBBSAWM, Eric (1998), *Historia del siglo XX. 1914-1991*, Crítica, Barcelona, 6ª reimpresión.
- JENKINS, J. Craig (1994), “La teoría de la movilización de recursos y el estudio de los movimientos sociales”, en *Zona Abierta* N° 69, pp. 5-49.
- JOVENES EN RESISTENCIA ALTERNATIVA (2007), “Sobre la estructura de la otra campaña en el DF”, texto presentado en la Mesa 3 de las Jornadas por la libertad de las y los presos políticos, México, mayo.
- LACLAU, Ernesto (1996), “¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?”, en *Emancipación y diferencia*, Ariel, Buenos Aires, pp. 69-86.
- LARA, Ángel (2005), “El nuevo desafío zapatista”, en *La Jornada*, México, 4 de julio.
- LE BOT, Ivon (1997), *Subcomandante Marcos. El sueño zapatista*, Editorial Plaza & Janés, México.

- LENKERSDORF, Carlos (2004), *Los hombres verdaderos. Voces y testimonios tojolabales*, Siglo XXI Editores, México, 3ª edición.
- LEVI, Julia (2000), *El pensamiento latinoamericano y la teoría crítica feminista: una articulación necesaria*, Mimeo, julio.
- LEYVA SOLANO, Xóchitl (1999), “De las Cañadas a Europa: niveles, actores y discursos del nuevo movimiento zapatista (1994-1997)”, en *Desacatos* N° 1, CIESA, México.
- LEYVA SOLANO, Xóchitl y SONNLEITNER, Willibald (2000), “¿Qué es el neozapatismo?”, en *Espiral* N° 17, vol. VI, México, enero-abril, pp. 141-160.
- LIERA, Sebastián (2008), “Del muy otro 2007 al nuevo 2008”, en *La Otra Chilanga*. Disponible en: <http://laotrachilanga.blogspot.com/> [Consultado el 21 de enero de 2008]
- LOAEZA, Soledad (2002), “El tripartidismo mexicano: el largo camino hacia la democracia”, en Marcelo Cavarozzi y Juan Manuel Abal Medina (h) (comps), *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*, Rosario, Homo Sapiens, pp. 293-316.
- LÓPEZ Y RIVAS, Gilberto (2005), “Los interrogantes de la Sexta”, en *La Jornada*, México, 12 de agosto.
- MARTÍNEZ ESPINOZA, Manuel (2007), “Democracia en rebeldía: Las Juntas de Buen Gobierno del movimiento zapatista”, Ponencia presentada en el *V Congreso Europeo CIESAL de Latinoamericanistas*, Bruselas, abril.
- MATUTE, Álvaro (comp.), *La teoría de la historia en México, 1940-1973*, Ediciones Sep./Setentas, México, 1974.
- MELUCCI, Alberto (1999), “Teoría de la acción colectiva”, en *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, El Colegio de México, México, pp. 25-54.
- MONSIVÁIS, Carlos y BELLINGHAUSEN, Hermann (2001), “Marcos a Fox: ‘Queremos garantías; no nos tragamos eso de que todo cambió’”, en *La Jornada*, México, 8 de enero.
- MONTEMAYOR, Carlos (2005), “Las dos campañas”, en *La Jornada*, México, 11 y 12 de agosto.
- MONTEMAYOR, Carlos (1998), *Chiapas. La rebelión indígena de México*, Joaquín Mortiz, México.
- MUÑOZ RAMÍREZ, Gloria (2008), “Para detener la siembra de tanta muerte”, en *La Jornada*, México, 23 de julio.
- MUÑOZ RAMÍREZ, Gloria (2004), *EZLN: el fuego y la palabra*, Tinta Limón, Buenos Aires.
- OCHOA, Jorge Octavio (2008), “Dice López Obrador: el movimiento soy yo”, en *El*

- Universal*, México, 25 de abril.
- ORNELAS, Raúl (2004), “La autonomía como eje de la resistencia zapatista: Del levantamiento armado al nacimiento de los Caracoles”, en Ana Esther Ceceña (comp.), *Hegemonía y emancipaciones en el siglo XXI*, CLACSO, Buenos Aires, pp. 133-172.
- OSORNO, Diego Enrique (2007), *Oaxaca sitiada. La primera insurrección del siglo XXI*, Grijalbo, México.
- PÉREZ RUIZ, Maya Lorena (2006), “El EZLN y el retorno a su propuesta radical”, en *Cultura y representaciones sociales*, año 1, N° 1, México, pp. 33-65.
- PINEDA, Enrique (2006), “La otra cara de la luna”, en *Rebelión*, 12 de diciembre. Disponible en: <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=34447> [Consultado el 21 de enero de 2008]
- PINEDA, Enrique (2005), “Tres bifurcaciones para entender al zapatismo”, en *Revista Contracultural*, Buenos Aires, julio.
- PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA (2008), “El Presidente Calderón en el Encuentro con la Comunidad Indígena de San Juan Chamula”, 6 de abril. Disponible en: <http://www.presidencia.gob.mx/prensa/?contenido=34745> [Consultado el 9 de abril de 2008]
- RAJCHENBERG, Enrique y HÉAU-LAMBERT, Catherine (1996), “Historia y simbolismo en el movimiento zapatista”, en *Chiapas* N° 2, Editorial Era, México.
- RAMÍREZ, Jesús (2005), “Más allá del sistema político”, en Colectivo Situaciones, *Bienvenidos a la Selva. Diálogos a partir de la Sexta Declaración del EZLN*, Tinta Limón, Buenos Aires, diciembre, pp. 301-305.
- RODRÍGUEZ, Sergio (2001), “La marcha zapatista: un río subterráneo con ojos de agua. El Congreso de la Unión: un sótano oscuro donde ni se oye ni se ve”, en *El Cotidiano*, vol. 18, N° 110, México, noviembre-diciembre, pp. 40-53.
- RODRÍGUEZ ARAUJO, Octavio (2005a), *Mi paso por el zapatismo (Un testimonio personal)*, Océano, México.
- RODRÍGUEZ ARAUJO, Octavio (2005b), “EZLN, un viraje positivo”, en *La Jornada*, México, 4 de agosto.
- RODRÍGUEZ GARAVITO, César y BARRETT, Patrick (2005), “¿La utopía revivida? Introducción al estudio de la nueva izquierda latinoamericana”, en César Rodríguez Garavito, Patrick Barrett y Daniel Chávez (eds.), *La nueva izquierda en América Latina. Sus orígenes y trayectoria futura*, Editorial Norma, Bogotá, pp. 15-66.
- RODRÍGUEZ LASCANO, Sergio (2005), “La Sexta: la razón y la ira”, en *Rebeldía* N° 33,

- México, agosto, pp. 21-26.
- ROITMAN ROSENMAN, Marcos (2005), “Teóricos y políticos contra el EZLN”, en *La Jornada*, México, 13 de agosto.
- ROJO, César (2006), “¿Qué pasa con la Otra Campaña?”, en *Zapateando*. Disponible en: <http://zapateando2.wordpress.com/2006/08/25/%c2%bfque-pasa-con-la-otra-campana/> [Consultada 17 de marzo de 2008]
- ROVIRA, Guiomar (2005), “El zapatismo y la red transnacional”, en *Razón y palabra* N° 47, México, octubre-noviembre.
- SIGAL, Silvia y VERÓN, Eliseo (2004), “Introducción”, en *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Eudeba, Buenos Aires, edición revisada y ampliada.
- SKOCPOL, Theda (1984), *El Estado y las revoluciones sociales*, Fondo de Cultura Económica, México.
- SNOW, David y BENFORD, Robert (1988), “Ideology, frame resonance and participant mobilization”, en Bert Klandermans, Hanspeter Kriesi y Sidney Tarrow (eds.), *From structure to action: Social Movement participation across cultures*, en *International Social Movement Research*, vol. 1, pp. 197-217.
- SUBCOMANDANTE MARCOS (2007), “Balance de la Otra campaña (diciembre de 2006)”, entrevista de Raymundo Reynoso, en *Contrahistorias* N° 8, México, marzo-agosto, pp. 57-72.
- TARROW, Sydney (1998), *Power in movement. Social movements and contentious politics*, Cambridge University Press, Cambridge, 2ª edición.
- TEJEDA, Armando (2007), “Para el gobierno, el EZLN dejó de ser interlocutor”, en *La Jornada*, México, 4 de abril.
- TREJO, Guillermo (2000), “Etnicidad y movilización social. Una revisión teórica con implicaciones a la ‘cuarta ola’ de movilizaciones indígenas en América Latina”, en *Política y Gobierno* N° 1, vol. VII, primer semestre, pp. 205-250.
- VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel (2001), *Marcos: El señor de los espejos*, Grupo Santillana de Ediciones, México.
- VOLPI, Jorge (2004), *La guerra y las palabras*, Seix Barral, Barcelona.
- WALLERSTEIN, Immanuel (2006), “La Otra campaña en perspectiva histórica”, en *Contrahistorias* N° 6, México, pp. 73-78.

- ZEMELMAN, Hugo (2007), *El ángel de la historia: Determinación y autonomía de la condición humana*, Anthropos Editorial, Barcelona.
- ZEMELMAN, Hugo (1997), *Conocimiento y sujetos sociales. Contribución al estudio del presente*, Centro de Estudios Sociológicos-El Colegio de México, México, 1ª reimpresión.
- ZERMEÑO, Sergio (2005), “La Sexta... y sus asegunes”, en *La Jornada*, México, 7 de julio.
- ZERMEÑO, Sergio (2001), *La sociedad derrotada. El desorden mexicano del fin de siglo*, Siglo XXI Editores, México, 3ª edición.
- ZERMEÑO, Sergio, GUTIÉRREZ LOZANO Saúl y LÓPEZ Luis Ernesto (2002), “La democracia impertinente: Comités vecinales en una cultura estatal” en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 64, N° 1, México, enero-marzo, pp. 231-268.
- ZIBECHI, Raúl (2003), “Zapatismo e America Latina, una profonda rivoluzione culturale”, en *Carta Settimanale* N° 46, Roma, 18 de diciembre.

Documentos y recursos en Internet:

Comunicados, cartas, ensayos y documentos del EZLN, en <http://palabra.ezln.org.mx>

Enlace zapatista, en <http://enlacezapatista.ezln.org.mx>

La Jornada, en <http://www.jornada.unam.mx>

Piezas del rompecabezas de la otra, en <http://piezasdelrompecabezasdelaotra.org>